

Contrera, Laura

Cuerpos sin patrones: resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne / Laura Contrera; Nicolas Cuello; compilado por Nicolas Cuello; Laura Contrera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Madreselva, 2016. 192 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-3861-05-5

1. Sexualidad. 2. Derechos de Grupos Especiales. I. Cuello, Nicolas II. Cuello, Nicolas, comp. III. Contrera, Laura, comp. IV. Título.
CDD 306.76

Cuerpos sin patrones
Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne

Editorial Madreselva, Buenos Aires, invierno 2016
www.editorialmadreselva.com.ar
info@editorialmadreselva.com.ar

Diseño de portada: Jael Caiero
Diseño de interiores: Gabriela A. González Mendoza

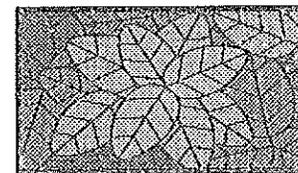
©S1 Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

CUERPOS SIN PATRONES

Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne

Laura Contrera y Nicolás Cuello
Compiladores



Editorial Madreselva

Prólogo

Pocas veces en la vida he sentido la misma expectativa, la misma ansiedad, el mismo júbilo que al terminar de leer el manuscrito de este libro, sabiendo que iba a prologarlo, lo que es decir: que después de haber tenido el privilegio de su lectura preliminar podría tener el placer de invitar a otras personas a leerlo, afuera, en el mundo, y también aquí mismo, entre sus tapas, y desde el principio.

Al recorrer la memoria afectiva de aquellas otras experiencias de lectura gozosa me encontré con algo más que el placer anticipado al pasar un libro, y también con algo que va más allá de las comunidades, concretas e imaginarias, que entretienen los libros en su pasar de mano en mano. Algo más, relampagueando en ese lugar donde el gozo se confunde irremisiblemente con la necesidad: la necesidad de que esas palabras que van a leerse hayan sido, antes que nada y a pesar de todo, puestas por fin en el mundo, y puestas por escrito.

xxx

A lo largo de los últimos veinte años he tenido la oportunidad de poe-poli-tizar algunas de las marcas que ha dejado en mi carne su encuentro con el Género -sobre todo, aquellas que la medicina suturó como una promesa -incumplida e incumplible- de diferencia sexual, de identidad. Sin embargo el registro poético-político de la gordura ocupó un lugar marginal en mi vida hasta el encuentro con Laura primero y con Nico después. Fue así como la interpelaciones epistemológicas, éticas, eróticas, ópticas y políticas que plantea el activismo gordo -las mismas que, en sus diversas formulaciones, atraviesan este libro- me permitieron (re)conocer el

trazado de la historia personal de mi gordura y explorar la configuración de su actualidad en proceso.

Soy uno de los sobrevivientes de una familia diezmada -primero por la muerte y, después, por una tormenta de violencia doméstica que duró más de una década. Y digo bien, doméstica, porque la falta de comida y la condicionalidad del acceso a la comida en un hogar, por lo demás, sin necesidades económicas, fueron tal vez las formas más persistentes y más ocultas de esa violencia.

Un verano en la playa, hace ya treinta años, recibí un reproche del que nunca pude olvidarme por parte de quien controlaba el acceso a la alimentación en mi casa: le decís a la gente que no te doy de comer pero estás hecha una vaca. Esas palabras me dolieron como el golpe inesperado de un látigo de varias puntas. Se trataba, por supuesto, de la generización violenta y sexualizada -ahí donde mis ubres desmentían mi masculinidad en la arena y en la vida. Se trataba también, lo comprendería después, de la advertencia habitual que reciben todas las víctimas: no importa que hables, no importa qué cuentos ni a quién se lo cuentes, tus palabras siempre me serán entregadas. Se trataba, finalmente lo supe, del cuerpo devuelto como escarnio y como locus inescapable de la injusticia: el exceso evidente de la carne como falta ridícula de evidencia. Sin importar lo que dijera, ahí estaría la redondez de hembra mugiente para constituir mi voz en falso testimonio -y ahí quedaría entonces cualquier posibilidad de salvación, bien enterrada y escondida en la profundidad de los pliegues de la carne.

Muchos años después -ahora mismo, mientras escribo- mi cuerpo lidia cotidianamente con su capacidad limitada para metabolizar las grasas. Cada análisis de sangre revela el estado de situación de ese proceso, programado en los genes de mi familia a lo largo de las generaciones y actualizado día a día por las condiciones mismas de mi vida a mediados de los cuarenta. Por lo general, basta que en una conversación rompa la ilusión de salud y hable del asunto para que aparezca la reconvención incrédula que (se) repite: pero si no estás TAN gordo! Evidentemente, lo que tengo de enfermo es lo que tengo de gordo, eso que no es tanto pero tampoco tan poco: lo suficiente, que

es siempre de más. A décadas de distancia, sobreviviendo en el exilio de otra ciudad, bajo otro nombre, en otro sexo legal y otro género gramatical, ahí está, intocada, la asociación inmediata entre gordura y traición. Traición a la salud, al deber del peso justo y de la vida sin stress; traición a la seguridad, a la responsabilidad, al deber-ser y también al deber-parecer; traición a la esperanza y a la justicia; traición a la verdad, lo que es decir: traición a uno mismo. Antes y ahora, la gordura ha aparecido y aparece en mi vida como un oxímoron, como la afirmación de una negación, como un llamado urgente a dejar de ser para ser algo que no he sido, ni seré. A los ojos de lxs demás aparezco, una y otra vez, como un malestar encarnado y, dios mío, con cuánta abundancia.

Estoy profundamente en deuda con el activismo gordo argentino -con su capacidad increíble de abrir el espacio a las afinidades y amorosidades múltiples, con su voluntad de ponerle el cuerpo a los contra-saberes y a sus fricciones críticas, con su empeñamiento por sacarle el cuerpo a la "pulsión por el empoderamiento forzoso", a la política de identidades, al orgullo fácil y a las alianzas por conveniencia. Admiro -y comparto- su pasión por la traducción y puesta en común de textos de todas las geografías, así como su resistencia sublevada a cualquier intento de colonización europeísta o anglófono -o, simplemente, periodística. Aprendo -y me sumo- a su lucha contra múltiples dispositivos de captura: la biomedicina y sus articulaciones legales, la publicidad y la eugenesia de su mundo feliz, la erótica y sus cierres normativos, la disidencia y sus tentaciones policíacas, a la despolitización biotecnológica de las pasiones, la academia y su apropiación despreciativa de cuantos saberes políticos no domina, el optimismo cruel del adelgazamiento como complejo industrial del capitalismo furioso, la necropolítica y su promesa de perseguirnos hasta el exterminio. Voy al encuentro -por que cómo no encontrarnos- en su llamado colectivo a "conectar y posicionar saberes gordos en una genealogía más amplia: la historia política de los cuerpos sin patrones".

Para quienes -como tantxs otrxs y como yo- hemos atravesado los años al amparo de bibliotecas salvadoras, este libro actualiza el estado de la deuda. Escribir sobre gordura, compartir esos saberes críticos que ponen continuamente en jaque el imperio de la norma, interrumpir el juicio y desmentir la impasibilidad de la condena, es arremeter contra un mundo que busca eliminarnos sin dejar rastros. La politización escritural de los cuerpos gordos desafía así el estado "natural" de las cosas, allí donde las únicas marcas posibles parecieran ser el registro vigilante de las calorías consumidas entre el desayuno y la última colación a la noche o la anotación del peso diario en una bitácora de nutricionista.

El agradecimiento y la deuda son, en estas páginas, variantes de la amistad, y también del compromiso.

El periódico argentino *Página12* publicó hace dos años atrás una ilustración en su tapa¹. Dibujada por Rep, la escena se situaba en un supermercado. Tres personas empujaban carritos cargados de mercadería. Las tres lucían amplias remeras en las que se leían frases tales como: *quiero que me afanes, robame que me encanta y soy un cliente descuidado*. Las tres eran gordas. En un contexto de fuerte malestar social por la inflación y el llamado del gobierno a vigilar el cumplimiento de los *precios cuidados*, la viñeta de Rep anudaba, de manera tan precisa como predecible, el conjunto habitual de sentidos que estigmatizan las gordura: el descuido, el goce masoquista, el consumismo burgués, la complicidad con la propia ruina, lo que es decir, con la ruina colectiva: todo lo gordo es enemigo del pueblo. En su respuesta -privada- a la interpelación crítica de quien escribe, el dibujante justificó el tamaño corporal de los personajes dibujados por la necesidad de inscribir visiblemente los términos del repudio a la falta de conducta moral y cívica. Esa me pareció entonces, y me sigue pareciendo, una respuesta iluminadora: en los cuerpos gordos del imaginario normativo se inscriben, de

¹ <http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index-2014-02-26.html>

manera hipervisible, los supuestos, mandatos y amenazas que configuran la posibilidad o imposibilidad de la vida.

Algo similar ocurrió hace algunos meses, cuando Laura, Nico y Lux expusieron un trabajo colectivo en el contexto de un encuentro académico organizado por la carrera de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. La primera pregunta -la pregunta que, seguidamente, articuló todas las demás y el debate que les siguió- fue la pregunta por *los cuerpos otros, los cuerpos "no expandidos"* (sic), *los cuerpos del hambre*. La identificación de la gordura con una sobre-presencia, capaz de volver ausente el hambre encarnado, se conjugó, también en este caso, con la identificación imaginaria entre cuerpos gordos y privilegios abultados. A pesar de que en nuestros días la delgadez "saludable" funciona material y simbólicamente como una *commodity*, y de que numerosos estudios vinculan causalmente pobreza y obesidad, el análisis convencional continúa equiparando acrítica y normativamente cuerpo gordo y superávit. En la sustitución retórica de la gordura por la expansión corporal opera una muela de corrección política que, al borrar la gordura como ofensa, borra también el registro de su politización, de su subjetivación, de su ocurrencia, lo que es decir: la borra, nos borra.

Este libro se publica en los inicios de un nuevo gobierno, en un tiempo caracterizado por el agravamiento súbito de la precariedad institucional, social y económica. El proceso de adelgazamiento estatal emprendido por el gerenciamiento macrista recurrió de manera ejemplar, al combete simbólico-material contra la gordura. *No vamos a dejar grasa militante*, afirmó el ministro de economía Prat Gay², haciendo pública la deseabilidad un régimen político marcadamente hipoideológico.

El relato de estas tres anécdotas no solo pretende introducir una genealogía mínima de nuestro presente; también busca exponer el campo de fuerzas en el que el activismo gordo se organiza y milita, lee y escribe, interpela y resiste -allí donde hasta el progresismo de la alteridad habla inadvertidamente la lengua del patrón y donde el estado mide su eficiencia en unidades de militancia lípidas.

² <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-290493-2016-01-17.html>

Hoy, como nunca, el encuentro en la vulnerabilidad del cuerpo individual y colectivo se convierte en imperativo urgente de supervivencia.

Uno de los sueños de mi infancia era acceder, al menos por un día o un rato, al famoso *Libro Gordo de Petete*. En sus páginas, pensaba yo, debían estar todas las respuestas para todas las preguntas. No es el caso de este otro libro gordo -que reúne, antes que preguntas y respuestas, múltiples reflexiones y continuos reenvíos. Por suerte: nada más peligroso que el viejo lema(o advertencia) de aquel libraco devenido enciclopedia: *una sólida cultural es la herencia más segura*.

En abierta disputa con la solidez de la gordofobia cultural como herencia, ninguna certeza indiscutible clausura una sola de las páginas de este libro -y en el alivio de esa apertura a la inseguridad de los tiempos late la oportunidad cierta, tangible y gorda para la revuelta de la carne.

La Boca, enero de 2016
Mauro Cabral

Introducción

Este libro abre su camino funcionando como una compilación urgente, que no pretende ser una cartografía exhaustiva ni totalizadora, sino que ha sido concebida como una declaración geopolíticamente situada de un momento inaugural del activismo de la gordura local. Hemos decidido, entonces, pronunciar esta emergencia pulsante desde la necesidad política de volver más visibles aún nuestras ideas, inspiraciones y los primeros esfuerzos colectivos en la producción de una práctica política que tenga como centralidad la discusión de nuestros cuerpos gordos. Es por esto que entendemos este libro como una herramienta teórico-política, una máquina ensamblada que replica el funcionamiento de un fanzine: una permanente yuxtaposición de tramas políticas, texturas afectivas, grietas inaugurales, imágenes sensibles, subjetivaciones políticas, multitudes gordas en contacto diagramático.

Para nosotrxs es importante establecer con claridad la siguiente diferenciación: este libro no compila textos que expresen saberes sobre la gordura, sino que los esfuerzos volcados en esta oportunidad, en este agenciamiento, buscan conectar y posicionar saberes gordos en una genealogía más amplia: la historia política de los cuerpos sin patrones. Cuando hablamos de saberes gordos no pretendemos convertir la gordura en una adjetivación posiblemente capturable por las industrias del conocimiento ni el mercado académico ni en una nueva retórica de la disidencia post identitaria, tampoco queremos que se constituya en la nueva promesa de la diferencia liberadora. Estamos tomando una postura puntual y específica en relación a una historia de

sistemática violencia epistemológica con la que se han silenciado nuestras voces, con la que se han estudiado nuestros cuerpos y con la que continúan patologizando nuestras existencias. Lo que aquí se encuentra escrito son nuestras experiencias como personas gordas, politizadas de manera tal que sea posible construir una voz colectiva, una máquina inestable de saberes encarnados y sin forma donde queden representados los actuales modos de resistencia frente a la policía de los cuerpos y las tecnologías eugenésicas de normativización de los cuerpos movilizadas por los saberes científicos dominantes.

Si bien lo gordo está relacionado con la presencia de grasa o tejido adiposo en el cuerpo, quién es gordx es un asunto más complejo, como dice Charlotte Cooper en el texto que aquí presentamos, puesto que “no hay una medida universal o marca que constituya lo que es y lo que no es gordo; lo gordo existe en un contexto y experiencia; la gente gorda sabe lo que es, y es reconocida como gorda por lxs otrxs”³. Partimos desde esta noción relacional de gordura porque abraza una complejidad crítica en relación a la estigmatización de la gordura, porque se vuelve un cauce de politización que no se ahoga en las demandas de la hiper-producción identitaria del presente y porque, fundamentalmente, abre lugares posibles de movilidad política que nos parecen desafiantes para el trazado de una política gorda.

Reconociendo que no intervenimos desde un lugar neutro ni desde un punto cero en la historia de la resistencia de los cuerpos es que centramos este libro en el trabajo activista local. Tomando como interlocutores aquellos enunciados provenientes de otros contextos y otras épocas del activismo de la gordura, en su compleja polifonía, para inspirar miradas críticas, para pulsar sentidos cuestionadores, incluso de esas narrativas ya constituidas desde este aquí y ahora que habitamos en la región. Esta compilación se enuncia como el efecto de un circulación torcida y subterránea de traducciones y re-traducciones culturales, que simultáneamente

³ Cooper, Charlotte: *Fat activism: A Queer Autoethnography*. PhD thesis, 2012. Pág218.

indaga sobre políticas de traducción y tráfico posibles y deseables para la formación de un entramado complejo de resistencia crítica a los encuadres patologizantes que marcan y persiguen nuestros cuerpos, desde diversas miradas. Las traducciones aquí compiladas entonces son pensadas como herramientas disponibles para ser apropiadas, reapropiadas, ya que señalan los trayectos que hasta el momento, entre el deseo y el accidente, hemos atravesado. Porque sabemos que al reivindicar y localizarnos en esta tradición también hacemos nuestras traducciones traidoras y perversas como sudakas, latinxs, migrantes, fugadxs, expulsadxs, no-blancxs.

La ausencia que hemos experimentado en términos de disponibilidad la entendemos como un problema político, que ha cristalizado como necesarias algunas voces en detrimento de otras, estableciendo y reproduciendo la estabilidad de agendas políticas que cómodamente impiden la renuncia y el cuestionamiento a la hegemonía de ciertas voces, miradas, y cuerpos posibles en la producción de políticas desde los cuerpos. Estamos aquí, hemos estado siempre aquí, y es así como nos abrimos paso. Reconocemos ese activismo de la gordura que nos precede y que definitivamente nos interpela. Pero como latinoamericanxs, como sudakas, como cuerpos que habitamos la gordura en estas coordenadas socioeconómicas específicas, diferimos en muchos de los presupuestos de cierto activismo gordo internacional que no puede ver más allá de sus fronteras, escondiendo los privilegios de sus voces, y que ha puesto a circular una retórica liberal de sí mismo donde la conformidad y el orgullo vienen a redimirnos a todxs lxs gordxs del mundo. No. Realmente creemos, al igual que muchos activistas que aquí ven sus voces reunidas, que el activismo de la gordura tiene el potencial para mejorar las actitudes sociales no sólo en torno a la gordura, sino también con otras áreas de la experiencia corporal, las normas sociales de producción corporal geolocalizadas, las violencias envueltas en la productividad del género y la sexualidad, en intersección con las complejidades que implican la diversidad funcional, las diferencias de clase, raza, edad, etc.

Pero del mismo modo que observamos la liberalización problemática de cierta parte del activismo de la gordura también reconocemos en esa genealogía heterogénea voces que disparan a modo de interrupción críticas que ponen en jaque la propia neoliberalización del activismo gordo como un movimiento. En muchos casos estas interrupciones se despliegan como estrategias para la reanudación del calor y la urgencia de la multitud, una multitud gorda que ocupa, toma y apropia, ya no solo la injuria, sino todo espacio que pretende estabilizar una historia de insubordinación de nuestra carne. Justamente, son los estudios académicos sobre gordura quienes mayoritariamente tienden a eludir a los activismos, silenciando esfuerzos, instrumentalizando experiencias y objetualizando de manera violenta nuestros cuerpos como estudios de caso. O incluso asumen que hay un único activismo válido y reseñable (el que actualmente se ha instituido como hegemónico: el activismo norteamericano, que bien vale la pena decir que se enuncia desde su condición de blanco, hetero-cisexual de clase media, no anti-capitalista, y no consciente de su etnocentrismo, sobre todo).

Así es como nos ubicamos en una red fragmentaria, dispersa y migrante de activismos gordos no anglo-parlantes que infiltran viralmente críticas desde los cuerpos que discuten con los discursos hegemónicos regionales, sin pretensión de masividad, pero con la energía dispuesta en la producción de alianzas, encuentros, debates, y multiplicación de estrategias poéticas y políticas. Desde Valparaíso, Chile, el trabajo de Missogina que ya ha tomado forma en la publicación de su libro *La cerda punk* y que continúa agitándose en cada una de sus performances; en México, las producciones artísticas de La Bala Rodríguez y de Lucía Robles junto a lxs compañerxs de la *Revista Histeria* quienes han producido uno de los primeros dossiers dedicado a los cuerpos gordos, llamado *Carnitas*; a lo largo del Estado Español desde las actividades producidas en el *Octubre Trans* en Barcelona y las alianzas mutantes que se montaron desde allí en 2013, pasando por Diana Pornoterrorista, Lucía Egaña, y la *Muestra Marrana*, como también *Masa Crónica*

y el trabajo particular de Lucrecia Masson; también en Perú, Paraguay, Colombia, Brasil y otros lugares hemos encontrados aliadxs que sin prisa ni pausa comienzan a agrietar los discursos gordofóbicos regionales, como la *Colectiva Feminista Gordas sin Chaqueta* en Colombia, en Brasil el trabajo performático de Tamiris Spinelli en colaboración con Ricardo Nolasco que reflexiona sobre el cuerpo trans gordo o el de Fernanda Magalhaes; asimismo, espacios de ciberactivismo como *Stop Gordofobia*, *Orgullo Gordo*, *Gorda! Zine*, y muchos más; y recientemente encontramos activistas que hemos podido gestionar, como el realizado a finales del año 2014 que hemos dado en llamar *Asamblea Transfronteriza de Gordxs Sudacas Insumixs*. Desde comienzos del 2015, quienes suscribimos esta Introducción, venimos coordinando en Buenos Aires el *Taller Hacer la vista gorda*: un espacio autogestionado y horizontal que reúne una multiplicidad de experiencias vivenciales y formas de articulación y reflexión política en torno a éstas desde la gordura.

Quienes aquí nos encontramos compilando y diagramando interconexiones, en esta suerte de asamblea de voces, pensamos nuestra propia práctica y este libro como una invitación a la articulación con activismos de la diversidad corporal y sexo-genérica, y con todas aquellas luchas comunes que puedan desde la afinidad de la acción, volver a este presente, una plataforma de disputa multifocal que diseñe políticas que interrumpan la eugenesia neoliberal de las industrias de la ciencia. Nos reconocemos como activistas de estilos corporales desdichados: improductivos en tanto no reproducen normas morfológicas (jugando con Butler y Austin pero también con Dorlin) o como "identidades descalificadas" (según la bella expresión de Heather Love), porque no creemos que todxs podamos amar nuestros cuerpos por decreto y nos resistimos de igual manera al imperativo del bienestar que se pronuncia como un impedimento para experimentar y expresar las complejidades y ambigüedades de nuestros modos de encarnar cuerpos impropios, no normativos y disidentes. No queremos promover la producción de imágenes espectacularizantes y exitosas que darían por finalizada la complejidad de portar un cuerpo gordo con

la sola consigna de la autocomplacencia y la aceptación. Creemos que la desestabilización de un orden social, económico, sexual y afectivo opresor para la gordura tiene que ver con una política mayoritaria que escapa a la simple auto-confirmación de la voluntad personal. Por eso en esta compilación pretendemos habitar una polifonía de voces que no se enuncien como una promesa emancipatoria precodificada que silencie la dificultad de sostenernos con vida en un mundo que salvajemente programa nuestra desaparición, ya que nos resulta prioritaria la politización de todas las pasiones en las que se ven envueltos nuestros cuerpos en el proceso de su enunciación política, incluso en aquellas afectaciones que emergen desde lo imposible, ya que allí es desde donde practicamos una imaginación política que nos conecta, nos abraza y nos incendia de rebeldía.

Escrito en los intersticios de viajes mentales y materiales entre La Plata, Buenos Aires y La Matanza, febrero 2015.

Laura Contrera-Nicolás Cuello

MULTITUDES GORDAS SUDAKAS EN CONTACTO DIAGRAMÁTICO

CUERPOS SIN PATRONES, CARNE INDISCIPLINADA
ÁPUNTES PARA UNA REVUELTA GORDA CONTRA
LA POLICÍA DE LA NORMALIDAD CORPORAL

Laura Contrera

1. Algunas chicas somos más grandes que otras

Habla de lo que sabes.
Alejandra Pizarnik

Hay una carta de Engels (el otro padre del marxismo) al yerno de Marx, Lafargue, donde -además de quejarse por el abuso de la palabra "autoritario" por parte de los anarquistas- se refiere socarronamente a Bakunin y su "obeso cuerpo". El viejo recurso de la alusión personal descalificadora en todo su esplendor y una muestra de autoritarismo, qué duda cabe. La carta en cuestión es de 1871 y, más allá de las distancias, reverbera en mí muy claramente. Hace un tiempo, una pretendida activista me llamó en las redes sociales "gorda pelotuda"¹. A pesar de tanto feminismo, teoría queer, punk, anarquismo y post-

¹ Con una afin hicimos una vez el recuento de las injurias que nos habían espetado a lo largo de nuestras vidas. "Gorda" era el insulto que más había marcado mi experiencia corporal. Poco después, esa persona usó la palabra para descalificarme políticamente. Pero, como dijo Butler: "las palabras mismas que tratan de herir pueden igualmente errar su blanco y producir un efecto contrario al deseado". (Butler, Judith: *Lenguaje, poder e identidad*. Ed. Síntesis, Madrid, pág.148). Precisamente eso sucedió con el insulto, que devino texto, activismo y ahora libro.

estructuralismo, me quedé virtualmente sin respuesta. El insulto fácil y retrogrado había surtido su efecto hiriente y paralizante. "Gorda" es LA palabra. EL insulto. LA herida. Y nos deja sin palabras la mayoría de las veces.

El insulto es una manera de estigmatizar y humillar, eso es sabido. La operatoria reiterada de la ofensa hiriente nos ata a una historia que nos precede y que no elegimos del todo, puesto que la injuria es el sedimento de las intrincadas elaboraciones del sexismo, racismo, cissexismo y la fobia a las corporalidades disidentes, gordura incluida. Dice Butler que estos nombres injuriosos no deben mantenerse en el dominio de lo indecible: así preservan su potencial hiriente². Sacarlos del silencio tal vez nos permita usarlos para otras cosas impensadas. Como salir del lugar de la herida que habitamos, por ejemplo. Porque no se trata de cuestiones menores o anecdóticas: desandar el camino de la injuria tiene que ver directamente con los cuerpos que importamos y si contamos como tales para otros, en cuáles condiciones y circunstancias.

Pero volviendo al insulto, sé muy bien que lo que dijo esa persona es redundante: gordx no alude solamente al peso corporal que porte alguien sino que implica encarnar muchas otras cosas negativas. Así, ser gordx es también ser fex, indeseable, poco saludable, flojx, amorfx, lentx, algo sin gracia. Sé que no soy gorda en todos esos sentidos y sé también que algunxs de ustedes buscarán en Internet fotos que atestigüen esto que digo. Pero sí soy gorda. No sólo según discutibles estándares e idealizaciones normativas occidentales o en la opinión de ciertos personajes conceptuales micro-fascistas. Pero voy a explicarme mejor.

Soy gorda porque elijo nombrarme así y con rara rabia alegre salgo del closet de las tallas y de la tiranía del cuerpo-patrón, ese cuerpo inobjetable que sólo portarían algunxs pocxs: lxs que se ejercitan, lxs que comen "bien", lxs que "se cuidan", lxs que se mesuran y mensuran al resto. Soy gorda así, en tiempo presente, porque no se nace gordx, sino que hay un devenir constante, que no se corresponde únicamente con una

² Ibid, pág. 68.

patología o desorden somático/psíquico o una relación desequilibrada con la comida y la posibilidad de hiperconsumo en estas sociedades hetero-capitalistas. Ser gordx puede ser más que todo eso, como veremos. Pero antes debemos dar un rodeo por el panorama que en relación a la gordura nos ofrece la sociedad actual.

2. Dietas, control y régimen corporal obligatorio

Cuando se habla de gordura hay por lo menos tres preguntas principales que circulan en el discurso: ¿de qué está hecho un gordo?, ¿de qué son acusados los gordos?, ¿de qué están hechos los cuerpos bien hechos?

Georges Vigarello

Más allá de la "operación bikini" propia del verano o del arrepentimiento masivo tras la comilona por las Fiestas, la obsesión por la delgadez y el consiguiente rechazo de la gordura son cosa diaria en los medios y en la calle. En este sistema hetero-capitalista se vive a régimen, se quiera o no. Porque quien se descuida se pierde en su propia falta de voluntad. Ya no se gestiona adecuadamente, es un mal patrón de sí mismo y, a la vez, un mal producto. Como otrora el renuente al trabajo duro y digno, quien no sigue felizmente el paso acompasado del cuidado de sí es vagx, perezosx y perniciosx para el resto de la sociedad. El sujeto consumidor de estas sociedades vive a régimen del mismo modo que vive en un estado de deuda permanente. El alma ya no es fuente de preocupaciones: según Foucault, por lo menos desde el pasado siglo, las redes del poder pasan por el cuerpo y la salud. En estas sociedades de control (Deleuze) o seguridad (Foucault) hay un imperativo de la vida saludable que obliga a cuidarse, mejorarse y ejercitarse para encajar (eso significa el *fitness*). Todo en pos de una presencia digna de ser vista, elogiada y apreciada en términos del mercado.

Si bien no resulta históricamente novedoso el menosprecio social de los cuerpos gordos -con sus marcas de género, edad, clase, raza, condición social, capacidad, etc.- el volumen corporal es percibido hoy como exceso (de carne o grasa) y falta (de cuidado o voluntad). La misma caracterización le cabe al sistema económico actual. En palabras de Sibilia, el capitalismo ciertamente es, al mismo tiempo, una fabulosa máquina de producción de exceso y falta que permite que el fantasma del hambre y el fantasma de la gordura horroricen a los sujetos contemporáneos, aunque "de modos bastante diferentes e inclusive contradictorios (y, tal vez, probablemente complementarios)"³.

La gordura -hoy definida como una epidemia de alcance mundial- es un punto nodal del cruce entre el imperativo de salud y las técnicas de perfeccionamiento del cuerpo o cuidado de sí (ejercicio, dieta, tratamientos estéticos, cosméticos y quirúrgicos, entre otras formas de modelación corporal). Pero la gordura no es como cualquier otra enfermedad: se la asocia al consumo excesivo de alimentos tanto como al deficiente (una cuestión de clases y de pobreza) pero también al modo de vida nocivo de seres sin voluntad que eligen, por defecto, el sedentarismo y la mala calidad alimentaria. Asimismo, la presencia o ausencia de grasa habilita el pase al equipo de los cuerpos patológicos/indeseables o normales/deseables⁴, cosa que no es un dato menor.

En los discursos dominantes, la gordura es una tara del cuerpo y un índice de falta de autocontrol (un valor del mercado como la eficiencia, la competitividad o la "buena presencia"), por eso se la asocia al fracaso social. Otro discurso propio del dispositivo de corporalidad

3 Sibilia, Paula: "Pureza y sacrificio. Nuevos ascetismos por el "cuerpo perfecto"". Artefacto 6 [Pensamientos sobre la técnica], Buenos Aires, 2007. Pág.41.

4 En estas sociedades de control/seguridad la opresión no opera simplemente a través de actos abiertos de prohibición, sino que lo hace subrepticamente, como agente encubierto productor de "sujetos viables e inviables" (Butler, Judith: *Imitación e insubordinación de género* en Allouch, Jean y otros: *Grafiyas de Eros. Historia, género e identidades sexuales*. Edeltp, Buenos Aires, 2000. Pág. 97).

actual⁵ es el de la obesidad: el poder/saber médico ha patologizado la gordura del mismo modo que lo ha hecho con otras diversidades corporales. Así, se considera todo tipo de gordura como un riesgo médico en sí mismo cuando hay evidencia científica de que no es tan simple la ecuación⁶ y ha limitado la discusión a una cuestión de exceso de comida y falta de ejercicio, olvidando estratégicamente los riesgos inherentes en los tratamientos de adelgazamiento con los que se enriquecen las corporaciones farmacéuticas, médicas y estéticas. Tratamientos que siempre fracasan, en el mediano y largo plazo, hay que decirlo. En el cruce entre fitness/cuidado de sí e industria de la dieta vemos cómo la salud -y la apariencia saludable- son deseo individual y lucro empresarial a la vez. Y la salud es una mercancía más que podemos adquirir, como nota Murray⁷.

El dispositivo de la corporalidad se vuelve locuaz a través del imperativo de la salud, la apariencia o el bienestar. Y lo que se produce no serán ya los cuerpos dóciles de la era industrial sino cuerpos siempre disponibles, regimentados, en un estado permanente de alerta, ansiedad y avidez. Si bien no hay un cuerpo "normal" como modelo ideal homogéneo (la exigencia de la normalidad es una demanda imposible), bajo este régimen sí hay variables que nos acercan o alejan del objetivo de encajar en los patrones corporales: la gordura es, indudablemente, una variable a ajustar (individual) y una variable de ajuste (social)⁸.

5 La expresión la tomo de Costa, quien se inspira en Foucault. Ver Costa, Flavia: *El dispositivo fitness en la modernidad biológica. Democracia estética, just- in- time, crímenes de fealdad y contagio*. [En línea]. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.647/ev.647.pdf

6 La gordura es más a menudo un síntoma que una causa de la enfermedad (cfr. Lupton, Deborah: *Fat Politics: Collected writings*, 2013. [En línea]. Disponible en <http://ses.library.usyd.edu.au/bitstream/2123/9021/2/Fat%20politics.pdf>).

7 En este punto, Murray sigue a Foucault. Murray, Samantha: "Pathologizing fatness: Medical Authority and Popular Culture" en *Sociology of Sport Journal*, 2008, pág.17.

8 Ver Costa, Flavia-Rodríguez, Pablo Esteban: "La vida como información, el cuerpo como señal de ajuste": los deslizamientos del biopoder en el marco de la gubernamentalidad neoliberal, en Lemm, Vanessa (ed.) *Michel Foucault: Neoliberalismo y biopolítica*. Ediciones

En este diagrama, la discriminación naturalizada de las personas gordas, que se vuelve legítima, refuerza el ideal social de pureza, de resonancias racistas.

Además de un hecho social, comer es un hecho político, indudablemente. Así como hay una forma de pobreza originada por la exclusión del acceso a la comida⁹, también hay una forma de pobreza caracterizada por el acceso a determinados alimentos. La industria de la alimentación es también la industria de la dieta, qué duda cabe. Lo insalubre y lo saludable tienen los mismos patrones. Pero ni lxs subalimentadxs del mundo ni los henchidxs de comida dan una idea acabada de esto que nos sucede en Occidente, como vimos líneas arriba. Ni la alimentación alcanza a explicar toda diversidad corporal. Pero eso es algo que la corporación médica se niega a admitir, por sus intereses económicos, claro.

3. Revueltas, no dietas (punk will never diet)

Cada vez que la sociedad lee mi cuerpo gordo me deja saber que soy defectuosa. La sociedad "conoce" mi cuerpo como un sitio de carne indisciplinada y deseos inmanejables.

Samantha Murray

Bajo las rígidas condiciones actuales los cuerpos gordos no cuentan como tales sino como objeto de injuria, estigmatización o transformación. Los cuerpos gordos

Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2010.

⁹ Numerosx autorxs han trabajado sobre la fobia a la gordura actual como una pantalla encubridora de la fobia a la pobreza: así, para Kipnis el miedo al cuerpo gordo fuera de control está conectado al temor de las masas fuera de control (ver Kipnis, Laura: "Life in the Fat Lane" en Kipnis, Laura: *Bound and Gagged: Pornography and the Politics of Fantasy in America*. Duke University Press, 2003). Para Costa, toda la batería de tecnologías del yo "cosméticas, quirúrgicas, gimnásticas, dietéticas, farmacológicas" que permiten una mayor competitividad en los mercados "exacerba que las diferencias socioeconómicas se vuelvan diferencias físicas, estéticas" (Costa, Flavia, op.cit).

importan solo si están en camino hacia la normalidad/deseabilidad, que será delgada o no será. Como se vive a dieta o "cuidándose", se presume que las personas gordas están (o deberían estar) en tránsito hacia un cuerpo delgado, esto es, hacia una vida mejor, más saludable, feliz y plena en términos de mercado. La sociedad disciplina la diversidad corporal, no la celebra. Pero si Foucault y sus continuadores están en lo cierto, el discurso médico-jurídico disciplinario nos ha legado un modelo de normalidad corporal difícilmente encarnable. En las sociedades de control/seguridad la traza entre lo normal y lo patológico es tan voluble que, de alguna manera u otra, todos somos cuerpos impropios¹⁰. Porque hay quienes no nos adecuamos al modelo imposible. Y hay quienes no acatamos el llamamiento al orden que implica el cuidado de sí actual.

Este régimen neoliberal de producción y control de cuerpos/subjetividades siempre exige su precio a las corporalidades impropias. Claro que no es único el tributo ni es igual el prejuicio y el odio contra los cuerpos inadecuados, sean queer, diversofuncionales, intersex, trans, racializados o gordos. Porque diferentes técnicas de producción de cuerpos motivan diferentes modos de resistir a la opresión. Pero las disímiles dominaciones convergen en un punto. Ya que cargar con una identidad "descalificada" -según la luminosa expresión de Heather Love- entrelaza sobre todo a los anormales cuya inadecuación corporal resulta evidente e inocultable o muy poco asimilable.

Así, la presencia de los indeseables del sistema cuestiona las nociones de salud, belleza y normalidad corporal. Y al discutir el régimen actual, la diversidad puede devenir una posición política, disputando cuerpo a cuerpo con el discurso hegemónico. Tal es el caso del activismo de la gordura, que ha conmovido ciertos aspectos del dispositivo de corporalidad, poniendo en evidencia muchas de sus afirmaciones naturalizadas.

¹⁰ Cfr. Preciado, Beatriz: Resumen del Seminario "Cuerpo impropio. Guía de modelos somatopolíticos y de sus posibles usos desviados". [En línea]. Disponible en http://ayp.unia.es/index.php?option=com_content&task=view&id=703

Porque si algo han dejado en claro el activismo gordo es que el peso o la talla de una persona poco dicen sobre su estado de salud, sus hábitos alimentarios o su modo de vida. En palabras de la activista Marilyn Wann, "la única cosa que alguien puede diagnosticar con algo de certeza al mirar a una persona gorda es su propio nivel de estereotipos y prejuicio en contra de la gente gorda"¹¹. Y, como dice Cooper, cuarenta años de activismo gordo han demostrado que hay otras formas de promover la salud para las personas con alto peso corporal que poco y nada tienen que ver con regímenes hipocalóricos, cirugías extremas¹² o prácticas vergonzantes/culpabilizantes.

Ahora bien, que todos seamos actual o potencialmente impropios no significa que la diversidad corporal en sí misma sea una posición política ni que toda política corporal desestabilice per se la categoría de normalidad. O que no se refuerce, inadvertidamente, el propio *statu quo* al intentar burlar la policía de los cuerpos. Por ejemplo, ciertas estrategias de visibilización positiva de la gordura llevadas a cabo en el contexto de sociedades altamente desarrolladas pueden prestarse a ser leídas en términos equívocos. Pienso en el caso de las ingestas públicas de alimentos muy calóricos o comida chatarra como espectáculo, que están dirigidas a visibilizar el hecho de que muchas personas, especialmente mujeres (porque si bien la regulación corporal nos sujeta a todxs, la asignación de género nunca es una operación indiferente), pueden querer comer de manera gozosa algo que no sea diet, light o "saludable"¹³.

11 Wann, Marilyn: "Fat Studies. An invitation to revolution" en Rothblum, Esther y Solovay, Sondra (ed.): *The Fat Studies Reader*. New York University Press, New York, 2009.

12 Cooper, Charlotte: "There's no need for this obesity epidemic hysteria", *The Guardian*, 18/02/2013.

13 Murray discute la efectividad de eventos tales como las fiestas de piscina o de lencería características del movimiento de aceptación de la gordura angloparlante, ya que, a su entender, reproducen la obsesión por lo visible y el poder de los ideales estéticos heteronormativos y asumen que la mera existencia del cuerpo gordo es subversiva. Aún así, reconoce que la creación de comunidades ha brindado apoyo a las personas gordas que sufren la crueldad y humillación constante. (Murray, Samantha: "(Un/Be) Coming Out? Rethinking Fat Politics". *Social Semiotics Special*

De todos modos, más allá de la viabilidad de la crítica, las acusaciones de complicidad con el hiperconsumo capitalista proveniente de ambientes radicales que ven en cada cuerpo gordo la encarnación del Imperio del mal, parecen poco fundadas y muy prejuiciosas. Asimismo, estas acusaciones refuerzan el ideal moral de lo saludable imperante precisamente en el punto en el que se autodefinen contrario a éste. Es decir, asumen las categorías normativas del dispositivo, en vez de contribuir a su desmantelamiento o a su puesta en cuestión, reproduciendo las exigencias ascéticas del cuidado de sí (culpando a la persona gorda por su falta de voluntad para resistir la oferta constante de alimentos hipercalóricos o por su pereza a la hora de ejercitarse, por ejemplo). Habría que poner el acento entonces en que la posibilidad de consumo de ciertos individuos no sólo se contrapone sino que complementa la carencia de recursos de otras personas, pero que el imperativo del no comer o comer sólo bajo ciertas condiciones/restricciones es algo que caracteriza a este dispositivo de corporalidad actual, por más que se intente desconocerlo o naturalizarlo. Es importante recordar que el cuerpo no es un dato estático sino que, como bien lo han evidenciado experiencias disidentes como las del activismo gordo, la diversidad funcional, trans e intersex, en su devenir puede exceder las normas y categorizaciones propias del régimen dominante, tarea que aún debemos plantearnos acabadamente.

4. Saliendo colectivamente del closet del peso y de las tallas

No sólo la gente gorda debería llamar la atención sobre la intolerancia y la fobia a la gordura. [...] Todxs estamos implicadxs si aceptamos y toleramos la discriminación y el discurso contemporáneo que posiciona a lxs gordxs como seres sin voluntad, enfermxs e inferiores.

Deborah Lupton

Aunque en el mundo angloparlante existe un activismo consistente y una vasta producción teórica en torno a las corporalidades gordas (en términos de liberación, aceptación, reconocimiento y orgullo), todavía es bastante problemático plantear en ámbitos activistas locales nuestra experiencia corporal de manera política. Como si salir del closet de la gordura fuera algo de lo que no se quiere saber. Quizá este anuncio perturba el *statu quo*, donde lxs que observan, juzgan, critican y dictaminan - desde un afuera flaco- siempre saben algo más que unx. Aunque ese algo no sea más que sus propias fantasías y ansiedades sociales proyectadas sobre lo que se supone lindx, deseable, saludable y normal.

Ahorabien, las proyecciones de fantasías e idealizaciones normativas sobre los cuerpos son combatidas por muchxs de nosotrxs colectivamente, no como un problema individual. Por eso creo que la percepción social de la gordura y su calificación negativa no pueden quedar reducidas a un problema personal e íntimo. Ser gordx y que eso nos avergüence de diferentes maneras no es una tara personal a ser superada en soledad o con la única compañía de un par de libros de feministas de la segunda ola. Porque, nos guste o no, gordx no es un adjetivo calificativo más. Estas cinco letras resumen, en nuestras sociedades, toda una serie de suposiciones sobre la persona así calificada (sobre su estado de salud, su voluntad, su frustración, su auto-percepción, sus apetencias, sus elecciones, etc.). Pienso que el "acéptate" o "quíete" que nos espetan en la cara nuestros propixs afines son imperativos insuficientes. Condena a la esfera individual algo que tiene que ser un

problema político para un nosotrxs que se pretende amplio y diverso. Si todxs somos constantemente interpeladxs en términos de género, capacidad o raza pero también morfológicos, ¿acaso hace falta que seamos actual o potencialmente gordxs para interesarnos en esta discusión? ¿Acaso necesitamos ser todxs trans, intersex, lesbianas o migrantes para implicarnos en políticas activas que se opongan al odio y a la discriminación?

Mi salida de closet como gorda cissexual por sí sola no me libera de las ataduras del dispositivo de corporalidad: los discursos dominantes no se conmueven por un simple acto de concientización sino que deben ser resistidos de manera activa. Y aquí es donde cobra fuerza la idea de una resistencia colectiva al régimen político, económico e institucional de producción de los cuerpos gordos como fallidos. Y lo que debería preocuparnos está más allá de la cantinela de la auto-aceptación o incluso del orgullo de ser como somos, celebrando la inmensa diversidad en la que encarnamos lxs seres vivxs. Me interesa que podamos trabajar políticamente tanto el insulto descalificador que proviene del odio como el calificativo pretendidamente neutro, objetivo y descriptivo (gordx en ambos casos). Y, sobre todo, trabajar la vergüenza como afecto políticamente eficaz. De lo contrario, quedaremos inermes ante la dictadura de los patrones corporales y de las ficciones regulatorias de lo corporal, gordura incluida. Y me pregunto: ¿qué rebeliones somáticas podemos intentar si aún no podemos plantear en todo su alcance la salida del closet de los cuerpos gordos?

5. Concluyendo: Bakunin conoce a Bikini Kill

¿Mi cuerpo será siempre una fuente de dolor?

No, no, no.

Bikini Kill

En las últimas décadas del pasado siglo, algunas feministas y teóricas afines se han ocupado de la distorsión de la imagen corporal o los trastornos alimentarios, pero lo han hecho afincadas en el privilegio de ciertas corporalidades femeninas (blancas, cissexuales, heterosexuales, capaces, de clase media), dejando de lado la especificidad de la experiencia de discriminación, injuria y fobia que sufren las personas con alto peso corporal y las intersecciones de los distintos ejes de dominación/opresión. Pero desde finales de los años '60, activistas en el mundo angloparlante (muchxs de ellxs feministas, lesbianas radicales, trans y queer) han denunciado la estigmatización de las personas gordas y la complicidad de la industria de la dieta y el saber/poder médico con la difusión de la obesidad como un peligro social per se. Asimismo, han recuperado la potencia de la palabra gordx para autonombrarse, mutando el insulto en resistencia tal como lo han hecho otras minorías (las tortas y maricas, lxs queer, cripple, etc.). Y si bien, como dice Lee, el activismo de la gordura no resuelve necesariamente la compleja relación que lxs individuuxs tienen con sus cuerpos, ha contribuido a crear una comunidad y una narrativa alternativa en una sociedad bombardeada con "la epidemia de la obesidad"¹⁴.

En nuestra región, lxs activistas de la gordura estamos produciendo un incipiente movimiento, articulándonos con el feminismo/transfeminismo, el activismo de la diversidad funcional, trans e intersex. Más que una mera reivindicación de las redondeces, la gordura o la grasa, cuestionamos la necesidad social de cuerpos-patrones, mensura y medida que nos producen constantemente como corporalidades menos aptas o indeseables incluso. Porque gordx es un insulto pero, sobre todo, una acusación de dejadez, un diagnóstico de enfermedad actual o potencial

¹⁴ Lee, Jennifer: "A big fat fight: the case for fat activism", *Overland Journal* 207.

y una sentencia de muerte física o social. Y, como ya vimos, si algo han dejado en claro el activismo y la teoría sobre gordura es que sólo el prejuicio y la gordofobia leen los cuerpos de una manera unívoca: una ficción médico-política naturalizada hace presumir que la delgadez es saludable y que la gordura en todas sus expresiones es índice de enfermedad y algo malo en sí mismo.

La gordura, como el género y otros dispositivos, no son naturales. Nuestros cuerpos gordos son cuerpos fabricados como estigmatizables, indudablemente. Como el cuerpo puto, lesbiano, negro, pobre, migrante, trans, intersexual o tullido. Nosotrxs somos lo que no encaja, lo que excede, lo que estalla límites, costuras y cierres, asientos de transporte público, fronteras, ficciones y demás permisos legales. Si bien no hay una única experiencia de la gordura que produzca una identidad gorda homogénea -según Murray, las maneras de vivir un cuerpo gordo son siempre múltiples, contradictorias y eminentemente ambiguas¹⁵-, lxs activistas de la gordura postulamos nuevos modos de encarnar nuestros cuerpos impropios y sus afectos. Y más que identidades satisfechas con su peso o talla (la retórica de la aceptación y el orgullo tiene sus límites) o la postulación de una jerarquía "en reversa" -lo gordo por sobre lo flaco-, habrá que inventar nuevos modos de vida para nuestros cuerpos sin patrones. Modos de vida que permitan encarnaciones desafiantes a los valores del mercado del dispositivo de corporalidad. Es hora de celebrar la diversidad corporal además de la sexual. Necesitamos una revuelta de la carne indisciplinada contra la policía de los cuerpos, sus estándares microfascistas de normalidad y todo deseo ordenado. "Riot not diet" decían unas chicas rabiosas décadas atrás. Cantemos con ellas las canciones furiosamente alegres que hablan de la piel dura y de los cuerpos que no quieren ser gobernados.

¹⁵ Murray, Samantha: "Doing politics or selling out? Living the fat body" en *Women's studies*, Vol. 34, Issue 3-4, p.265-277.

¿PODEMOS LXS GORDXS HABLAR?
ACTIVISMO, IMAGINACIÓN Y RESISTENCIA DESDE LAS
GEOGRAFÍAS DESMESURADAS DE LA CARNE

Nicolás Cuello

**Haciéndonos lugar a la fuerza. Cuerpos gordos
desobedeciendo la eugenesia neoliberal**

Mucho de lo que sé sobre mí cuerpo gordo lo aprendí resistiendo. Lo aprendí ahí, en el tiempo en el que se despliega la fuerza necesaria para retrasar el efecto de los golpes, en la convivencia con la permanente idea de la vergüenza y en la soledad en la que me vi envuelto mucho tiempo de mi vida por portar esta supuesta excéntrica cantidad de carne y grasa en el mundo.

Cuando reviso y trato de pensar políticamente mi propia experiencia de vida, no tengo recuerdos en donde no exista la pregunta o el cuestionamiento sobre mi cuerpo gordo. Es algo que siempre estuvo, y sigue estando. Supe que era gordo, cuando alguien me lo dijo, cuando me lo indicaron de manera peyorativa "¡Andate de acá, gordo maricón!", en palabras de un compañero de la escuela primaria mientras jugábamos en el recreo. Así me enteré cómo iba a nombrar y tratar la sociedad de ahí en adelante a mi cuerpo gordo, entendiéndolo como un cuerpo que no puede, que le falta, pero que sobra, que le cuesta, que duda, que calla, que no entra, que tropieza, que molesta, que no avanza, que no coge,

que es especial, cuya ropa es gris, negra o marrón, que no tiene amigxs, pero que siempre es simpático, que es comprensivo incluso cuando no quiere serlo, y que siempre come por angustia, entre otras cosas.

Lo que en un principio se volvió una manera tentativa de entender y cuestionar cuáles eran las representaciones y los afectos disponibles para las personas gordas, con el paso del tiempo y sobretodo, gracias a la posibilidad de abrir interlocuciones con otros contextos de resistencia político cultural, tanto del exterior como de experiencias locales vinculadas a los feminismos y al activismo LGBT, como movimientos contraculturales como el punk y la música alternativa es que pude comenzar a identificar y reconocer que ese tipo de violencias no eran solo una vivencia personal, sino más bien que se trataba de un escenario de mayor complejidad en el que era posible y necesario pronunciarse.

La gordofobia no es meramente una experiencia traumática y dolorosa de cada una de la biografías existenciales que la vivencia, sino una compleja matriz de opresión que involucra una multiplicidad de aparatos de control biopolíticos que tienen por objetivo la eliminación material de las corporalidades gordas, ya que son entendidas como una enfermedad de escala global que pone en riesgo o empeora la calidad de vida de la población, deformando el propio límite del cuerpo a causa de un consumo excesivo de alimentos. Estos mecanismos de control y producción normada de los cuerpos logran hacerse efectivos mediante el despliegue permanente de violencia psicológica y emocional, vueltas carne por una trama de tecnologías semiótico-políticas que invaden, torturan, y hostigan de manera incesante nuestras subjetividades, afectando nuestros modos de vida. La gordofobia actúa materialmente en el ordenamiento de los sistemas socio-culturales de cada región y punto del mundo a través de situaciones que involucran exclusión social, estigmatización sexual, desvalorización afectiva, injusticia económica y laboral, cuadros de estrés y ansiedad social, fuertes depresiones a causa del aislamiento, el despojo y la vergüenza que produce la criminalización, la estigmatización y patologización en la opinión pública

de nuestros cuerpos, a lo que debemos sumar la violencia física, verbal, y psicológica dispuestas como herramientas de orden público para la corrección de la desobediencia que suponen nuestras gorduras.

Al mismo tiempo que la gordura es constituida como una amenaza social en espacios de articulación internacional como la Organización Mundial de la Salud que habilitan la discusión y el promulgamiento de políticas públicas que tienen como agenda su exterminio, se despliegan, en consonancia e intrínseca relación especulativa, industrias privadas multimillonarias de la dieta que producen a escala global consumos para la pérdida de peso y para la modelización de cuerpos delgados que incluyen productos de venta libre de alto costo, clínicas de internación, programas anuales de alimentación y entrenamiento físico especializado en la reducción del índice de masa corporal, como también una extensa oferta de cirugías disponibles para la intervención y adecuación de los órganos que posibiliten la pérdida de peso.

Todo esto sucede gracias a la naturalización del supuesto generalizador de que nuestros cuerpos, por el solo hecho de ser gordos, es decir, por ser más grandes que otros, son de manera inexorable cuerpos enfermos que comprometen y ponen en riesgo la salud. Pero se vuelve importante entender que aquí la salud poco tiene que ver con el mejoramiento o con la garantía de adecuadas condiciones de vida, o con el acceso a tecnologías médicas o psicológicas específicas que faciliten bienestar en situaciones de complejidad orgánica o psíquica, sino que la salud como preocupación fundamental de estos programas de escala mundial, esta entendida como una garantía productiva y reproductiva que aceita el ritmo ininterrumpido del plusvalor capitalista.

Este es el escenario en el que intervenimos los activistas de la gordura:

- Desarrollando estrategias situadas de intervención crítica para señalar las mecánicas de opresión gordofóbicas y para dismantelar, en la medida de nuestras posibilidades, el avance terrorífico del odio eugenésico de las industrias

de la dieta y las políticas internacionales de producción normada de los cuerpos implementadas por los estados neoliberales contemporáneos.

- Produciendo corrimientos y contra narrativas públicas de nuestras vidas como personas gordas que puedan torcer la sumisión, la obligatoriedad del respeto, el orden, y la introspección, cargada de duda y rencor, a la que se nos quiere obligar a vivir como únicos afectos posibles para el desarrollo subjetivo.
- Interrumpiendo discursos y denunciando imágenes que alimentan la puesta en marcha de opresiones gordofóbicas, y frente a ello producir situaciones que habiliten formas de experimentar nuestros cuerpos con placer y alegría inconforme.
- Tejiendo redes de contra comunicación y circulación abierta de saberes teóricos y prácticos (locales e internacionales vinculados a la historia del activismo gordo) que puedan brindarnos herramientas para la gestión de una mirada crítica y empoderada sobre los procesos de normalización corporal, y que nos permitan abrir diálogos entre pares en los que podamos sostener y garantizar experiencias de alivio y afectación colectiva para resistir los embates subjetivos a los que somos expuestos.
- Intervenir en situaciones de injusticia social, económica y sexual que se vean justificadas por la instrumentalización discriminatoria de la mirada patologizante que existe culturalmente sobre nuestras gorduras.
- Encarando este tipo de opresiones no de manera aislada, sino entendiendo que la producción normativizada de los cuerpos también está presente y actúa diferencialmente según las condiciones de clase, raza, de nuestro(s) género(s), nuestras diversas funcionalidades corporales, y las relaciones sexoafectivas que elegimos sostener. Por lo que se vuelve fundamental y una oportunidad vibrante aprender de las críticas y con la historia de las resistencias que se sostienen desde el activismo de la diversidad funcional, el activismo trans local e internacional, las claves de lectura y herramientas políticas que puedan aportar los feminismos, la teoría decolonial y las políticas sexuales radicales.
- Agitando de manera permanente preguntas e imágenes

rábicas que desarticulen el silencio y la invisibilización que garantiza la violencia con la que se naturaliza nuestra opresión.

El naciente activismo que estamos elaborando desde estas latitudes es posible gracias a la relación y voces compartidas que hemos podido construir en espacios fluidos de escucha, reflexión y acción. Un tráfico amoroso, hasta el momento pequeño, de coraje, entendimiento y de fuerte politicidad, no solo del cuerpo gordo, sino también de toda la batería de sentimientos que conlleva la visibilidad de nuestras existencias con esta geografía específica de la carne. Geografías complejas, y paradójicas, sometidas a un régimen de dura invisibilidad por extrema visibilidad, porque esa es nuestra realidad, somos los cuerpos que todxs ven pero que pocxs nombran en las dinámicas del deseo, y en los manifiestos políticos de ese nuevo mundo que estaría por venir. Y si aparecemos, es decir, si nos otorgan el supuesto privilegio de incluirnos, lo hacen de forma eufemística, con adjetivos que suavizan, disimulan y ocultan algo que no puede ser pronunciado de otra manera que no sea la denuncia explícita de la gordofobia. Hoy, somos muchas personas en Latinoamérica que estamos trazando vectores de organización y reflexión sobre la gordura, en distintos espacios, con distintas retóricas y miradas, afortunadamente, cuestionando las representaciones estigmatizantes, fóbicas, y mercantilizadas de las corporalidades, criticando las normas corporales que producen algunos cuerpos como lugares posibles de existencia, y a otros como lugares de eterna vergüenza, como heridas permanentes que conducen al silencio y a la soledad.

Para este activismo no solo se trata de discutir con la medicina, y disputar ese sentido común construido en la patologización de la gordura y en la industria de la dieta, sino empujar una crítica un poco más allá, que alcanza otras partes de nuestras vidas, porque nuestros cuerpos gordos no solo se hacen presentes cuando vamos al médico. La gordofobia está presente constantemente, en todos y cada uno de los espacios que habitamos. Por eso es que también el activismo de la gordura significa la oportunidad de impulsar una crítica social que no se

quede sesgada a disputar sentidos con las patologías alrededor del fenómeno de la "obesidad", si no también preguntar críticamente por ese orden de cuerpos posibles, y justamente, empujar y friccionar el límite en todas sus direcciones. Desnaturalizar que nuestras existencias como gordxs están privadas de placer, afectos, belleza, y apropiarnos de esos lugares de los que se nos priva, para ocuparlos como espacios propios de enunciación política, desde donde poder inventarnos otra vez, sin patrones, sin normatividades asfixiantes, y con alianzas suficientes para seguir cuestionando un mundo que continúa siendo patriarcal, heterosexual, blanco, y corporalmente esbelto, fibroso, y "saludable".

Contra la aceptación. Políticas de la vergüenza y resistencias gordas para una crítica radical desde los cuerpos

Pero estas metodologías de acción política que están presentes en nuestro activismos, creo personalmente, es importante que no queden reducidas a la mera producción de políticas identitarias reconfortadas por las retóricas del orgullo, o atrapadas en la demanda de aceptación/asimilación de los cuerpos gordos. Claro que es importante hacer valer nuestras experiencias de vida, en el sentido de volverlas posibles, no solo reales, sino en todas las direcciones que pueda significar la posibilidad, sobre todo para las dinámicas del deseo, pero creo, que es urgente reconocer que este plano de acción no puede obtener la visibilidad de las heridas que portamos, los silencios que nos acorralan, y la inseguridad que nos produce ser expulsadxs, porque es ahí donde también es posible construir una política radical desde la cual volver crítica una experiencia, conectarla con otrxs, y transformarla en una plataforma desde la cual producir imágenes que disputen las representaciones de los mundos y los cuerpos disponibles.

Se ha vuelto común que cuando lxs activistas que estamos pensando nuestra gordura hacemos circular en espacios locales de diversas líneas de acción política la pregunta por la gordofobia como matriz de opresión que suma complejidad a la batería de tecnologías que administran la violencia de un sistema cultural de producción normada de cuerpos como en el que vivimos, nos encontramos con una cantidad de reacciones que se vuelven síntoma de que visibilizar nuestras propias experiencias como corporalidades gordas objetivándolas como una problemática colectiva de orden político-público supone, por el momento, reacciones extrañas de asombro y algunos silencios de quienes creíamos aliadxs, pero sobre todo lo que prima es la pulsión por el empoderamiento forzoso, por la retórica de la aceptación y el orgullo, una modalidad particular y muy ansiosa de imponer soluciones programáticas y unilaterales que imposibilitan la apertura de la crítica al ordenamiento de los privilegios corpo sexo genéricos, ni permiten preguntar por las dinámicas de poder en las que está organizada la mercadotecnia del deseo de los movimientos sociales. Es extensa la cantidad de activistas políticos que consideran menor la discusión sobre la gordura, y sobre todo, consideran menor la pregunta por la experiencia sensible de la vergüenza, el placer, y la belleza en aquellos "otros" cuerpos que deberíamos sanar rápido, con el conjuro del "me quiero, me acepto, soy fuerte" o "puedo cambiar, y dejar de sentirme así, si lo deseo y tomo la decisión".

No es casual, entonces, que la vergüenza ocupe el lugar que ocupa dentro de algunos de nuestros activismos. Las personas gordas experimentamos desde el primer momento en que nuestro cuerpo excede lo visible permitido, desde que transgrede aquella porción reducida y previamente permitida de espacio, la injuria y el recordatorio constante sobre la transgresión cometida. Gordxs somos aquellxs que somos nombrados en cada uno de los espacios que transitamos, en todas las ciudades del mundo, en cada objeto de la vida cotidiana que nos rodea, nos recuerda nuestra forma, y sobre todo nos dictamina la sentencia de la expulsión como condena social a nuestra desmesura. Gordxs, injuria que sentencia el desborde de un límite que

inteligentemente ha invisibilizado la artificialidad de su naturaleza por medio de la ficcionalización de algo llamado "el cuerpo normal" o "el peso indicado". Gordxs, así nos nombra la sociedad desde ese momento en el que es visible la traición a las trincheras de la carne, avergonzados por su supuesta imposibilidad, su permanente falta, y su abundante exceso, cuerpos silenciosos y silenciados, sucios y transpirados, molestos y asexuados, torpes, grises, tímidos, domados, tristes y aburridos, entre tantos otros adjetivos afilados que constituyen la gráfica de la burla y la impugnación. Pero los interlocutores del odio no son solo aquellos policías de los cuerpos, sino también, todas las escenografías en las que se despliegan y por las que se sostienen los mecanismos de control de la carne. Gordx, cuando no entro en una prenda de ropa, gordx cuando las arquitecturas urbanas nos expulsan con su estrechez, gordx cuando no paso por una puerta, gordx cuando siento que una silla es débil, gordx cuando subo a un colectivo con mucha gente, gordx dicho y pronunciado por el eco disciplinante que fantasmáticamente pone orden, allí cuando parece no haber nadie.

El imperativo de la aceptación, y el llamado urgente que pulsa el orgullo como única y primera política que logre visibilizar que estamos aquí y que hemos decidido no aguantar más la violencia, se construye de manera totalitaria como única estrategia de resistencia política y de interpelación crítica a los discursos de la gordofobia. Me importa poder preguntarle a este tipo de retóricas de la sobrestimación de uno mismo, de hipervisibilidad de la fuerza y el desenfado ¿qué es lo que podrían estar dejando afuera? ¿Qué otros territorios sensibles podrían ofrecernos nuestros cuerpos como espacios posibles desde los cuales disparar gritos de rebeldía que se opongan a la discriminación e injusticia permanente a la que nos enfrentamos? Fugar de la aceptación como único horizonte posible en nuestras prácticas políticas para darle lugar a otras estrategias que partan de reconocer el límite que supone la inmediatez y el alivio de la integración, y dismantelen los mecanismos de fagocitación política desde los cuales el capitalismo neoliberal logra instrumentalizar las demandas sociales reterritorializando y aplanando toda

potencialidad de resistencia a sus modos de producción y organización, por el encantamiento que supone el ritmo acelerado de transformación del dolor en sanación, de trauma a olvido. ¿Aceptados por quién? ¿Integrados a qué sistema de organización social y cultural? ¿A qué costo?

Ceder ante la urgencia de la aceptación y el orgullo, para dar lugar a una accidentada intensidad que nos abrigue desde la productividad de la vergüenza, que nos entienda en el tiempo que duran nuestras caídas, y que nos envuelva el calor rabioso de una política imaginativa radical, que empieza por creer al propio cuerpo como posible, produciendo una intermitencia al odio, el desprecio y la burla de las miradas, pero que no olvida ni silencio que las temporalidades que exige cada cuerpo dependen de las potencias y los recursos con los que contamos, y allí también se escribe la historia de nuestras diferencias. Porque nuestros cuerpos gordos no son todos iguales, y porque los grados de violencia a los que hemos sido expuestos no pueden volverse homogéneos, como tampoco podemos dejar de lado las escrituras post-quirúrgicas de nuestros cuerpos sometidos a operaciones, las grietas en la sociabilidad que provocan nuestras infancias en dieta, entre muchas otras experiencias en las cuales nos faltan las palabras, y nos sobra tiempo en el silencio. Estas son texturas que no pueden ser pulverizadas por la sonrisa de la autocomplacencia y el enamoramiento individualista. Darnos lugar a procesos de empoderamiento, reformulación y reflexión crítica y política de manera colectiva sobre nuestras corporalidades también es parte de nuestro activismo, porque implica hacer huelga a la temporalidad productiva que instala en nuestros cuerpos y en nuestras subjetividades el orden mayoritario del capitalismo cognitivo, que nos obliga a dar cuenta de nosotros mismos, y a diseñar proyectos de vida y lugares de enunciación lo más transparentes posibles.

Entonces nos queda pensar en qué prácticas son posibles de llevar adelante para que sea cada vez más claro que estamos aquí y hemos abierto un lugar a la fuerza desde el cual involucramos en la transformación radical de los modos en los que se producen y administran social, cultural, sexo-política y económicamente nuestras corporalidades,

multiplicando espacios de experimentación sensible en los que hacer posibles nuestros cuerpos a nuestro ritmo, con nuestras formas, y con los placeres que sepamos y podamos inventar desde nuestras diferencias.

Hacer la vista gorda. Imaginando una política visual de la desmesura

Una de las modalidades a través de las cuales acciona la gordofobia es la proliferación ininterrumpida de imágenes que cristalizan representaciones estigmatizantes de los cuerpos gordos. Esta circulación paroxística de imágenes se restringe a exhibir una experiencia condicionada, tendenciosa, y manipuladora de lo que significa o de lo que es posible experimentar siendo gordo. Por lo general las representaciones de nuestras corporalidades aparecen fragmentadas, focalizadas en aquellas geografías de la piel que exceden las formas instituidas como "normales", produciendo recortes, y sobre encuadres de los pliegues, estrías, piernas, abdómenes y toda parte de nuestros cuerpos que quitadas de historias, y exhibidas como carne cortada a cuchillo, intentan mostrar una realidad unilateral e incuestionable de vergüenza y horror desmesurado. Es así como aparecemos representados sin historias, extraídos de marcos territoriales, y por lo general -no es un detalle menor- sobre locaciones que nos impiden considerar a un cuerpo afectado o conectado con otros sujetos. Por lo general, y basta con una búsqueda rápida en bancos de imágenes de internet, este tipo de representaciones provienen o mayoritariamente están vinculadas con mecanismos de ilustración y representación que son funcionales a las políticas gordofóbicas de ciertas prácticas médicas y a las industrias de la dieta, que tratan a nuestras corporalidades como carne sin vida en donde quedan anuladas otras experiencias afectivas que no sean el auto-desprecio, el desagrado, la ridiculización

y la urgencia por la auto-extinción¹. Propongo a quienes leen estas palabras, acceder y verdaderamente tomarse el tiempo para buscar imágenes de circulación pública y masiva en torno a la palabra "gordo", "cuerpos gordos", "gordura" por nombrar algunas entradas posibles. Esos resultados que allí pueden ver representan el estado actual del sentido común en relación a nuestras vidas, y son, por el nivel de violencia con el que están producidos, mecanismos de tortura y de pulverización subjetiva a las que nos enfrentamos las personas gordas constantemente. Frecuentemente este uso programado de cuáles son las imágenes que toman estado público sobre nuestros cuerpos, como dijimos antes, están administrado por numerosos enclaves y complejas tramas de poder. Pero uno de ellos, y el que nos importa aquí evidenciar, son las grandes marcas y empresas de reducción de peso que forman la industria de la dieta que promocionan sus fórmulas excepcionales con campañas incisivas que tienen como eje fundamental la exhibición visual de sus beneficios mediante publicidades, entrevistas, notas e imágenes que utilizan testimonios, documentación, y registros médicos para enseñar su efectividad en la pérdida de peso y para transformar el cuerpo gordo. La estructura que toma lugar en estas políticas de visibilidad reproduce constantemente un formato que llama la atención: el Antes y el Después. Dos cuerpos enfrentados, presuntamente de la misma persona, friccionan la imagen del "antes", donde el cuerpo gordo aparece como síntoma de lo socialmente odiado, y de lo estéticamente monstruoso que urge desesperadamente hacer desaparecer y la imagen de un cuerpo "después" de las técnicas de normalización de algún dispositivo médico (como el bypass gástrico) o de algún programa de reducción de peso, en la que queda bien en claro, cuáles son las formas correctas que fundan lo deseable. Ahí donde estas imágenes se juntan, en la comparación de esos dos relatos, está condensada la historia política de cómo se insiste en borrar nuestros modos de vida, y la legitimidad de nuestras experiencias. De esa fricción

¹ Cooper, Charlotte. (2007) 'Headless Fatties' [Online]. London. Available: <http://charlottecooper.net/publishing/digital/headless-fatties-01-07>

se desprende una normativa violenta y extorsiva de cómo y cuáles son los cuerpos vivibles, y cuáles son lugares de encierro y reclusión, castigados por la ausencia de deseo. Lo que tienen en común estas dos imágenes que suponen una distancia enorme es que ambos cuerpos son signos de explotación económica y de espectacularización de sus formas. La efectividad que produce el encantamiento y la fantasía erotizante de la asimilación y la normalidad invisibiliza completamente la complejidad que supone la vida: se da por entendido que adelgazar implica que se acaba el dolor del/en/sobre el cuerpo, que se destierra para siempre cualquier atisbo incipiente de angustia, tristeza y rechazo, y pareciera que se constituye como un resultado directo la garantía de una vida digna en la que no tendrían lugar ninguna de las opresiones que se suman a la realidad del cuerpo, como la precarización laboral o el desempleo, la homolesbotransfobia, las demandas normativas de la mercadotecnia del deseo y el racismo. Es así como estas imágenes logran productivizar el anhelo y la pulsión analgésica de la "felicidad" y el éxito social como dispositivos de complicidad para el exterminio de lo distinto y la producción de cuerpos no-gordos.

Es por esto que me parece necesario pensar seriamente en las intrincadas maneras en las que actúan las imágenes y estos órdenes mayoritarios de administración y circulación de visualidades que fundan la norma corporal y que sin tregua alimentan políticas eugenésicas. ¿Cuáles son las imágenes mentales, comunitarias, afectivas que podemos producir para resistir y contrarrestar los efectos de que nuestros cuerpos sean leídos como una epidemia de escala global a ser desterrada? Lo que hoy pienso, e insisto como una política que concentre sus esfuerzos en la experimentación de una imaginación radical, tiene que ver con empoderarse desde la potencialidad crítica que supone la producción de imágenes, experiencias sensibles, formas de contracomunicación inventiva, intervenciones performáticas en el espacios público, y la puesta en marcha de lenguajes y tráficos de signos que nos ayuden a forzar el límite de lo posible, y que al mismo tiempo se vuelvan estrategias de reescritura de nuestras propias vidas, donde poder experimentar una pausa al hostigamiento subjetivo

permanente. Con esto no me refiero a que es necesario fundar una *visualidad gorda*² o un arte político gordo, es decir, territorializarlo como un tema precodificado disponible para ser representado por cualquiera. Sino enunciados críticos que interrumpen la velocidad con la que los sistemas de identificación y desidentificación de esta fase actual del capitalismo que es cultural imponen su violencia y modelan subjetividades a escala planetaria por medio de normas imaginarias y ficciones regulatorias del cuerpo sano y deseable³.

Un activismo gordo que entienda la fantasía y el deseo no como un mero dato, sino como el espacio desde el cual producir una resistencia crítica⁴, en la que el placer y la belleza, se vuelven espacios desde los cuales disputar con la guerra constante a la que se someten material y cognitivamente nuestras vidas en una sociedad desbordada de signos apologéticos de corporalidades normadas, de pieles blancas, y de futuros construidos por las potencias del consumo. Ensayar sin garantía, entregados a la deriva esperanzada de abrir camino para otra experiencia emocional de nuestras potencias, posibilidades, y deseos, reconociendo las particularidades en las que estamos inscriptos, elaborando mapas y archivos del sentir en cada geografía de la carne gorda que portamos como un programa político que supone y se sostiene por el afecto de la multitud de nuestras alianzas, esas arquitecturas en las que confiamos nuestros derrumbes.

Necesitamos imágenes y formas sensibles de narrarnos que dismantelen el estado actual de las políticas de la mirada, para poder quebrar con el asombro y la incapacidad de creer que somos cuerpos posibles de ser deseados por fuera de los espacios mínimos de circulación a los que se nos reduce, para destruir la percepción desexualizante

2 Snider, Stefanie (2012) "Fatness and Visual Culture: A Brief Look at Some Contemporary Projects", *Fat Studies: An Interdisciplinary Journal of Body Weight and Society*, 1:1, 13-31.

3 Snider, Stefanie (2013) "Introduction to the Special Issue: Visual Representations of Fat and Fatness", *Fat Studies: An Interdisciplinary Journal of Body Weight and Society*, 2:2, 114-117.

4 Duncombe, Stephen (2007) "Dream: Re-Imagining Progressive Politics in an Age of Fantasy", New York: The New Press, 2007.

que insiste en querer privarnos de poder elegir tener todo el sexo que querramos con quienes querramos, y desde allí, desde esa desmesurada capacidad deseante que podamos ejercitar con estos cuerpos gordos, inventarnos furiosamente una vida bella en la que correr el límite de lo imaginable, para ensayar urgentemente estrategias para que nuestras vidas sean un poco más libres.

Grasa sudaka Activismos gordos desde el culo del mundo

Es importante poder pensar en la criticidad que propone el activismo gordo, como dijimos antes, alejándonos de la ontologización absoluta de una trinchera identitaria que supondría un sujeto político único dentro de este activismo (mayormente identificado con las personas gordas, blancas, cisgénero de contextos urbanos en países del primer mundo, en especial Estados Unidos), sino poniendo en relación y complejizando sus alcances en vínculo con otros activismos, y con las críticas situadas que son posibles desde múltiples espacios de enunciación que también trabajan desde la resistencia a los procesos de normalización corporal en diferentes contextos geopolíticos. Los marcos de opresión a los que nos enfrentamos actúan de manera diferenciada y en distintas escalas en relación a la ubicación y la procedencia de cada cuerpo gordo. Problematizar la gordofobia puede permitirnos radicalizar y potenciar algunas críticas que por lo general suelen estar ausentes.

¿De qué manera interrumpen los cuerpos gordos los códigos de existencia corporal exigidos por el comportamiento normado de cada expresión de género en pos de la reproducción de la masculinidad y la feminidad heterosexual cisgénero hegemónica? ¿Cómo actúa diferencialmente la posibilidad de un cuerpo

gordo en la construcción de la masculinidad?⁵ ¿Qué privilegios portan los cuerpos masculinos en relación a la sobredimensionalización de la exigencia y la norma corporal gordofóbica para las feminidades? Sería oportuno observar que la gordura además de actuar de diversos modos a causa de un ordenamiento fuertemente patriarcal de nuestras culturas, puede pensarse como formas de interrupción y descalce de las construcciones de género no normativas. ¿Qué sucede con la gordura en nuestros cuerpos lesbianos, maricas, trans e intersex? Personalmente, en relación a mi propio deseo, frecuentemente me pregunto ¿Qué hacemos los putos que somos maricones con nuestra gordura, con nuestros cuerpos lampiños, fofos, y feminizados que nos dejan por fuera de las nuevas normas de construcción del mercado gay que apelan a la puesta en marcha de una masculinidad compulsiva y heterosexualizante? Es necesario decir, sobre todo por las lógicas con la que avanzan los procesos de normalización y asimilación de las identidades sexuales gay, por ejemplo, que la gordura comienza a valorarse, en tanto pueda construir un cuerpo correcto, fibroso, una suerte de gordura estética en donde siempre prima el principio de la buena forma y la buena distribución de la carne que refuerce la masculinidad, que no escinda la identificación con la categoría "hombre", produciendo distancias con aquellos cuerpos en donde la gordura por las formas, y las maneras de distribución que hace la grasa en algunos cuerpos, se lee como un factor feminizante. Queda claro cómo los procesos de fagocitación e instrumentalización que hace permanentemente el capitalismo neoliberal con la diferencia, reproduce en la propia topografía de la gordura lecturas heteropatriarcalizantes en las que algunos cuerpos somos subsumidos a las periferias de la mercadotecnia del deseo por nuestra condición de "femeninos", mientras que otros, a pesar de situarse por fuera de la lógica heterosexual, continúan reproduciendo y gozando beneficios por no poner en riesgo la asignación de la masculinidad hegemónica.

5 Wykes, Jackie; Pause, Cat; Murray, Samantha (2014) "Queering fat embodiment", Farnham, Surrey, Ashgate Publishing.

Mi intención al pensar cómo la gordura altera los roles predeterminados de los géneros, no busca solo dar cuenta, como ya lo ha hecho la teoría queer y algunos feminismos, de la construcción y producción cultural del género. No se trata de reparar en estos como aparatos o *ficciones somáticas*⁶, que ponen en circulación y refuerzan las dinámicas de poder que este sistema capitalista heterocentrado necesita para su funcionamiento, sino entender que esos cuerpos donde se producen esas alteraciones a los órdenes de la ley cultural son más vulnerables a los castigos tanto materiales como cognitivos por la policía de los cuerpos, y quedan expuestos a una pronunciada serie de injusticias y exclusiones que vuelven la vida insostenible.

Finalmente me gustaría compartir una última dimensión crítica que se vuelve fundamental sumar a los procesos de desmantelamiento y resistencia a la gordofobia, que es la consideración de cómo se construye nuestra gordura y cómo es que llegamos a ser gordos acá en el sur, con los colores de nuestras pieles y con estas genealogías raciales que nos diferencian de la mirada blanca occidental desde la que opera la policía de los cuerpos. Desde sus inicios, el activismo gordo estuvo vinculado a contextos de países mal llamados centrales, o del primer mundo, en donde el desarrollo industrial y las configuraciones de los mercados permitían y continúan permitiendo otros consumos que claramente difieren de la realidad de los países latinoamericanos, por ejemplo, en donde el acceso, la distribución y la producción del alimento atraviesa otras redes de poder aun más crueles y sangrientas que los contextos urbanos de las metrópolis capitalistas internacionales. El esfuerzo por pensar el activismo gordo como un programa político radical de crítica sobre los cuerpos que exceda los marcos de incomprensión que han desarrollado teóricos y activistas en el exterior, en especial estadounidenses, también implica poner en marcha políticas que desestructuren las lógicas coloniales de administración

6 Preciado, Beatriz (2009) *Biopolíticas del género* en AA.VV. *Biopolítica*. Ají de Pollo. Buenos Aires Traducción de Joaquín Ibarburu.

y producción del saber y la práctica política de la resistencia gorda⁷. ¿Cómo son los cuerpos gordos del sur? Es una pregunta que nos puede permitir cuestionar la administración de un sistema sociopolítico en donde el alimento es un privilegio, donde existen contextos de violenta precarización de la existencia que obligan a familias numerosas a la gestión comunitaria de la comida, cuyos consumos se ven reducidos y limitados por la clase social a la que pertenecen, que modelan y organizan la construcción de sus cuerpos gordos de forma muy distinta a quienes cuentan con estabilidad económica, trabajo y la posibilidad de acceder a otros niveles de consumo alimentario.

De este modo, la gordofobia puede ser complejizada cuando es atrevida por la violenta diferencia que supone la desigualdad económica, donde la criminalización de la pobreza también se sostiene por una crítica estigmatizante a los modos de vida, a las costumbres culturales, y a las formas y a los tipos de consumo de las clases sociales más explotadas. Una crítica desde nuestros cuerpos gordos, creo personalmente, tiene que apuntar a señalar y advertir sobre los modos criminales a los que son reducidos los cuerpos que sostienen a tracción de sangre las lógicas productivas de este sistema capitalista, en donde las dinámicas de explotación y extracción de plusvalor se ven reflejadas en los accesos alimentarios y en la producción de determinadas geografías de la carne. Por eso mismo, fugar del llamado de la aceptación es prioridad. ¿Es suficiente que la crítica que podamos producir desde nuestras resistencias como personas gordas se reduzca a la inclusión y a la disminución de la discriminación que enfrentamos? ¿O a que seamos aceptados en las lógicas del deseo de una cultura heterocentrada, transfóbica y colonial sin desmantelar una máquina social que funciona en su esperanza reproductiva, por medio de la explotación de los cuerpos, la modelización de su futuro, y el exterminio eugenésico de todo lo que se corra de

7 Cooper, Charlotte (2012) *A Queer and Trans Fat Activist Timeline: Queering Fat*.

la norma? Por eso desde aquí, lentamente pero con decisión, insistimos en la necesidad de liberar procesos de resistencia y experiencias sensibles de placer rebelde y abrigo colectivo radical desde nuestras gorduras insumisas que nos reúna para frenar la compleja guerra material y cognitiva a nuestros cuerpos y para poder vencer la extinción de la capacidad singularizante de lo distinto que guarda la posibilidad de un mundo más libre, en el que todos tengamos lugar.

EL CUERPO COMO ESPACIO DE DISIDENCIA

Lucrecia Masson

¿Es posible pensar el cuerpo como espacio de disidencia? Un cuerpo plagado de órganos, no siempre sanos, no siempre vigorosos, no siempre jóvenes... Nos encontramos ante la necesidad de una revuelta orgánica, en su sentido literal: revolver órganos. Es actualmente una apuesta urgente la de plantearnos una rebelión de los cuerpos. Rebelión que, necesariamente, rechaza la frontera entre el cuerpo normal y el deforme, el cuerpo saludable y enfermo, el cuerpo válido e inválido. Rebelión que debe ser planteada a partir del encuentro, la afinidad y la alianza entre estos cuerpos inapropiados e impropios. De ahí que los sistemas que nos organizan a partir de género, raza, sexualidad, normalidad corporal, salud mental o física, se vuelven edificios que es necesario derribar, y esta acción de derribo nos deberá encontrar juntas, sabiéndonos atravesadas y en constante y compleja intersección.

¿Podemos entonces entender el propio cuerpo como espacio de activación política? Partir de nuestras trayectorias corporales, narrar en primera persona, tanto singular como plural, la historia de nuestra realidad corporal es un desafío al que diferentes activismos empiezan a llamarnos. ¿Podemos pensar en una historia colectiva de nuestros cuerpos? ¿Cuáles son los dispositivos que producen corporalidades inapropiadas? ¿Podemos plantearnos mecanismos para crear nuevos modos de producir cuerpos, de producir deseos, de producir bellezas? ¿Y qué herramientas nos damos para hacer de nuestras vidas un espacio más habitable y feliz?

No pienso en metas, ni en aceptación, ni en gustar, ni en convencer a nadie. Porque no creo en redención.

Me parece importante volver a nombrarme ahora como gorda, nombrarme gorda como estrategia de autoenunciación. Nunca liviana. Y sirva este último adjetivo para que la paradoja dé lugar a la sonrisa. Nombrarse para volvernos visibles. Ocupar el espacio para volvernos visibles. Visibles, desobedientes, disidentes de la norma que nos impone una sociedad que estandariza y controla cuerpos y deseos, que define lo bello y lo sano.

¿Y por qué la necesidad de volvernos visibles? Porque la vista es un aparato de producción corporal, dice valeria flores, y hay modos de mirar que fabrican cuerpos, continúa. Y yo agregó, hay modos de mirar que fabrican deseos y modos de mirar que fabrican bellezas. La apuesta será construir nuevos cuerpos, nuevos deseos, nuevas bellezas.

Ante la pregunta: ¿por qué ser gorda, o vieja, o diversa funcional, o enferma (y la lista podría ser muy larga) me hace estar fuera del estándar de belleza o de normalidad corporal? ¿Qué me hace disidente de la norma? Propongo cambiar esta pregunta por otra, y he aquí el desafío político: ¿bajo qué mecanismos se construye el cuerpo normal? ¿Cuánta disciplina de normalización han soportado y soportan nuestros cuerpos? ¿Qué técnicas de domesticación y regimentación nos hacen desear ser normales y atractivas a costa de padecimientos?

Construir un cuerpo extenso

Partimos de dejarnos interpelar por el propio cuerpo. La interpelación por la que apuesto es tanto individual como colectiva. Necesito preguntarme cosas sobre mi cuerpo, sobre el cuerpo de las otras, y construir un cuerpo extenso, un espacio para la acción y reflexión. Me parece fundamental hablar desde nuestras propias carnes. Esas carnes defectuosas, inseguras, miedosas, angustiadas.

Nuestras carnes, las que sobran, las que faltan, las que duelen, las que están viejas, las que están enfermas, las que no son funcionales, las que mueren incluso...

De ahí la interdependencia como paradigma que empezar a transitar. Nadie, sea cual sea la corporalidad que encarne, es realmente autosuficiente. Por esto pienso en luchas cómplices y afines. Busco potencias vinculadas y vinculantes. Creo que es necesario y vital encontrarse. Será el encuentro, el lugar de la potencia, el lugar desde donde partir, el lugar de la posibilidad.

Es necesario atender contra la matriz que nos organiza corporalmente. Desnudar el artefacto que nos construye en tanto cuerpos, en tanto territorios donde se inscriben lecturas. Es necesario desafiar esas lecturas y crear, imaginar, fantasear, inventar nuevos relatos. Hay un gran aparato ficcional que hace que nuestros cuerpos se lean como "generizados" o racializados o viejos, o discapacitados, o gordos, o enfermos.

Pero sí que, si bien no podemos perder de vista el carácter de artificio, hay una realidad que nos atraviesa, que hace de mi vivencia algo bien distinto a la vivencia de otras. Necesitamos narrar en primera persona, tanto la primera persona del singular como la primera persona del plural, la historia de nuestras realidades corporales. El argumento de ficción no inhabilita las ideas de trayectoria, de realidad, de experiencia corporal. Esta realidad necesita ser contada, colectivizada. Es necesario recuperar esta experiencia, asumirnos vulnerables y entender que ésta es condición misma del ser, y que no se puede ser sin exponerse, porque no somos sino en interrelación.

Es importante reivindicar estrategias que partan de la vulnerabilidad, de poner en ésta la potencia transformadora. Destrozar el discurso que nos exige ser siempre fuertes y valientes, poderosas, aceptarnos, querernos a nosotras mismas, estar a tono siempre con un mundo que nos reclama indefectiblemente listas y sanas para asumir las tareas de producción y reproducción. Ese mundo de ahí afuera que nos reclama funcionales. Y no pienso en metas, ni en aceptación, ni en gustar, ni en convencer a nadie. Porque no creo en redenciones ni en evoluciones, ni en la barbarie convertida en civilización.

Creo en búsquedas, en pasiones y en fricciones agonistas de mis propias carnes que, dadas al encuentro con otras, tienen el enorme potencial de hacer de nuestras existencias un lugar más habitable y feliz, dando lugar a indómitas formas de habitar nuestros cuerpos.

¿A QUÉ EDAD FUE TU PRIMERA DIETA?

Lux Moreno

“¿A qué edad fue tu primera Dieta?” Esta frase que circula por la red nos interpela de un modo extraño, hasta tendencioso. Hablar de una primera vez, nos da la pauta de que pareciera “necesario” iniciarse en el circuito de las dietas como algo ritual. En algunas culturas y comunidades se suele iniciar a los jóvenes en la vida adulta por medio de ceremonias. Me pregunto, ¿cómo funciona hoy en día la cuestión ritual que circula en las dietas? ¿Somos introducidxs al mundo de los estereotipos de belleza y salud? ¿Tenemos opciones, de no iniciarnos en esas lógicas de exclusión de los cuerpos distintos? Quizás se daba a mi condición de Gordx, pero puedo afirmar, que la iniciación al mundo de las dietas es uno de los primeros pasos sintomáticos que afirman la discriminación sobre los cuerpos.

En la actualidad, se exagera la forma en la que nos vemos inmersos en una cultura que privilegia ciertos tipos de corporalidades por sobre otras. Sobre todo podemos detectar que existe una realidad generalizada, acerca del hecho de hacer dieta, mantenerse en forma y de afirmar la salud/belleza como una especie de dupla inseparable. Se instalan así sobre los cuerpos normas culturales, políticas y económicas que pretenden normalizar sobre ciertas estandarizaciones. No es de extrañar que proliferen estereotipos como el de la imagen de la chica rubia de larguísimas piernas y talle xs que aparece como la figura que encarna ciertas lógicas de la realidad que habitamos. O el varón musculoso pero estilizado con perfecto control

de su cuerpo/virilidad manifiesta, la versión masculina del estereotipo. Encarnando en cada uno de ellos el binarismo heteronormativo del género, la superficialidad del deseo y una sexualización constantes que se repite de manera reforzada a través de los medios de comunicación, redes sociales, publicidades, entre otros.

No es extraña entonces la proliferación de los centros de estética que combinan dietas, tecnologías de control del peso y una manifestación constante de la salud como directivas. Se les presenta a los consumidores atentos, la posibilidad de acercarse a esos cuerpoxs ideales que ven en la pantalla de tv, por medio de tratamientos de todo tipo. Lo que se ve reforzado por la industria de la moda que provee talles imposibles que indican cuáles son los patrones "reales" en centímetros a los que debemos aspirar.

Sin embargo, estos mecanismos no parecen reducirse simplemente a la estética visible, en tanto solo hay un refuerzo de la normas en los cuerpoxs como bellos, saludables y modificables, sino que las lógicas de normalización aparecen en el orden de lo cotidiano. La estandarización corporal ha adquirido una forma de potencia invisible, la que se nos presenta en las medidas promedio con las que se realiza el trazado del mobiliario de los espacios públicos y privados: bancos de plaza, asientos en el transporte público, sillas en restaurantes, el espacio de las duchas en los clubes, así como infinitos ejemplos. La discriminación entre aquellos cuerpos válidos socialmente, bellos y necesariamente sanos, justifica una serie de lógicas invisibles que se construyen a su alrededor en forma de monopolios, dispositivos de control médicos, visuales, culturales que se combinan con estándares rígidos. La necesidad por la que parecen abogar estos cuerpos bellxs, no parece deducirse claramente. Es decir, no todo lo que es bello es necesariamente "sano".

Para poder abordar esta perspectiva ampliamente, me parece importante encarar esta situación a partir de dos cuestiones: en primer lugar algunas manifestaciones históricas respecto del control del peso que han sucedido de manera global. En segundo lugar, la cuestión de los relatos de los gordxs como un recurso que nos permite desarticular estas lógicas establecidas como status quo,

que opera sobre los cuerpoxs. Asimismo, esta es una forma de manifestar la existencia de otras formas de las lógicas que construyen el cuerpo que mezclan no solo la identidad personal, la imagen corporal proyectada, sino también una construcción sobre la identidad del mismo. Pensar y analizar estas "normas" que se manifiestan en una estandarización de los cuerpoxs, significa pensar en cómo y cuáles son las consecuencias de la expansión de una serie de medidas para abordar la obesidad y el sobrepeso como un problema político-económico.

Gordxs, un problema de Estado

En primer lugar, la expansión de las políticas contra la obesidad, se lanzan en distinto grado a nivel global. Se establecen programas, políticas y diferentes formas de normalizar a los cuerpoxs, con una difusión generalizada. La globalización aparece no solo como un fenómeno que unifica y pluraliza la difusión de información, la puesta en marcha de políticas regionales, etc. Sino que, a partir de los años noventa, con la expansión de la redes de comunicación, la expansión de mercados regionales y globales, se desata una fenómeno de normalización global de los cuerpoxs. Se empieza a escribir de manera implícita ciertas normas claras respecto a la construcción y reproducción socio-cultural de ciertos tipos de cuerpoxs. Por ejemplo, en 1998 se lanza un programa de políticas públicas que pretenden declararle la "Guerra a la Obesidad" (War on Fat) (Soich & Moreno, 2013). Esto genera condiciones tales en las que las personas con sobrepeso tienen posibilidades menores de conseguir seguro médico (en el caso de EEUU), vestimenta, transitar los espacios públicos, consumir algunos medicamentos, etc. Ser gordx se ha convertido en un problema de estado, se ha vuelto una preocupación al considerársele una patología de tipo sanitaria, cultural y social. Pero como veremos más adelante, dichas empresas encarnan una lógica de mercado y una necesidad de generar nuevos espacios de consumo.

La declaración de la obesidad como una enfermedad desde la Organización Mundial de la Salud, se manifiesta con una expansión potenciada con respecto a la preocupación sobre aquellos individuos que son considerados gordxs. Esta calificación, principalmente, va a ser cuantificada a partir de la medición del Índice de Masa Corporal (IMC). Este índice se obtiene dividiendo el peso de la persona (expresado en kilogramos) por la altura al cuadrado (expresada en metros). La proliferación de políticas anti-obesidad se expande rápidamente. Hay fenómenos como el caso de los Estados Unidos donde desde 1998 se declara desde las políticas de salud del Estado la llamada "Guerra a la Obesidad", que repercutió en el acceso de las personas con sobrepeso u obesidad a los servicios, seguros de salud, trabajos, vestimenta, etc.; generando al mismo tiempo movimientos políticos de resistencia en contra de la gordofobia -como el miedo a adquirir peso o el pavor a las personas con sobrepeso-, gordofobia que se vio intensificada en función de pensar la obesidad como una patología de tipo sanitaria, cultural y social.

La experiencia latinoamericana no quedará exenta. En el caso específico de Argentina, se han incrementado las iniciativas estatales respecto a programas, propagandas y tratamientos en torno a la reducción de peso. Sin embargo, hay que destacar que el plan Argentina Saludable, llevado adelante desde el Estado Nacional, no habla explícitamente del descenso de peso pero hace un hincapié positivo respecto de recursos para llevar una vida saludable. Desde la promoción de la salud esto se lleva a cabo con las campañas televisivas de Red de Salud que están orientadas a la salubridad en un marco general. No obstante, no podemos obviar la sanción de la Ley 26.396 en 2008, que declara de interés nacional la prevención y control de trastornos alimentarios. Entre sus artículos se asegura la posibilidad de apelar a tratamientos como el bypass gástrico, como así también la inclusión de los trastornos alimenticios dentro del control nacional de vigilancia epidemiológica, la regulación de propagandas de alimentos de bajas calorías, etc.

La obesidad y el sobrepeso aparecen como un fenómeno de medicalización de la diversidad humana,

así como un catalizador de nuevos mercados de consumo dentro del capitalismo avanzado. Es decir, al "obeso", al ser considerado un enfermo, se lo señala y se refuerzan los prejuicios en torno a su figura, generando actitudes sociales y políticas de odio sobre estos tipos de cuerpo. Los prejuicios y estereotipos se alimentan como contracara de la expansión de los mercados en torno a los alimentos saludables, los centros estéticos, etc. Se pone en escena la cuestión de la salud y se manifiesta la existencia del gordx como un desvío de estos nuevos estándares de salud pública que refuerzan la normalización, por medio de ciertos estándares corporales que son impuestos a partir de la relación entre cultura y mercado.

La iniciación o el rito de la dieta

En particular quisiera contar algunas experiencias personales a modo de abonar nuestra pregunta "¿A qué edad fue tu primera Dieta?". Puedo responderme: Quizás mi primera dieta fue a los 11 años. Luego de sufrir durante varios años la exclusión social de mis pares, las burlas y el prejuicio, decidí con mi escasa edad ponerle un punto final a la cuestión. Lo que yo no sabía es que este era la piedra que edificaría una percepción normalizadora sobre mi corporalidad, que posteriormente se transformaría en una obsesión por liberarme de esos estándares a partir de la más férrea de las disciplinas corporales.

Así fue como terminé en una clínica que se especializaba específicamente en obesidad infantil. En este lugar nos enseñaban algunas cosas sobre los alimentos, a partir de una analogía con el semáforo, habiendo así alimentos verdes (libres), amarillos (con precaución) y rojos (prohibidos). El método de control del peso sobre los niños se basaba en hacernos llevar un diario donde se detallaba que habíamos comido y cuál era la emoción que experimentábamos. Obviamente, esto iba acompañado de varias terapias grupales donde

se culpabilizaba a cualquiera que hubiese ingerido un alimento correspondiente a los prohibidos. En algún ápice de lucidez en ese momento, llegué a pensar, y con tal solo 11 años, que todo eso parecía parte de un culto similar a una extraña religión. Un culto al cuerpo al que años después terminaría adhiriendo en pos nuevamente de la aceptación social.

Me parece importante señalar este ejemplo, como una forma de darse del control como institucionalizado en cierto centro de salud, con ciertos horarios y actividades específicas. Si bien parecería que dicho espacio funcionaba como un lugar para educar a los niños en el buen comer, se trataba de un centro que normaba a esos pequeños cuerpos gordos. La humillación gratuita como forma de coerción dentro de los límites de lo que es aceptado corporalmente y lo que no.

En la actualidad, no nos hallamos muy lejos de estas experiencias, encontramos en la vida diaria una increíble cantidad de publicidades que expresan los ideales de belleza de manera mórbida. Sí, afirmo que la morbilidad no es algo que se predica únicamente de la gordura, sino que estamos atravesados por lógicas corporales que implican una serie de rituales mórbidos a favor del descenso de peso. La delgadez extrema aparece como un valor, como mercancía en el tráfico de los afectos. Porque lejos de ser una esfera salvaguardada del capitalismo, los afectos, la amorosidad, el amor propio se enfrentan una y otra vez a una suerte de tabla de comparación que está edificada en esta suerte de sueño épico llamado el cuerpo perfecto. Nos educamos, crecemos y nos desarrollamos en la plenitud de un tráfico de afectos que parece constituirse desde la primera infancia, en la apariencia del cuerpo. En la gran cantidad de publicaciones de divulgación como las revistas de moda, que presentan una cantidad de dietas "de moda" para bajar de peso y mantener la "figura", no es raro encontrar notas periodísticas con títulos como "la dieta de la luna", la dieta disociada, etc.

Dicha publicaciones son sugerentemente dirigidas con mayor intensidad a la población que va desde la pre-adolescencia en adelante. Las mismas presentan avaluos médicos inexistentes o aquellos que refuerzan

las lógicas que ponderan a la obesidad como una enfermedad. Los gordos o los potenciales gordos, ya que la obesidad aparece como la amenaza fantasma, es decir, constantemente nos educan respecto a la corporalidad como si la gordura fuera una nueva manera de enfocar el problema del dualismo. La idea de cuerpo perfecto nos agobia, acercarse a ese ideal implica alejarnos de los cuerpos reales y de sus infinitas formas de darse: es decir, como son nuestros cuerpos más allá del fanatismo por encarnar este ideal de belleza y salud.

Tenemos que preguntarnos entonces si realmente estas maneras de normar los cuerpos, privilegian una noción "real" de la salud o solo una forma de salud que jerarquiza algunos estándares que premian el descenso de peso. Estándares que podemos rastrear como formas manifiestas de la lógica del mercado de consumo, que aboga por generar necesidades asociadas a los mecanismos de normalización corporal.

Desde la tierna infancia se nos presentan estas opciones de dietas, estos cuerpos estándar que vemos en delgadísimo modelos, una cierta idea de belleza y claramente la tendencia es no ser gordo. Ser gordo aparece como un pecado capital, por eso al iniciarnos en el circuito de las dietas encontramos no solo cuestiones acerca de la salud de los cuerpos, sino juicios de carácter moral. Ser un niño gordo implica ser iniciado en el orden de las prohibiciones del comer, a partir de un semáforo que no resulta ser explícito sino que se ordena en la multiplicidad de formas de coerción invisibles pero efectivas, desde las burlas de los pares, la presiones intra familiares, así como la serie de imágenes, normas y demás que se ven de forma cotidiana.

Predicar con el cuerpo

No hace mucho tiempo, viajo en el colectivo volviendo de un día de terapia donde la cuestión corporal me ha dejado agotada. Estoy sentada en diagonal a unx chicx gordx, en un acto reflejo me quedo mirando para sonreír con complicidad. Hay días donde el empoderar los cuerpxs gordxs, significa darle al otro una sonrisa de aliento que le diga de alguna manera que estamos ahí y que no somos invisibles por tener algún kilo demás o no cuadrar en los cálculos del IMC.

Siguiendo con el relato, veo a lx chicx gordx sacar de un morral, evitando todo contacto visual, un pote de gelatina y empezar a comerlo muy lentamente. En su rostro se ve la tristeza velada, los rastros claros de tratar de encuadrarse en la norma. La gelatina es una "colación" de alguna dieta, si bien esto es una suposición toda indicaba que era así. El dolor de no encajar en esas normas corporales estandarizadas, se notaba claramente en su lenguaje corporal. Veo su incomodidad al comer en público, la mirada perdida sin hacer contacto con ningún otrx ser, los brazos sumamente pegados al cuerpo, una posición tan rígida que se me mostraba a ese Otrx queriendo ocultarse. Un doble juego de fuerzas se conjugan en el cuerpx gordx: por un lado la invisibilización en el tráfico de los afectos. El cuerpx gordx se expresa con un valor negativo, es descartado en tanto no cotiza en el mercado de los cuerpxs estandarizados. Se nos dice, educa, señala que los gordxs son feos, no seducen, no desean, no importan. Por el otro lado, se nos resalta como parias dentro de la sociedad: el gordxs es un enfermo, está mal, se tiene que cubrir y ocultar- como este personaje del colectivo, pero de forma equivalente se lo va a seguir viendo y señalando. Volviendo al relato, en esa ingesta cuchara por cuchara de gelatina pareciera que ese Otrx gordx pide a gritos ayuda para escapar de esa opresión en forma de dieta. De repente, la transgresión aparece de manera imperceptible: come una o dos cucharadas a una velocidad que rompe con la monotonía de esa ingesta. Se atraca, sin atracarse, como desafiando a esos estándares en los que quiere encajar.

Me veo a mi en ese Otrx gordx, me veo en ese dolor, en esa rigidez y me veo principalmente en la leve sonrisa luego de esas dos cucharadas rápidas. Un pequeño atracón y toda una vida, todo un cuerpx se juega en él, porque nos muestra que hay un placer secreto que es el de ser nosotrxs mismxs con nuestro cuerpo. Que nos señala que tenemos la esperanza y la posibilidad de habitar nuestros cuerpxs con nuestras reglas sin estándares importados.

De nuevo vuelve la regularidad de las cucharadas de gelatina, en la cara de este Otrx gordx se nota la contradicción, el dolor, la tristeza y la afirmación muda "esto vale algo". Es decir, la necesidad de entrar en esos patrones estereotipados de belleza, de afirmar la dieta como un culto en pos de la salud, de la estética, etc. Salir de la invisibilidad y salir del señalamiento: se acaba la gelatina y el acto ritual. Comer no es para vivir solamente, sino que comer es también habitar de cierta manera el mundo. Eso nos dicen, y el correlato de cómo comemos es nuestro cuerpx, nos afirman. El silencio y la mirada perdida del Otrx gordx que soy yo de una u otra manera, es de lo que quiero hablar.

Las dietas y nuestra pregunta inicial, nos dejan ver una serie de entramados culturales, políticos y sociales respecto al control sanitario de los cuerpxs. El gordx no puede elegir, se lo transforma en un enfermo, se lo trata mediante mecanismos para que se autorregule, se lo invisibiliza, se lo expone, se lo señala. Los mecanismos de regulación de estos cuerpos por fuera de la norma, que nos introducen a una exposición de las corporalidades como mercancías que deben tratarse a partir de tratamientos estéticos, proliferando el consumo de alimentos bajos en calorías, viandas a medida, ejercicio controlado, etc.

Volviendo al principio, ¿cómo podemos enfrentar a estas lógicas que se multiplican en todos los espacios que habitamos? ¿Por qué alimentarse de tal o cual manera nos condiciona dentro de ciertos juicios sobre los cuerpxs? ¿Por qué incluso las personas dentro de la norma viven con un estado de alerta constante respecto de estar o no en la normatividad corporal?

Habitar el cuerpx es una forma de pensarnos en relación con el mundo, con los otrxs, pero elegir la religión de los

cuerpxs normados implica sacrificar a unos en nombre de esa salud, esa belleza, ese deseo que es funcional a ciertas lógicas de mercado y consumo. Decidir obviar las multiplicidades corporales, afirmando ciertos estereotipos implica silenciar una y otra vez a la heterogeneidad de nuestros cuerpxs. Pero sobre todo es dejar que se nos imponga desde afuera una forma de pensarnos y habitarlos con-en nuestros cuerpxs.

No somos lo que comemos, sino que debemos invertir la relación y comer para poder ser. Y desafiar las lógicas que nos traspasan a fin de poder habitar nuestrxs cuerpxs con nuevas perspectivas que incluyan a la diversidad corporal.

LESBIANAS GORDAS, BELLAS Y FUERTES

Canela Gravila

Durante muchos años he militado en el feminismo más ortodoxo y he podido enunciar desde su voz libertadora para cuestionar un sistema político, jurídico, social, científico y representacional donde prima el androcentrismo y se niegan las existencias de toda aquella sexualidad que no goza de los privilegios de la masculinidad hegemónica, ni de los beneficios clasistas y blancos. Reivindico la felicidad del feminismo, el agenciamiento, la acción creativa, la risa y el placer como arma de lucha frente a un sistema que nos quiere muditas y tranquilas. Sin embargo mucho de mí quedaba silenciado en el feminismo.

La liberación del cuerpo, "el derecho a decidir", "mi cuerpo es mío, mi decisión", "la revolución en la plaza, en la casa y en la cama", son consignas clásicas del feminismo que no problematizan las dimensiones de ese cuerpo deseoso de liberarse. Acuerdo en que una de las granadas más eficientes en la guerra contra el patriarcado es la apropiación de la capacidad reproductiva de los úteros, que frente a la negativa de la "maternidad obligatoria" empodera a los cuerpos que así lo deseamos. Pero en la lucha contra la heterosexualidad obligatoria y el capitalismo, la apropiación de nuestro cuerpo y la regulación de nuestro deseo exige un cuestionamiento a cómo se modelan nuestras corporalidades más allá de la genitalidad. Al capitalismo y al patriarcado les resulta funcional que las biomujeres seamos dóciles, abnegadas, prolijas, quietas, ocupemos poco espacio e incluso cuando

estamos en público pretende adoctrinarnos sugiriendo cuáles son las posturas correctas: piernas cruzadas, brazos unidos y siempre la boca cerrada. Y cuando digo boca cerrada, no solo a las opiniones, también a la comida. Estas disciplinas sobre nuestros cuerpos estimulan el acto reiterativo que consolida un hábito ejemplificador, una suerte de tecnificación en masa de nuestros gestos, sutilezas y tamaños corporales.

La gordura es un discurso negado, es invisible en la consigna "lo personal es político" a pesar de que la visibilidad nos ponga en la pasarela de un mundo normalizador en que las imágenes sobre la gordura castigan a los cuerpos desobedientes en kilos y con curvas desubicadamente provocativas. La gordura, para esta cultura del hambre conscientemente administrado, es un símbolo de abandono, de falta de conducta, de poca acción, de enfermedad, de fracaso, de trauma, de cero sexo y de falta de deseo. Es la antítesis del éxito, en tanto beneficio privado a quienes responden a un modelo de cuerpo ejemplar: delgado, fuerte, vigoroso y ágil. Claro que sobre todo blanco y heterosexual. Los medios aniquilan, pero la calle no es distinta, el mercado de trabajo tampoco ofrece posibilidades, el solo echo de intentar ofrecer nuestra vulnerada fuerza laboral en comercios o atención al público resulta irrisorio para lxs contratantes o un caso exótico de inclusión.

Y el feminismo parece ser insuficiente. La sola mención a la hermosa consigna "abajo la belleza hegemónica" me sabe a poco. Acaso, ¿no hemos sido capaces de trascender el útero como espacio de lucha feminista para poder pensar en que esos silencios representacionales a los que somos expulsados lxs cuerpos no blancos, delgados y tonificados, imprimen sentidos en nuestras subjetividades que nos pueden alejar del camino a la autonomía, acallar la rabia, quitar nuestra fuerza transformadora? Sé que la consigna no desconoce la gordofobia, pero en lo concreto tampoco apuesta a construir nuevos modelos de belleza. Acaso ¿es demasiado banal ocuparse del envase del útero, sobre todo si la violencia que soporta no es tan evidente? ¿Qué estrategia posible, qué plan de lucha trazaremos contra los discursos gordofóbicxs y su intento

normativo, basado en la medicina y la eugenesia, por el cual no visibilizan otros modelos de belleza? Creo que hay preguntas que duelen y salen ¿hasta cuándo vamos a negar la jerarquía de privilegios que se establece entre gordxs y flacxs dentro de la sociedad, e incluso hasta cuándo haremos "la vista gorda" sobre la urgencia política de cuestionar este disciplinamiento?

Si de algo sabemos las lesbianas es del mutismo como voluntad política que el sistema heteropatriarcal impone sobre nosotrxs para lanzarnos a ese "silencio canibal" desde el cual sufrir o luchar. Con la gordura sucede algo similar, no aparece en las películas de acción, no está en las representaciones emblemáticas del pasado, no estamos en los manuales escolares de ningún ciclo educativo más que para la burla o como ejemplo de mala alimentación y perjuicio a la salud. Tampoco estamos en las publicidades de los productos de belleza, no hay perfumes que vuelvan atractivxs a lxs gordxs y claro que tampoco a las lesbianas gordas. Nuestras sonrisas no le importan al mercado, seguramente supongan que lxs gordxs no sonreímos, nuestro pelo tampoco merece una atención publicitaria en particular, recuerden y no lo olviden: "lxs gordxs están abandonadxs".

Esta política masificada de maltrato a la gordura, de construcción de corporalidades como espacios abandonados que fomentan la tristeza y el autodesprecio son inyectados desde una cultura que violenta la existencia de aquello no deseado a los fines heterocapitalistas.

Poner en la mesa de la gula normativa lxs múltiples cuerpos que somos es potenciar nuestro corrimiento de los regímenes y políticas eugenésicas, del mismo modo que lo hacemos cuando cuestionamos la heterosexualidad obligatoria o la maternidad involuntaria. La grasa corporal no limita nuestra acción ni nos quita la rabia, la multiplicidad de imágenes que creamos en nuestro andar deben ser útiles para hacer de nuestro cuerpo un real espacio de batalla, donde la carne sea esa bandera política e indisciplinada frente a un discurso médico eugenésico que nos pretende flacxs como camino al éxito.

Cerrar la boca, como tantxs alienadxs proponen, aun sin tener la autoridad sentimental para sugerirlo, es potenciar

esta cultura hostil. Mas allá de las vejaciones y violencias intentemos que sea nuestra piel, nuestras cicatrices una cantera de disidencia a la normativa discriminatoria/moralizadora/ correctora de las curvas excéntricas.

Gorda, lesbiana y femme ¿Qué le molesta más a tu mirada?

Lo habrán sospechado. Sí, soy actualmente un cuerpo lesbiano gordo. Y hay en esto una complejidad entre lo evidente y lo que pretende silenciarse. El lesbianismo me insiste en la palabra, mientras que la gordura queda en evidencia a cualquier distancia visual o en la mínima caricia. Sin embargo, posicionarme lesbiana exige un nombramiento, decirlo es visibilizar y dar carnadura a una posibilidad de habitar el espacio negado en la representación de la sociedad heterosexual. El decirlo me afirma, me vuelve existencia, palabra y cuerpo, voz y acción. Me presento, me nombro, me digo, me escribo para que dejen de encasillarme y ubicarme en una identificación que me borrea y no me nombra. Como diría Macky Corbalán "lesbiana, lesbiana, lesbiana, lesbiana decirlo tantas veces como se lo calló. Decir lesbiana es iluminar una porción de realidad, velada por las gruesas sombras de la dominación hetero, correr el cerrado horizonte de su normativa genocida"¹. Como perra que soy, agregaría que "si no gritás, no vale", así que a viva voz: LESBIANA. Esta *identificación* que tan trabajosa ha sido, tan desgastante y benéfica, tan llena de amores y odios, este Yo lesbiana es el punto personal y político de mi existencia que juega con la palabra lesbiana, a veces con la palabra femme y muy poco con la palabra chonga, y otros artilugios, buscando la emergencia y la existencia de lo acallado, de lo

1 Macky Corbalán. *El silencio caníbal*. Disponible en potenciatortillera.blogspot.com <https://docs.google.com/file/d/0BwhlfQse-ZpXYkR4Q1ppNmhur2s/edit>

incorrecto y corrupto en este sistema representacional que solo me lee como mujer, por robarle unas pocas alhajas oxidadas a la feminidad.

Y no solo me nombro lesbiana, me vivo gorda y femme. Y no cito estas dos últimas exuberantes cualidades -que son más que visibles a los ojos- para que se proclamen lxs lectores gordxs e intenten hacer el ejercicio de ver en cuántas identidades sociales quepan, sino porque mi cuerpo, este territorio de luchas, decide y construye una corporalidad por fuera del disciplinamiento médico y mediático que castiga la gordura y más aun, burla la osadía de sentirse hermosa y orgullosa por ello. Pero además, porque tenemos corporalidades y estéticas que incomodan al lesbianismo poniéndole un poco de plataformas, encajes, un delineador a media asta y medias rotas a las no mujeres. Pero sepan, mis muy queridas lesbianas, que esto no nos hace víctimas del patriarcado, ni niega las posibilidades de fugar alegremente del régimen de la heterosexualidad obligatoria.

No me considero femenina, por eso digo me vivo, transito, me vuelvo legible como tal para códigos socioculturales heterosexistas que suponen que usar pollera y andar despeinada te hace disponible al poder sexista masculino. De la misma manera que a los ojos de las lesbianas me vuelvo femme, por sabotear y reciclar la feminidad con mi magia tilinga y tortillera. Puedo ser femme, pero puedo ser chonga también, solo que ahora ni me interesa.

Entonces me reordeno, gorda, lesbiana feminista femme. Pareciera que quiero encasillarme, pero no es ese el objetivo, sino trazar una cartografía de posibles hábitats que parecen solaparse y contradecirse entre sí. Las feminidades dentro del feminismo ortodoxo y en el lesbianismo siguen ocupando el lugar de vejación al que la cultura patriarcal expulsa a las biomujeres a fin de que se vuelvan una mercancía accesible a los varones. Este discurso esquizoide versa entre el pánico a la dominación masculina y la negación de la capacidad de recrear otros modelos de belleza por parte de lxs sujetos que en algún momento transformarán las relaciones patriarcales. Yo me pregunto, queridxs, ¿saben lo que es criarse en un cultura que te asfixia diciendo "a las mujeres gordas nadie las mira" o "seguí así de abandonada y te van

a decir digna de lástima"? ¿Creen que es un mimo que tu abuelo cotidianamente diga "cuando seas señorita te va a crecer el cuello y vas a dejar de ser un monstruito"? ¿Son capaces, manojito de sueños emancipadores, de imaginarse vestidas con la ropa de su padre a los diez años, porque la industria textil no considera que tu talle se corresponda con tu deseo, con tu sexo, ni con tu edad? ¿Se imaginan deseando al menos tener una prenda color rosa y que solo les entre un sweater de su abuela hiper-obesa? Vamos, vamos, una más. ¿Cómo se imaginan en la clase de educación física sentadxs sin hacer nada porque las "danzas coreográficas" son solo para chicxs flacxs y ágiles? ¿Podrían sentirse, al menos por un ratito, debajo de la piel de una niña monstruo que quiere un poquito de femme glam?

Gente, no quiero romper sus sueños libertarios y mucho menos conmovertxs, pero es momento de que se enteren de que la feminidad es un sistema de privilegios o castigos, según se correspondan los deseos. No niego que a todas nos hayan criado como servidumbre disponible full time a las necesidades familiares o patronales, siguiendo las intenciones heterocapitalistas de reproducción de la fuerza de trabajo y de las performatividades de género, pero existe un mundo al que no acceden lxs niñxs gordxs, al que sienten como ajeno porque no entran en sus talles, ni en los espacios de expresión corporal propuestos a cada edad.

Parte de nuestra capacidad emancipadora radica ahí, no solo en el corrimiento de la norma heterosexual, también en el atrevimiento a crear feminidades gordas, pasadas de grasa, con colgajos desubicados en una anatomía deforme que limita con lo monstruoso y roba artefactos a la belleza más mezquina. Así que sepan que cuando hablo de femme, hablo de feminidades disidentes, hiperbolizadas, burlonas, no hablo de feminidades mercantilizadas, tibias, distantes, malas copias alienadas del deseo patriarcal. Hablo de feminidades que, más allá del traje de motochorra que lleven, tengan la valentía de correr en plataformas a viejos pedófilos, sin miedo de perder las ropas en la pelea contra quien normativice la feminidad en un acto de reproducción heterocapitalista.

Hablo de feminidades empoderadas, que resignifican la violencia y saben devolverla, que desconocen la categoría de víctima porque eso sería quedarse a disposición del maltrato. Cada respuesta a medida de la intención, algo de defensa personal, un poco de violencia y otro poco de amor. Hablo de una feminidad para burlar con un beso a una mirada lesbofóbica, que dé abrazos frotadores a quienes violentan nuestras existencias de maneras "civilizadas". Porque quizás, bien dosificada, la ternura sea una política contra toda opresión.

La feminidad gorda puede ser una experiencia liberadora a través de una contraofensiva de imágenes que dinamitan poco a poco estereotipos y hacen posible creer -y crear- en otras performatividades, sin perder lo GORDA. Hurtar la feminidad, quebrarla, romperla es tomar revancha de nuestra vergüenza y hastío, de los encierros y vergüenzas, del temor a no ser aceptadx. Es recrearse, mostrando la plasticidad de nuestro cuerpo que puede rehacerse.

Del mismo modo en que me resisto a la existencia de un feminismo que base su lucha en las biomujeres sin problematizar y evidenciar sus curvas desalineadas en lucha contra la injerencia médica eugenésica, me resisto a un lesbianismo que -desidentificado de las políticas estatales que pretenden normativizar nuestros cuerpos, vínculos, representaciones y deseos- descuide o no considere las performatividades que hacen de la "feminidad mostri" una elocuencia, una provocación, un acto de perturbación al código binario heterosexista delgado en que se leen los cuerpos. Considero que estos imaginarios replican los códigos de masculinidad y feminidad estáticos, niegan experiencias de resistencia, de lesbofeminidad disidente, de peleas por pagar el derecho de usar privilegios femeninos sin ser una frígida de piernas estáticas, ni menos lesbiana que una futbolera. Atreverse a construir nuevas feminidades es dejar la vergüenza de la gordura para poco a poco comenzar un camino de aceptación, y venga! no hablo de autoayuda, hablo de identificarse a sí misma en ese deseo que nos quisieron desfigurar para que no nos reconociéramos con orgullo desde la carne.

Gordxs, tomemos la palabra, pensémonos desde el deseo y lo que hemos construido en nosotrxs, generemos

un discurso mas allá de las vejaciones y burlas que dialogue con las teorías críticas sin dejarse opacar por los prejuicios heterocapitalistas, y en todo caso, que estos sean un punto de anclaje para futuras constelaciones políticas, cuerpos y deseos. Sigamos generando nuevas representaciones que den cuenta de nuestra felicidad, de nuestra capacidad amorosa y destructiva, de lo sexy/perra de esta grasa sin perder nuestro poder cuestionador y burlón a las imposiciones. Ya subimos a la casa de la normatividad, ahora apuntemos con un rifle a la cultura destructiva que enferma y mata.

ALEJANDRA PIZARNIK Y LA DELGADEZ COMO COMBATE CONSTANTE

Laura Contrera

1. *Quien te hace doler te recuerda antiguos homenajes*

Alejandra Pizarnik

La poeta argentina Alejandra Pizarnik pagó desde niña el precio de quienes no se ajustan a las normas previstas por la policía de los cuerpos y de los géneros. De muy joven, y acorde a las prácticas farmacológicas de la época, consumió anfetaminas para adelgazar. De numerosos testimonios de allegadxs, así como también de su diario personal - que se conoce en una edición profusamente expurgada-, surge su preocupación por el peso y cierto sentimiento de inadecuación al ideal femenino imperante en su entorno, tanto por su figura como por sus elecciones sexuales. Tal circunstancia ha sido retratada en numerosos artículos y libros, puesto que la autora goza de un inmenso prestigio e interés extra-literario en el mundo hispanoparlante.

Pero estas líneas que escribo no componen otro ensayo devocional sobre Alejandra Pizarnik ni sobre su personaje lírico, "fraccionado en niñas, sonámbulas, náufragas"¹. Más allá de mi fervor adolescente por Pizarnik y su mito personal, y más acá también de la sobreabundante literatura

1 Aira, César: *Alejandra Pizarnik*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2001. Pág. 18.

sobre su corpus vital y poético, me interesa detenerme en una experiencia del cuerpo gordo en particular y en cómo esa experiencia ha sido leída y tematizada por dos de sus biógrafxs más prominentes. Asimismo, propondré una lectura en clave de activismo y teoría sobre gordura de ciertos pasajes de su diario ya hollados por la crítica. Creo que, como han dicho otrxs autorxs, además de una historia de la gordura que se inscriba en el tema más general de la historia política de los cuerpos, necesitamos más historias sobre y desde la gordura², contadas en primera persona del singular o del plural, para poner en evidencia ciertos procedimientos naturalizados que operan y producen los cuerpos gordos como objetos de estigmatización, injuria o transformación e inaugurar, de ser posible, nuevas genealogías que nos alojen.

2. Antes pensaba que sólo las mujeres tenían esa pesadilla. Ahora pienso que todo el mundo sueña que lo desnudan, pero los dedos que señalan nos acusan de diferentes delitos...la gente estira la mano para demostrar que sabe mejor que nosotrxs mismxs cuál es la verdad sobre nosotrxs. Nos despojan de nuestra ropa, nuestras palabras, nuestra piel, nuestra carne, hasta que no somos más que una pila de huesos de carnicería, y luego señalan y dicen que eso es lo que somos.

Minnie Bruce Pratt

La biógrafa Cristina Piña alude desde las primeras páginas de su obra a la gordura de la niña Pizarnik: "gordita", dice³. Esa manera elusiva de referenciar a

2 Al respecto, ver Levy-Navarro, Elena: "Fattening Queer History. Where does Fat History go from here?" en Rothblum, Esther y Solovay, Sondra (ed.): *The Fat Studies Reader*. New York University Press, New York, 2009. Sobre la historia de la gordura ver Vigarello, Georges: *Historia de la obesidad. Metamorfosis de la gordura*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2011.

3 Piña, Cristina: *Alejandra Pizarnik*. Editorial Planeta, Buenos Aires,

las corporalidades femeninas no dotadas de la belleza grácil esperada y celebrable se repite en todo el tramo dedicado a la infancia de la poeta. Piña se solaza en la anécdota escolar donde la gordura de Alejandra Pizarnik es personaje principal. Hasta alude a la vergüenza maternal por la hija gorda -también levemente tartamuda y asmática- que no resiste la comparación con la hermana mayor rubia, bonita y delgada. Llegada a la adolescencia, Piña refiere la batalla contra la gordura, ejemplificada por la ingesta de anfetaminas (de marca Parobes, al parecer) y el amor a los sándwiches de mortadela que la poeta escondía en sus bolsillos⁴. Sin embargo, Piña asegura más de una vez que Pizarnik no era gorda sino "gordita": "apenas rellena y con piernas fuertes"⁵, aclara.

Piña describe una Alejandra Pizarnik acomplejada por su gordura para acto seguido redimirla asegurando que la poeta no era realmente gorda. El uso de eufemismos por parte de Piña más que tender a la exactitud descriptiva de la biografía se inscribe en una operación retórica que es usual en nuestra cultura. Estos eufemismos amables y diplomáticos encubren el cuerpo gordo al que aluden con tanta conmisericordia. La operación retórica tiene un efecto de invisibilización del cuerpo voluminoso, sea cual sea el tamaño, talla o peso de ese cuerpo o nuestras opiniones acerca de los estándares corporales de Occidente (porque lo cierto es que Pizarnik experimentaba su cuerpo de acuerdo a esos estándares imperantes). Esta operación misericordiosa de la biógrafa testimonia su empatía con la biografiada⁶,

1991. Pág. 29 y ss. Hay una reedición corregida de esta biografía: *Alejandra Pizarnik. Una biografía*. Editorial Corregidor, Buenos Aires, 1999. En este trabajo nos manejaremos con la primera edición.

4 *Ibíd.*, pág. 35.

5 *Ibíd.*, pág. 42.

6 Como Harding plantea claramente: "Las mujeres delgadas no les dicen a sus amigxs gordxs "vos no sos gordx" porque ellas están confundidas con la definición de la palabra según el diccionario, o sus ojos no funcionan, o fueron criadas en planetas donde la talla 24 es la talla promedio para las mujeres. Ellas no lo dicen porque es la verdad. Ellas lo dicen porque gordx no significa gordx en esta cultura. Puede significar además cualquiera o todas las siguientes: feo, no saludable, oloroso, haraganx, ignorante, indisciplinadx, antipáticox, agobiante,

aunque tiene el efecto de desdibujar el cuerpo en cuestión.

De todos modos, la delicadeza y tacto de Piña para calificar a la joven Alejandra desaparecen en ocasiones, donde se le impone a la biógrafa el sentido común que asocia la belleza femenina con la delgadez y, a la inversa, confunde gordura y fealdad. Así, al describir la amistad naciente entre Elizabeth Azcona Cranwell -"la chica linda"- y Alejandra Pizarnik -"la chica que-se-sentía-fea", dice⁷- resalta las diferencias que surgen de una foto: "Alejandra aparece con un rostro aniñado y feúcho, la postura sin gracia -la cabeza adelantada y algo tenso en los hombros-, gordita y sin un solo adorno o gota de maquillaje; Liz, bonita y atractiva, con actitud de mujer seductora, con aros y collar, un vestido que seguramente destaca la figura delgada"⁸. Todo el arsenal disponible para que opere la tecnología de género feminizante se exhibe en este párrafo sin disfraces: la postura, el maquillaje, el adorno y, claro está, el peso. Más allá de que la regulación corporal nos sujeta a todxs, la asignación de género no es una operación indiferente. Pero que las tecnologías del género existan y operen impunemente en nuestras sociedades no exime a la autora por su acrítica (re) producción del estereotipo dominante. Además, vemos como el ser "apenas rellenita" no salva a Pizarnik del destino obvio de toda mujer cissexual gorda: no ser amada (o deseada y valorada) por un varón cissexual.

La "delicadeza" de Piña para con el cuerpo gordo de la poeta se entrelaza además con otras operaciones propias del dispositivo de corporalidad actual que, como tantas otras estrategias discursivas subtendidas, son cómplices en la naturalización de la discriminación y el llamado al orden de los cuerpos no normativos. Así, la biógrafa explica la centralidad de la "lucha contra su cuerpo" para

vergonzosx, poco elegante, mezquinx, irritadx, socialmente inepto, sencillamente repelente. Entonces, cuando ellas dicen 'vos no sos gordx' lo que verdaderamente están diciendo es 'vos no sos una docena de cosas horribles asociadas con la palabra gordx'". (Harding, Kate: *You re Not Fat*, en Brown, Harriett (Ed.): *Feed Met: Writers Dish About Food, Eating, Weight, and Body Image*. Ballentine Books, New York, 2009, pág. 170).

7 Piña, op.cit., pág. 77.

8 *Ibíd.*, pág. 76.

entender la vida y obra de Pizarnik, tomando el argumento conocido del sufrimiento femenino por la inadecuación corporal con el ideal estético dominante. Dice Piña: "quien no haya sufrido de exceso de kilos en la infancia y en la adolescencia no sabe hasta qué punto puede hacer infeliz a una mujer dicha manifestación de su diferencia"⁹. Claro está que no voy a desconocer aquí el terrible efecto del estigma en nuestra cultura, estigma atravesado y declinado según las marcas de género, clase, edad, orientación sexual, capacidad, etc. Pero quiero poner el acento en la expresión de la biógrafa, puesto que, a mi entender, es reveladora de la asunción naturalizada del "martirio del obeso"¹⁰ como única condición posible para quienes cargan con un peso corporal considerado "extra" por la sociedad. Además de las humillaciones e injurias que devuelve la mirada social, desde comienzo del siglo XX se espera que la persona gorda exprese su sufrimiento y dé su testimonio como víctima de la enfermedad de la obesidad¹¹. No hay espacio para otras experiencias del cuerpo disidente. Piña naturaliza el martirio, pero además no se abstiene de calificar ese peso adicional como una manifestación de una "diferencia" insoportable.

Más adelante Piña aludirá a la "figura redondeada"¹² de la poeta en París, la que, pobre y joven, sobrevive a base de "calditos, el agua mineral y el té, el pan de cada día"¹³ cuando no tiene la ayuda de otrxs amigxs más acaudaladx para obtener "alimentos más terrenales". En la conceptualización de Piña también aparece la muy difundida idea de que la gordura es el resultado de un

9 *Ibíd.*, pág. 43.

10 La expresión corresponde al título del libro de Henri Bérard que ganó el premio Goncourt en 1922.

11 Como explica Vigarello, a principios del siglo XX aparece un hecho nuevo: la expresión del sufrimiento a partir del testimonio personal, el análisis íntimo. Así es como la cultura de la obesidad se transforma en una cultura del fracaso y del dolor. La mayor importancia que tiene el individuo en la sociedad favorece el lugar acordado para la víctima. La nueva cultura de la obesidad hace pasar de la acusación al testimonio, de la estigmatización a la victimización. Renee Kantor, entrevista a Georges Vigarello en *Revista El Malpensante* N° 116.

12 Piña, op.cit., pág. 114.

13 *Ibíd.*, pág. 113.

desorden alimentario, desorden que, a su vez, revela desorden psíquico¹⁴. Y generador de más sufrimientos, claro está. Esta estereotipación y representación simplista operan constantemente incluso en quienes pretenden no discriminar sino disculpar o tener conmiseración de las personas que luchan con el trato (y tratamiento) que reciben a diario sus cuerpos. Esta idea tiene el soporte de un dispositivo discursivo y representacional que, por lo menos desde los albores del siglo pasado, ha mostrado y reproducido a las personas gordas -especialmente a las mujeres cissexuales- como extremadamente infelices y/o depresivas o, por el contrario, felices o satisfechas sólo en su arduo proceso de transformación para volverse delgadas mediante un riguroso régimen. Reitero que no voy a desconocer las profundas huellas psíquicas y físicas que produce la estigmatización de la gordura, pero quiero resaltar que estas heridas que afectan la doxa corporal -"el conjunto de creencias vivido y registrado corporalmente que constituye la realidad social"¹⁵- provienen de la estigmatización hegemónica, no de los desórdenes alimentarios y psicológicos que puedan padecer aisladamente lxs individu@s¹⁶.

Piña también interpreta "el gesto de fotografiarse desnuda casi al final de su vida, y también por esta época, a veces abrir la puerta de su departamento de Montevideo en ropa interior", para "sobresalto de los visitantes" como "una especie de revancha de quien siempre luchó contra su cuerpo y, por fin, al lograr que estuviera tan delgado como siempre soñó, sintió la compulsión de mostrarse, compensando, en la exhibición del cuerpo deseado, años de

14 Esa idea naturalizada de que el cuerpo es la expresión externa de un yo interior. (Murray, Samantha: "Pathologizing fatness: Medical Authority and Popular Culture" en *Sociology of Sport Journal*, 2008, pág.16).

15 Butler, Judith: *Lenguaje, poder e identidad*. Editorial Síntesis, Madrid, 2004. Pág. 256.

16 Así, la primacía del modelo médico de la gordura lleva a dar por sentado que toda persona gorda tiene una patología: la genérica "obesidad" (palabra que comienza a utilizarse como diagnóstico médico recién en el siglo XVIII) o algún tipo de trastorno alimentario (bulimia, anorexia, por ejemplo).

ocultamiento bajo vestimentas estafalarias o informes"¹⁷. Esta suerte de "final feliz" del martirio del obesx que narra Piña produce consternación, sobre todo si se piensa que la poeta se suicidó muy joven (por razones que, como las de toda muerte auto-infligida, desconocemos absolutamente a pesar de que creamos lo contrario). Pero volvamos a la interpretación de la biógrafa. Piña sostiene que Pizarnik, al fin flaca, deseaba mostrarse compulsivamente para ganar el tiempo perdido en su batalla contra la gordura. Nuevamente, no puede sorprendernos tal afirmación, puesto que se enmarca en eso que lxs activistas y teóricxs de la gordura han descripto como "el escenario del antes y el después", ese donde el yo encarnado en un cuerpo gordo nunca está presente: es algo en proceso de transformación o algo que ya ha sido dejado atrás, puesto que el yo no puede representarse como gordo¹⁸.

El escritor argentino César Aira dictó a mediados de los '90 en Buenos Aires un muy interesante curso sobre la poética de Alejandra Pizarnik al que tuve el gusto de asistir, luego editado en formato libro y que he citado más arriba. En este curso, Aira emprende una cruzada contra el uso de metáforas sentimentales para hablar de Pizarnik, prefiriendo referirse al proceso de creación de su poesía, en aras de no reificarla. Menos conocida por estas regiones resulta en cambio la biografía sobre la poeta que editó en el Estado español. En este libro, el autor también se aleja de todo sentimentalismo para presentarnos a su biografiada. Sin embargo, Aira describe a la adolescente Pizarnik con los rasgos típicos que aparecen en toda biografía de la poeta: gorda, fea, enferma, acomplejada. En palabras de Aira: "por ahora era una joven con conflictos a la que

17 Piña, op.cit., pág. 42/43.

18 Así lo explica LeA Kent: "En este escenario, el yo, la persona, es presumiblemente delgado, y cruelmente encerrado en un cuerpo gordo. El yo nunca es gordo. Para graficarlo claramente, no hay cosa así como una persona gorda. El escenario antes-y-después confina al cuerpo gordo a un eterno pasado y hace proliferar el horror total de la corporización, figurándola como eso que debemos hacer a un lado para que el verdadero yo pueda emerger". (Kent LeA: "Fighting Abjection: Representing Fat Women" en Evans Brazier, Jana- LeBesco, Kathleen (ed.): *Bodies Out of Bounds: Fatness and Transgression*. University of California Press, Berkeley, 2001, pág.136).

había que esperar mientras se prolongaba su adolescencia: acomplejada por su fealdad, su escasa estatura, su tartamudez, su gordura, su acné, su inadaptación, su asma. En vista de todo eso, el padre no puso reparos no sólo en mantenerla sin que trabajara (lo que no era tan raro en la clase media de ese entonces, sobre todo en una mujer), sino también en pagar la edición de su primer libro y probablemente la de los dos siguientes, y pagar las clases de pintura, el psicoanálisis, y a la larga, con reticencias, el viaje a Europa¹⁹. Aira enumera los focos de vergüenza de Pizarnik y naturaliza descuidadamente la relación entre las supuestas taras físicas y personales de la poeta con la actitud paterna de sostenerla económicamente. La fina ironía del biógrafo o la exactitud de la descripción de prácticas sociales de la época no alcanzan a ensombrecer los presupuestos normalizados que fundan su juicio sobre la etapa de formación de su biografiada. Esto es, una mujer cissexual joven sin atractivo (recordemos que gorda es sinónimo de fea e indeseable) debía ser sostenida económicamente por un padre de clase media, puesto que ningún otro varón cis lo haría por él.

Como era de esperarse, Aira también adosa al "personaje alejandrino" que describe el uso y abuso de pastillas. Dice: "[u]n rasgo sólo a medias secreto del personaje que encarnaba era la cantidad de pastillas que tomaba: desde la adolescencia las anfetaminas, entonces de venta libre, para adelgazar; los analgésicos, siempre más fuertes, para dolores de la espalda o la cintura; y los somníferos, para el insomnio, también en una escalada²⁰". En la década del '50 del pasado siglo se popularizaron en el mundo entero las prescripciones de drogas adelgazantes para adultxs y niñxs: mayormente anfetaminas y diuréticos²¹. De manera previa a la invasión de los alimentos bajos en calorías o reducidos en grasa (que en Argentina tendría que esperar a la década del '80) las

19 Aira, César: *Alejandra Pizarnik 1936-1972*. Ediciones Omega, Barcelona, 2001. Pág. 12.

20 *Ibid.*, pág. 14.

21 Lyons, Pat: "Prescription for Harm. Diet Industry Influence, Public Health Policy, and the Obesity Epidemic" en Rothblum, Esther y Solovay, Sondra (ed.): *The Fat Studies Reader*. op.cit. Pág. 75/76.

anfetaminas reinaron como la gran panacea para bajar de peso. Nada de eso registra el biógrafo preocupado por dar cuenta de su personaje excesivo. Pero aún más sugerente que la descripción esperable de la joven Pizarnik que hace el escritor es la alusión a su lesbianismo como un "hábito o gusto" coherente con la construcción del personaje²² que encarnaba la poeta. No voy a embarcarme aquí con la cuestión del lesbianismo (o bisexualismo, según Piña) de Pizarnik por razones de espacio. Pero no puede dejar de resaltarse la ligereza con la que se califica las elecciones sexuales de la poeta, coherente con el modo que describe el uso excesivo de medicamentos como una cuestión de abuso personal, por fuera de la práctica farmacológica/médica de administración y control de los sujetos diagnosticados, como fue el caso de Pizarnik si nos atenemos a sus Diarios. Así, el relato de Aira presenta como un problema individual (y privado) algo producido socialmente y de manera pública. Lo paradójico es que la misma imagen que Aira se atrevió a desafiar en su libro sobre la poética de Pizarnik es consolidada en el relato biográfico que hace de la poeta²³.

Destaco las puntualizaciones de estas dos biografías por ser lecturas que han influenciado en acercamientos sucesivos, tanto académicos como no académicos, a la poeta, su obra y su vida. A mi entender, las operaciones sobre la gordura de Alejandra Pizarnik en ambas biografías le dejan poco espacio a una experiencia concreta del cuerpo gordo que pueda narrarse y entenderse de una manera que no trivialice el sufrimiento de las personas en una sociedad que estigmatiza a los cuerpos en razón de su peso o lo licúe todo en una conmisericordia acrítica, como sucede en uno y otro caso.

22 Aira, César: *Alejandra Pizarnik 1936-1972*, op.cit., pág. 14.

23 Entre tantas apelaciones al "personaje alejandrino" por parte de Aira, subrayo la excepción de la editora de sus diarios, Ana Becciu, que en la breve introducción que abre los *Diarios* elige evocar la labor de escritura de la poeta, aclarando que su vida "no fue una pose".

3. De todo lo que he dicho de mí qué cosa queda.

Paul Eluard

Más allá de las intervenciones de sus biógrafxs sobre el corpus de la poeta, encontramos en los Diarios de Alejandra Pizarnik un auto-relato de la delgadez como combate constante²⁴. Aunque este relato se produce de manera fragmentada -puesto que trabajamos con un diario expurgado que la propia autora pensó como un "diario de escritora" publicable-, creo que podemos extraer de ahí aspectos de una historia en primera persona de la experiencia de la gordura en el círculo familiar -y también en el intelectual- de la Buenos Aires de mediados del siglo XX. Este relato fragmentario debe leerse sin ilusiones de completud o cierre pero también sin esperanzas de hallar la explicación o la clave para la vida, obra y muerte de la poeta. Con esta premisa, abordaré brevemente algunos párrafos significativos de los Diarios pizarnikianos, dejando planteada la tarea para ser cumplida en otra oportunidad.

En una de las entradas del diario²⁵ se lee: "No hay excusa posible. Una mujer tiene que ser hermosa. Y yo soy fea. Esto me duele más de lo que yo creo" (16 de febrero, 1959)²⁶. Y un día después escribe: "Engordé muchísimo. No hay remedio. Es un círculo vicioso. Para no comer necesito estar contenta. No puedo estar contenta si estoy gorda". A esta frase de Pizarnik siempre me gusta complementarla con unas palabras de Beth Ditto, la cantante de Gossip -y además una lesbiana gorda y femme empoderada: "No podés odiar a alguien porque hace dieta y no podés culpar a una persona por sentirse una mierda. Tenés que culpar a la máquina que alimenta

24 La expresión del combate constante con el peso la tomé de Vigarello, Georges, op.cit., pág. 251.

25 Pizarnik, Alejandra: *Diarios (edición a cargo de Ana Becciu)*. Editorial Lumen, Barcelona, 2003. Todas las citas que siguen provienen de esa edición.

26 En la entrada del 3 de enero de 1960 insiste sobre el tema de la hermosura: "Está dicho, una mujer tiene que ser hermosa. Y no hay excepciones válidas: aunque escriba como Tolstoi, Joyce y Homero juntos". El tema se reitera en los años siguientes.

esto, lo que hace a la gente sentirse así"²⁷. Tanto Beth Ditto en los Estados Unidos de hoy -una nación obsesionada con la delgadez y con la guerra a la obesidad- como Pizarnik en la Buenos Aires del pasado siglo tuvieron que lidiar con una constante representación de lo gordo como algo poco deseable y censurable per se, además de la reprobación por sus elecciones sexuales como mujeres con un proyecto de vida disidente de la norma. De todos modos, la diferencia abismal entre ambas radica en que Ditto encontró la posibilidad de agencia de su cuerpo gordo y queer en un contexto donde el trabajo de activistas de la gordura -pero también de feministas, lesbianas radicales, trans, intersex, queer, riot grlls y de la diversidad funcional-, había abierto el camino para su corpulencia empoderada²⁸. Pero lo interesante de leer la frase de Pizarnik junto a la de Ditto tal vez resida en apreciar esos contextos tan disímiles y comprender el desaliento de la poeta en su lucha contra la gordura como un producido del dispositivo de corporalidad que le ha impedido la agencia más que de su fracaso personal: todo cuerpo gordo es construido discursivamente como un proyecto fallido²⁹.

Pero volvamos a los diarios de Pizarnik. El 6 de septiembre de 1959 dice: "Si sólo fuese menos oral. Un poco menos de complejos orales. Imposible estar una hora sin un cigarrillo, una uña o alimentos, en mi boca. Cada día fumo más. Y ciegamente". Y el 23 de octubre de ese mismo año: "Así como me alimento sin querer hacerlo sino que lo hago por compulsión o por temor del vacío, así hablo, sabiendo no obstante, que debería callar". Unos días después, el 27 de octubre, escribe: "Cada vez más obesa. O al menos así lo siento. Fui a ver al Dr. R. 'Usted es anormal', dijo. '¿Cómo?', dije. 'Quiero decir que sufre de las glándulas', dijo. Ahora tomo unas cápsulas

27 <http://www.nme.com>, mayo 2007.

28 Al respecto ver Nault, Curran: "'Punk will never diet': Beth Ditto and the (Queer) revaluation of fat" en Revista *Neoamericanist*, Vol. 4 no. 2 (Primavera/Verano 2009). Hay traducción al castellano por Morgan disponible en <http://www.gordazine.com.ar/traduccion>.

29 Murray, Samantha: "(Un/Be) Coming Out? Rethinking Fat Politics". *Social Semiotics Special Issue: Thinking Fat* Vol. 15, N° 2, pág. 155.

que me afectan los nervios." Y más adelante, ese mismo día escribe: "La pauvre petite tiene que adelgazar. Esto es urgente. Pero ¡Dios mío! Cada vez me asquea más mirarme al espejo". En las primeras entradas transcriptas se advierte la influencia del lenguaje psicoanalítico para describir su estado: la oralidad, el vacío y la compulsión. Es sabido que Alejandra Pizarnik se psicoanalizó desde muy joven: primero con León Ostrov y luego con Enrique Pichon Riviere, padre de su amigo Marcelo. Pero en la última entrada hace aparición el diagnóstico médico que consagra la anormalidad y la solución en forma de pastillas (puesto que el adelgazamiento es la única propuesta), cosa esperable según la mirada médica patologizante predominante hasta nuestros días³⁰. Así, el cuerpo es un espacio privilegiado donde operan los saberes/poderes médico-estatales. Los cuerpos gordos se confrontan con cuerpos delgados, que son los que se ajustan (o tienden a ajustarse) a las normas restrictivas de lo saludable. Como nota Charlotte Cooper, "definir al cuerpo gordo como anormal, tal vez como un temporario estado enfermizo, lo sitúa en oposición a nociones rígidas de una normalidad estable y delgada"³¹.

El 25 de diciembre de 1959 escribe Pizarnik: "Finalmente arrojé el libro que me quemaba; hice un poema lleno de alaridos y me fui a la cocina a hundirme en revistas idiotas de cine y folletines y comencé a comer sin hambre. Después vino Nelly B. Me sentí tan culpable de recibirla habiendo comido tanto y leído tantas estupideces, que me sentí enferma y vomité". Hagamos una pausa y detengamos aquí el afán de interpretar este gesto de manera uniforme, puesto que no tenemos elementos para afirmar concluyentemente que Pizarnik padecía tal o cual desorden alimentario. Lo que sí podemos desprender de estos textos es que la gordura y la alimentación constituían

30 Desde el siglo XIX el saber médico sobre la grasa y la gordura se tornará específico y se instituirá cada vez más alejado del saber popular o espontáneo. (Vigarello, Georges, op.cit., pág. 179).

31 Cooper, Charlotte: "Can a fat woman call herself disabled?" en *Disability & Society*, 12(1) 31-42, 1997.

un foco de preocupación para la joven poeta. Porque, más allá de que en la ecuación promovida por la industria de la salud y de la dieta, aceptada por el sentido común, la relación con la comida es un factor central en los desórdenes alimentarios que serían, a su vez, efecto de una profunda perturbación emocional o psíquica, no todo cuerpo gordo es la prueba viviente de desórdenes o patologías o de una voluntad viciada que gusta de infligirse dolor³². Quizá sería más sencillo aceptar la diversidad corporal en la que podemos encarnarnos los seres humanos. O problematizar la relación entre alimentación, gordura, salud y régimen de vida, como hacen los activismos sobre gordura.

El 3 de enero de 1960 escribe: "Me estoy destruyendo con cigarrillos y comida. Mi cuerpo no soporta más. Ataque de ayer. Asfixia. Es el precio que pago por haber vendido mi vida al demonio de los ensueños". Y el 9 de diciembre de 1960: "Mi desorden es general. Fraenbel me anunció que estoy enferma por mi desorden alimenticio. *Troubles de la nutrición*. Me dijo que soy como los salvajes de África: ocho días sin comer y después se comen un hipopótamo". Vemos cómo Pizarnik ya cuenta con un diagnóstico -colonialista- de desorden alimenticio y un tratamiento, los que, de todos modos, no apaciguan su padecimiento. El 10 de abril de 1961 continúa: "Nunca me odio tanto como después de almorzar o cenar. Tener el estómago lleno equivale, en mí, a la caída en una maldición eterna. Si me pudiera coser la boca, si me pudiera extirpar la necesidad de comer. Y nadie goza tanto en esto como yo. Siento placer absoluto. Por eso tanta culpa, tanta miseria posterior"³³. Resulta evidente que el diagnóstico no alcanza a dar cuenta de las operaciones propias del dispositivo de corporalidad que produce al cuerpo gordo y su malestar, dispositivo que se vuelve locuaz a través del dictum de la salud, la apariencia o el bienestar. Este

32 Nótese que el lesbianismo también ha sido considerado efecto de un desarreglo psicológico o fisiológico.

33 Los medios masivos de comunicación del siglo XX no inventaron la humillación pública del cuerpo gordo. Por lo menos desde el siglo XIX, Occidente se esmeró en producir el registro en primera persona del sufrimiento por la gordura: sufrimiento no sólo físico sino también moral pero, por sobre todo, psicológico. Ver Vigarello, op.cit., pág. 193.

dispositivo no produce cuerpos dóciles sino cuerpos en un estado permanente de alerta, ansiedad y avidez: el régimen perpetuo. Tal vez se podría concluir que el diagnóstico y la medicalización sobreviniente son ocasión para el agravamiento del malestar de los cuerpos descalificados en razón de su tamaño y forma.

Volviendo a los *Diarios*, podemos verificar que tiempo después continúa la preocupación de la poeta por el cuerpo y la alimentación. Así, el 17 de junio de 1962 escribe: "Incomodidad con mi cuerpo. Lo terrible de ser bella en ciertas partes y horrible en otras. [...] Si hablo tanto de mi cuerpo y si tanto medito en él es porque no hay nada más". Y el 24 de agosto de 1962 constata: "En cuánto te mueves va contigo tu cuerpo". En una larga reflexión sobre su cuerpo, la escritura y la belleza del 25 de agosto de 1962, concluye: "por eso mi perpetuo régimen alimenticio y mi forzada resistencia al alcohol". El 20 de octubre de 1962 se pregunta: "¿Qué alimentos para el alma? ¿Cuáles para el cuerpo?"³⁴. Y el 9 de noviembre de 1962 anota: "Me siento mal. Todo lo que como, cada alimento terrestre, se detiene en mi garganta como si dudara. Hace meses que sobrellevo estas náuseas, esta imposibilidad de asimilación. La comida me provoca espantosas imágenes. Pus, sangre, tierra maloliente, escombros, cuerpos desnudos sucios y heridos. Me duele la garganta cuando mastico y no me duele cuando fumo. Cuando mastico me duele todo, hasta las piernas, hasta el corazón. La sobremesa es un penoso intento de no asfixiarme y de no vomitar. Pero vomitar no me libera, me obliga a creer que eso que vomito fue ingerido de la misma manera: que estuve comiendo vómitos". Al momento de la escritura de los *Diarios* se estaba lejos del boom gastronómico y gourmet actual, pero no así de la idea generalizada sobre los

34 Sólo unos años después de estas anotaciones de la poeta, Michel Foucault reflexionará en un par de conferencias sobre el cuerpo como *topía* despiadada: "él está aquí, irreparablemente, nunca en otra parte. Mi cuerpo es lo contrario de una utopía, lo que nunca está bajo otro cielo, es el lugar absoluto, el pequeño fragmento de espacio con el cual, en sentido estricto, yo me corporizo" (Foucault, Michel: *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2010, pág.7).

alimentos "buenos" y "malos" y del placer (y el peligro) que acarrea la transgresión alimentaria³⁵. Luego de estas anotaciones, descendiendo notablemente el registro de la experiencia de la alimentación. Aunque en 1966, tras la muerte de su padre, escribe: "Mi terror de andar y moverme y comer y respirar" (27 de abril). El relato de ese cuerpo, la narración que se derrumba con el paso de los años, dan cuenta de ese diario como una especial escena interlocutoria de producción de verdad. Y el problema es saber a qué precio pueden los sujetos decir esa verdad, como ha dicho Foucault.

4. *But are you really who you say you are/You're believing dream a love bizarre/The pick of picture you're a superstar/That's what you are*
Gossip, "Seems so bad"

La preocupación por la gordura es central en la juventud de Pizarnik, si nos atenemos a las entradas de su diario mutilado. A medida que pasan los años, salvo lo apuntado más arriba, empiezan a escasear las referencias a su propio cuerpo y a la alimentación, lo que se correspondería con la estabilización del descenso de peso de la poeta documentada por sus biógrafxs. Pero, ¿podemos hacer afirmaciones rotundas a partir de un texto expurgado? Se nos dirá que podemos confirmar lo ofrecido en los *Diarios* con los profusos testimonios de familiares y amistades, cartas, memorias y biografías.

35 Precisar desde cuándo se produce la relación unívoca y privilegiada entre alimentación y gordura nos llevaría mucho tiempo y espacio. Habría que distinguir entre cantidades, calidades y otras cuestiones, todas esas cifras que han ido mutando en su significación por lo menos desde que la cultura occidental comenzó a preocuparse por calcular el valor de las gorduras (ver al respecto Vigarello, Georges, op.cit., Aguirre, Patricia: *Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis*. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010 y LeBesco, Kathleen-Naccarato, Peter (ed.): *Edible Ideologies. Representing Food and Meaning*. State University of New York Press, Albany, 2008).

De todos modos, la pregunta nos lleva aún más lejos. ¿Acaso el futuro corporal prometido llegó para Pizarnik con la liberación de los kilos "extra", como sugiere Piña? ¿Podemos afirmar que el "antes y después" exitoso en términos occidentales de *fitness* y esbeltez se encarnó apropiadamente en ese cuerpo que luego sería suicidado? Más allá de la documentación sobre el combate corporal librado a lo largo de su vida, no sabemos cómo ni por qué Pizarnik perdió peso. Lo que sí sabemos es que las explicaciones fáciles que revierten la vida sobre la obra o aquellas que pretenden ser la traducción justa de una vida en términos inteligibles para la norma hegemónica son tentadoras pero falaces. ¿Acaso esa escena verbal y corporal³⁶ que el diario expone consiste en una acabada demostración del sí mismo que allí se ofrece, listo para ser leído por lxs intérpretes autorizadx y privilegiadx? ¿No olvidan, tal vez, esxs intérpretes que ese yo que se narra en su padecer es producido por un dispositivo bio y anatomo-político?

Pero que quede claro: no está prohibido leer la vida de Pizarnik como un texto. Lo que molesta en ciertas lecturas del *corpus* vital de la poeta es el tono de "exposición de caso patológico" o de "curiosidad" (el "personaje alejandrino") que adoptan sus críticxs y biógrafxs. Aunque las voces autorizadas digan conocer palmo a palmo las cartografías corporales gordas y crean incluso haber extraído su verdad más recóndita, temo que sólo han obtenido los despojos que esperaban encontrar. E insisto en que la interpretación de ese material textual hecha desde presupuestos normalizadores del cuerpo enturbia el combate de la poeta con su vida, su cuerpo y su peso, contribuyendo a fijar y clausurar una imagen de artista atormentada, enferma de cuerpo y mente, más que poner en evidencia que experimentamos nuestros cuerpos espacialmente según convenciones sociales naturalizadas que pueden facilitar o no esta experiencia. Las interpelaciones de género, sexualidad, raza, etnia, edad, clase, capacidad, como las morfológicas, constituyen la escena social donde nuestro

36 Sigo las reflexiones de Butler, Judith: *Dar cuenta de uno mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2009, pág. 155.

yo puede hacerse o deshacerse y encontrar afirmada o negada su agencia.

Escribo esto con la esperanza de que nuestros vocabularios afectivos, las prácticas y estilos corporales que desarrollamos en ciertas comunidades en contra de los estilos corporales hegemónicos de esta sociedad, nos hagan un contrapúblico eficaz a la hora de ensayar nuevos lenguajes críticos, nuevos cuerpos y nuevas intimidades³⁷. Quizá si nosotrxs, gordxs latinoamericanos, proliferamos nuestra habla subversiva³⁸ podamos deshabitar el espacio de víctimas injuriadas, padecientes y patologizadas, apropiándonos del insulto para salir del lugar de la herida. Y en esa proliferación tal vez también podamos restituir nombres y figuras a nuestras genealogías corporales incompletas, tal como hoy me lo propuse con Alejandra Pizarnik.

Y, sobre todo, "Que tu cuerpo sea siempre/un amado espacio de revelaciones"³⁹.

37 Porque los estilos de corporización que se aprenden y se cultivan, y los afectos de vergüenza y disgusto que los rodean, pueden ser puestos a prueba y en algunos casos revalorados. (Warner, Michael: *Público, públicos y contrapúblicos*. Fondo de cultura económica, México, 2012. Pág. 70).

38 "El habla subversiva es la respuesta necesaria al lenguaje injurioso, un peligro que se corre como respuesta al hecho de estar en peligro, una repetición en el lenguaje que es capaz de producir cambios" (Butler, Judith: *Lenguaje, poder e identidad*. Ed. Síntesis, Madrid, pág. 261).

39 Pizarnik, Alejandra: "Revelaciones".

UNA BELLEZA TEMBLOROSA¹

Nicolás Cuello

Me tengo que ir de viaje. Tengo poco tiempo para resolver todo lo que tengo que hacer para poder irme con tranquilidad, necesaria recompensa después de los embates del trabajo y las geografías montañosas del día a día. Me voy unos días a la playa con mis amigxs, en una escapada relámpago, mitad trabajo, mitad descanso. Desde hace unos días soñaba con el momento en el que me tuviera que hacer cargo de algo que postergaba: tenía que salir por un traje de baño, o algo similar. Después de haber usufructuado de mis versiones punks de lo que puede ser una malla (jean desgarrado, pantalones cortos de feria americana, entre otras variedades), ahora quería resolverlo de otra manera. Salgo temprano en mi búsqueda, nervioso y plagado de ansiedad, como cada vez que tengo que hacer esto. A diferencia de gran parte de la sociedad, comprar ropa para las personas gordas (especial y diferencialmente con mayor intensidad para las feminidades gordas) funciona como un momento de actualización, diálogo directo, y explicitación absoluta y sin piedad de cuánto se esfuerza el mundo por volver impronunciable nuestro presente cárnico, y disolver la promesa de nuestros cuerpos en el futuro, pesadilla apocalíptica de las industrias de la dieta. Salgo, sabiendo

¹ Texto publicado originalmente el viernes 4 de septiembre de 2015 en el Suplemento feminista *Las12*, del diario *Página12*. Su versión online se encuentra aquí: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-10027-2015-09-04.html>

esto, preparado con algún que otro mantra que me sitúe en coordenadas de empoderamiento. Pienso que estoy solo, que las agresiones son inevitables. Pienso en mis amigxs con los que trabajamos y pensamos sobre nuestros cuerpos gordos, pienso en eso para llenarme de imágenes y mapas de posibles escapes. Pregunto en uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho lugares: "No, nada en ese talle", "No, tan grande no tenemos nada", "No, acá no vas a encontrar", "No, no trabajamos ese tipo de ropa", "No, tampoco sé dónde podés preguntar". Llego al noveno lugar, un lugar caro, en el que acostumbran a vender ropa para tipos que practican deportes como rugby, es decir, tipos que medianamente pueden en sus dimensiones aproximarse a mi estatura y a mi cuerpo gordo. Ingreso al lugar, y soy recibido por la mirada cómplice entre tres personas que pactan inmediatamente frente a mí, frente a mi cuerpo, una risa a la que ya le perdí el asombro. Pienso para mí: "Se deben reír de lo fabulosamente puto que me queda el rodete que me hice hoy antes de salir". Me acerco a una de las vendedoras, le hago la misma pregunta que a las ocho anteriores, y recibo entre carcajadas, progresivamente menos disimuladas: "Nosotros no tenemos esas cosas acá, y no, menos en tu talle". Luego, se repite el sonido de esa alegría maligna que marca a fuego la historia de los cuerpos como el mío, y la asimetría de poder detentada por cuerpos como el de ella. Me quedo mudo, solo puedo dar un paso hacia atrás. Giro y me encuentro con un público que goza de este llamado público al orden. Como un latigazo a una fiera desobediente, me siento invocado a la subyugación de un silencio estructural en el devenir de las subjetividades gordas. Me voy, rápido. Pienso en mi amigo Mor que vive cerca de ahí y me apuro para saber en qué brazos desarmarme. Remo con esfuerzo entre el agua que toma mi cuerpo entre el llanto y el sudor, entre la gente que no entiende, y gente a la que no entiendo. Cuando finalmente la calma acontece en el espacio seguro de la amistad, pienso con un poco de bronca sobre esos momentos en los que se repite el silencio frente a la agresión. Pienso que lo que más nos cuesta como comunidad, a este mar calórico de cuerpos impropios, es tomar la palabra, abrazar la

energía de la voz, para hacer vibrar esa historia que insiste en recordarnos que no podemos defendernos, que no podemos devolver un insulto, que no podemos decir que nos están lastimando, que no podemos decir en voz alta: hoy estoy cansado de que mi vida sea cancelada, una y otra vez, por la obsesión compulsiva de un sistema corporal que se siente amenazado por la diferencia. Pienso en lo que voy a contarles a mis compañerxs con quienes me esfuerzo en pensar políticamente mi carne. Pienso que me quiero defender, quiero aprender a potenciar mi propia voz/nuestras voces. Quiero hacer temblar al mundo que se atreva a negarnos, otra vez, la comodidad, la belleza, el placer, la vida.

UN RUGIDO DE RUMIANTES: APUNTES SOBRE LA DISIDENCIA CORPORAL DESDE EL ACTIVISMO GORDO¹

Lucrecia Masson²

El cuerpo es relacional: constituido por relaciones internas entre sus órganos, por relaciones externas con otros cuerpos y por afecciones, esto es, por la capacidad de afectar a otros cuerpos y de ser por ellos afectado sin destruirse, regenerándose con ellos y regenerándolos. Un cuerpo es una unión de cuerpos.

Spinoza

No hay cuerpo sin f(r)icción.

Felipe Rivas San Martín

El feminismo será transfronterizo o no será, enuncia entre otras transpalabras el *Manifiesto para la Insurrección Transfeminista*³. *Crossing the border is the original sin* cruzar la frontera es el pecado original⁴.

¹ Texto originalmente publicado en Sola, Miriam y Urko, Elena (2014) *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Editorial Txalaparta, Tafalla, España, pags 235-237.

² Soy un rumiante. Y no he estado sola rumiando este texto. Gracias Pedro, Guille, Aída, Maura, Helen y Miriam, por las aportaciones y la paciencia vacuna.

³ El Manifiesto para la Insurrección Transfeminista fue concebido en las Jornadas Feministas Estatales de Granada, 2009. <http://www.elciudadano.cl/2010/01/03/16611/llamamiento-a-la-insurreccion-transfeminista/>

⁴ Canción: Oldie de la Violencia, 2010. Guillermo Gomez-Peña.

Las fronteras que me ocupan a continuación son aquellas que intentan poner límites a nuestros cuerpos. Que nos dicen dónde está lo normal corporal y a qué hay que ajustarse. Y ser un cuerpo es habitar el lugar de la frontera.

El feminismo lleva décadas encargándose del binomio que nos divide en hombres y mujeres, pero me parece importante poner sobre la mesa esos otros binomios que también se expresan en nuestros cuerpos, que materializan subjetividades y las naturalizan. Hablo de esas dicotomías que nos ponen en un lugar u otro de la normalidad corporal, en un lugar u otro del circuito del deseo. Algunos de estos binomios son cuerpos deseables o indeseables, sanos o enfermos, jóvenes o viejos, válidos o inválidos.

Entiendo que no podré abordar todas estas dimensiones. Por tanto, me situaré sobre todo en la cuestión de la gordura y en la necesidad de un activismo gordo castellano-parlante, pasando por un cuestionamiento del deseo, para desde ahí reflexionar sobre esas "verdades" que se han dicho sobre nuestros cuerpos, sobre las etiquetas que nos han puesto, y pensar el cuerpo como una construcción, un artefacto, una ficción política.

El activismo gordo nos abre una puerta para empezar a pensar la corporalidad disidente, disruptiva, defectuosa. Creo que desde el transfeminismo y otros activismos afines, estamos empezando a hablar desde nuestras propias carnes. Nuestras carnes: las que sobran, las que faltan, las que están viejas, las que están enfermas, las que no son funcionales.

Es necesario empezar a cuestionarnos cómo se crea el cuerpo normal y evidenciar su carácter de artefacto. Nuestros cuerpos gordos, enfermos, viejos o discapacitados son construcciones sociales. Nuestros cuerpos, así definidos, son el resultado de relaciones sociales donde unos cuerpos se privilegian sobre otros. Existe una escenografía de lo social, con cuerpos actuantes que logran diferentes repartos.

Disponible en: <http://hemisphericinstitute.org/web-cuadernos/en/radio-free-pocha/songs>

No tengo sobrepeso, soy gorda

Sirva como subtítulo esta frase de Beth Ditto para acompañar una gran pregunta: ¿reproducimos jerarquías corporales incluso en nuestros espacios que se pretenden libres de normas y opresiones?

Era necesario que se empezaran a instalar debates en torno al cuerpo que vayan más allá del género. Es importante dar otro paso y problematizar la normalidad corporal.

Una vez me dijeron: "Pero las gordas tienen mucha presencia en nuestros espacios, se las escucha, hablan fuerte y bien". Me quedé pensando en esto y luego de darle vueltas pensé que sí, que es verdad. Pero el hecho de hacer estallar ciertos estándares hace que necesitemos estrategias de supervivencia en el espacio social, incluso dentro del feminismo.

Y digo que no se trata solo de la gordura, sino de pararnos a reflexionar sobre esas fronteras que definen lo normal corporal. Hay una especie de plus que se debe pagar, un peaje que los cuerpos no estándar pagan como tributo a este régimen que ha colonizado nuestros cuerpos. No es mi apuesta la de entrar en un reclamo identitario en torno a la gordura. El punto está en reconocer en el cuerpo gordo una construcción médico-política más. La apuesta es partir de aquí para poder cuestionarnos las ficciones naturalizadas que ponen etiquetas y diagnósticos a nuestros cuerpos.

Pero, al mismo tiempo, quiero identificarme como gorda. Toda mi trayectoria corporal está atravesada por esta palabra, casi siempre en tono injurioso. Enunciarme desde ahí es hoy una necesidad política. Apropiarnos del insulto para salir del lugar de la herida, como bien dice mi amiga Laura Contrera.

Se trata también de seguir rompiendo armarios y dar respuestas colectivas a cosas que nos han dicho que pasan por lo individual. Igual que desde el feminismo se politiza la sexualidad, la economía o la violencia, también es importante trabajar colectivamente en torno a otras dimensiones. Se me ocurre pensar en el clásico quiérete a ti misma. Parece que hubiera un logro personal a celebrar

en el haber aprendido a quererse, alcanzado con esfuerzo y a costa de padecimientos que deben quedarse en un terreno individual y en el espacio del silencio.

Prefiero pensar que podemos crear colectivamente condiciones de posibilidad donde las existencias corporales, a veces incómodas, no se vivan en soledad. Una vez alguien me dijo: "mi cuerpo lo que quiere es que lo quieran", y con esta frase entendí muchas cosas.

El cuerpo es experiencia, me dijo alguien a quien creo cuando habla. Y pienso, ¿qué pasa si experimentamos a partir de la corporalidad, cuestionando esas verdades que se han inscrito sobre nuestros cuerpos? Si a través de ejercicios performativos podemos evidenciar que el género y el sexo se construyen y vivencian a través de un conjunto de técnicas y tecnologías y de la repetición de estas, de igual manera podemos evidenciar que el "cuerpo normal" se construye a través de estas y otras técnicas, dando lugar a un artificio que es el cuerpo bello, deseable, funcional. El cuerpo es ficción política.

El mundo angloparlante lleva aproximadamente cuatro décadas de activismo gordo. En lengua castellana no contamos aun con un activismo consolidado y feminista, centrado en las corporalidades gordas. Pero somos muchas y nos estamos encontrando. Y desde los sures se comienza a rumiar la rebelión de las gordas.

Este despertar gordo viene con una impronta muy sudaka. He utilizado antes la idea del cuerpo colonizado como metáfora, ahora el colonialismo se presenta en un sentido más literal. Y como las fronteras no nos detienen, muchas cosas están pasando.

Entre ellas la página Gordazine⁵, de consulta obligada para quien quiera abrirse a nuevas formas de pensar el cuerpo. En este fanzine electrónico, disponible también en papel, encontramos reflexiones fundamentales de Laura, su autora. También nos acerca traducciones de textos del *fat activism*, que como dije antes nos llevan la delantera en estas cuestiones. Además, el Gordazine nos invita a hacer un interesante y creativo recorrido

5 Fanzine electrónico Gordazine <http://gordazine.tumblr.com>
También disponible en papel, en el estado español, en las distris afines:
Coños como llamas y Peligrosidad Social.

visual por sus páginas, donde Beth Ditto cobra el papel de figura casi totémica.

Luego está el poderoso Manifiesto Gordx⁶ que llega desde Chile. Este manifiesto, en formato audiovisual (que por supuesto fue rápidamente censurado en Internet) ha sido traducido a varios idiomas y logra condensar en poco más de cuatro minutos una serie de ideas que no nos dejan indiferentes. Los cuerpos se exhiben primero en cortos planos, donde es difícil distinguir qué partes estamos viendo, y luego el plano se va ampliando a medida que crece la fuerza del texto. Me interesa particularmente este juego de cercanías y distancias con respecto a los cuerpos que muestra el vídeo. ¿Qué etiqueta le ponemos a un cuerpo que no vemos? Y si no vemos el total, ¿qué decimos de ese cuerpo? Hay una tarea etiquetadora que se corresponde con la mirada. Desafiar el monopolio de la mirada y experimentar lo sensorial desde sus diversas posibilidades es, a mi entender, otro interesante y necesario ejercicio a asumir.

Siguiendo con mis queridas gordas sudakas, desde México y vía redes sociales, Bala Rodríguez nos comparte su producción performática y fotográfica. A través de su cuerpo Bala habla, hermosa y generosamente.

También están en Colombia Dianita Pulido y Alias Angelita, accionando siempre en torno al tema. Dianita escribió estas palabras, tan contundentes como poéticas:

(...) Mi cuerpo es un extenso campo de batalla. Su mera existencia es, en sí misma, retadora e incómoda. Mi cuerpo excesivo, anormal, indeseado, feo...resiste, lucha, revoluciona (...) me amo gorda, me amo rebosante...me amo rebelde, me amo por no encajar y no desear hacerlo. Por todo, amo mis excesos. (...)

Entre todas, estamos inventando nuevas maneras de encontrarnos y accionar. Intercambiamos material, experiencias, nos cuidamos y nos reunimos, ordenador mediante. Practicamos nuevas formas de activismo. ¿Transfeminismo transasambleario?

6 <http://missogina.perrogordo.cl/manifiesto-gordx/>

También en el Estado español, concretamente en Barcelona, contamos con lo que fue la experiencia de Masa Crónica. Este colectivo, del cual formé parte, surgió de la necesidad de poner sobre la mesa cuestiones como la gordura, la representación de los cuerpos y la necesidad de una (de)construcción del deseo. Los debates, performances y talleres que en diferentes ocasiones propusimos fueron recibidos con gran entusiasmo. Esto nos habla claramente de la necesidad de abordar temas como la gordura, entendiéndola como un asunto importante del feminismo⁷.

En Canarias surgió el grupo de Facebook *La vista gorda-Stop Gordofobia*, creado por iniciativa personal de Carlos, cuyo nombre en la red es (¡atentil!) *Carlos Sinolestgustatubarrigaclavasela*. *La vista gorda* se presenta como "un grupo crítico contra los cánones de belleza establecidos, contra los cuerpos ideales, contra la tiranía de la estética, contra la dictadura de la belleza y contra todo aquello que atente contra la diversidad corporal."

Es el *FatPower*. La red comienza a hacerse gorda.

... Cuerpos proletarios, más deseantes que deseables...

Así lo afirma el Manifiesto Gordx. Desde esta convicción, apuesto por cuestionar siempre el deseo a partir de la idea de que no hay una verdad última en él. Asociamos el deseo a esa cosa casi instintiva, que nos lleva a lanzarnos sobre aquello que deseamos, desafiando todo orden. Pero no, el deseo es algo que se aprende, deseamos lo que nos es posible desear, deseamos lo que nos es permitido desear. No podemos fiarnos del deseo.

Y tampoco se trata de generar un discurso destinado a decir la verdad sobre el deseo, o a subvertir las leyes

7 Si bien Masa Crónica actualmente no está activo como colectivo, existe como plataforma virtual en código libre, como espacio de encuentro e intercambio en <https://masacronica.wordpress.com>.

que lo rigen. Se trata más bien, siguiendo a Foucault⁸, de preguntarnos por qué decimos con tanta pasión que deseamos esto o aquello.

Nos toca entonces comenzar la difícil y urgente tarea de replantearnos el deseo. Será entonces necesario dejar de lado el yo deseo, para entrar en un crear deseo, en construirlo colectivamente, reconociéndonos y teniendo siempre bien claro que no deseamos libre ni autónomamente. Está en nuestras manos el generar nuevas representaciones, construir nuevos imaginarios, dar lugar a otros cuerpos. Necesitamos un cuestionamiento transfeminista del deseo que atraviese, transgreda, transforme.

Y la mirada. La ficción política del cuerpo se construye, entre otras cosas, a través de la mirada.

¿Dónde termina mi cuerpo y empieza el tuyo? Y estamos otra vez en la frontera.

Dice Juan Manuel Burgos: "Llevo marcas de miradas por todo el cuerpo, cicatrices que no cierran y se actualizan en cada parpadeo -y sin embargo, que sean vistas es, al final del día, lo único que espero".

Y estoy confiada, porque siento que esto está empezando a suceder. El camino es largo pero está empezado. Tenemós mucho que mirarnos y mirar cómo miramos. Y para eso tenemos el gran laboratorio que es el transfeminismo, donde nuestros cuerpos son material a intervenir, descodificar, descolonizar.

Los cuerpos deben ser todavía aprehendidos como algo que se entrega para ser cuidado

Así habló Judith Butler. Se es vulnerable porque se es susceptible de ser afectado. Y paradójicamente, en el hecho de reconocer la vulnerabilidad está la potencia,

8 Foucault, Michel, *Historia de la Sexualidad*. 1. La voluntad del saber, Madrid 2009, pp 8-9

la capacidad de. Hablo del cuerpo y sus afecciones, de su capacidad de componerse con otros cuerpos.

"Nadie sabe qué es lo que puede un cuerpo", dice Spinoza. De esta manera, en lugar de preguntarse qué es un cuerpo, se pregunta qué es lo que puede un cuerpo, y la respuesta a esta pregunta es siempre una incógnita. Este autor nos propone la increíble idea de pensar el cuerpo fuera de la esencia para entrar en el campo de la potencia.

A partir de ahí, podemos desmontar la idea de cuerpo gordo, cuerpo discapacitado, cuerpo enfermo. Un cuerpo no es en función de una esencia o de un deber ser en función de una norma, sino que puede en relación a su potencia. También, y no olvidemos esto, un cuerpo nunca puede de una forma totalmente libre: "el cuerpo es relacional", decía en el primer epígrafe. Las estrategias de resistencia siempre se construirán en interdependencia. Mi cuerpo es y no es mío⁹.

Un cuerpo puede siempre en diálogo, siempre en esas relaciones con otros cuerpos y otras entidades, que se constituyen en su capacidad de afectación. Nadie ni nada es absolutamente autosuficiente. Entonces será nuestra tarea la de aprender nuevas maneras de habitar el cuerpo, nuevas maneras de afectar y ser afectados, siempre entendiéndonos como cuerpos interdependientes, como cuerpos que han sido arrojados para ser cuidados. Y aquí está la propuesta política.

La interdependencia no es entonces un estado de cosas, sino una vía para crear nuevas formas de relación. Nuevas formas de habitar y habitarnos.

Suena el cuerno. El llamado a las alianzas

En el espacio que cae fuera de los estandares de normalidad corporal nos encontramos con otros cuerpos. Cuerpos aberrantes. Aberrante, según el diccionario significa: lo que se aparta o desvía de lo considerado normal.

⁹ Butler, Judith. *Deshacer el género*. Barcelona, 2006, p.41.

Necesitamos establecer alianzas entre estos cuerpos aberrantes, generizados, racializados, medicalizados, diagnosticados capaces o no.

Y estoy confiada, vuelvo a decir.

Creo que está comenzando a suceder un feminismo que nos atraviesa, cual lanza bañada en potencia creadora, y, así, nos transforma, nos da herramientas para la vida, hace del feminismo algo que vivir.

Tal vez ya era el momento y estamos entrando en una revuelta orgánica, en un revolver órganos. Un afectarnos y afectar, regenerándonos sin destruirnos.

Las alianzas han sido llamadas. Algo está empezando a suceder.

LECTURA CRÍTICA DE LA LEY DE TRASTORNOS ALIMENTARIOS

Laura Contrera y Nicolás Cuello

Proyectos de Ley. Un recorrido

En las últimas tres décadas se han presentado en Argentina más de 30 proyectos de ley referidos a la obesidad como trastorno alimenticio/alimentario generalizado y cuyo supuesto ascenso en la población ha sido considerado un alarmante problema social a erradicar. En muchos de estos casos, que hemos podido señalar y que presentamos aquí en un anexo, los proyectos se ven acompañados por nuevos regímenes de administración, control y gestión de la nutrición y la alimentación en la población con el objetivo de prevenir la obesidad. Dentro de este conjunto amplio de proyectos, los que mayormente han señalado a la obesidad como problema central han sido los impulsados por el médico y empresario de la salud Alberto Cormillot, referente local de la industrialización de la dieta y de técnicas de normalización corporal multimediales (clubes de dieta, revistas, programas de televisión, radio, opinión pública, productos alimenticios, etc.). De todos modos, los proyectos presentados comparten marcos político-epistemológicos similares, por lo cual podemos establecer, luego de la lectura de algunas propuestas, y en especial, del análisis crítico de la Ley de Trastornos Alimentarios aprobada en el año 2008, algunas consideraciones o claves de relectura que puedan señalar ausencias, violencias y

delimitar aquellos presupuestos latentes que presumen inocencia, pero que enmascaran en muchos casos la sostenibilidad del negocio privatizado que explota nuestros cuerpos, extrayendo del escarnio subjetivo de los cuerpos gordos extensos beneficios comerciales.

Una diferencia que nos resulta interesante señalar en el abordaje crítico de estos documentos, con especial énfasis en el que ha sido aprobado en nuestro país, es el agrupamiento obesidad-anorexia-bulimia (art.2 de la Ley 26.396) que se establece como una cerrada y clausurada tríada que representaría la totalidad de los posibles problemas sociales que se enfrentan en materia de alimentación. Consideramos que en esta clausura, y en la equiparación figurativa de tres experiencias complejas y necesariamente diferenciables, existe un interés particular y una desidia tanto intelectual como institucional que reduce y simplifica "problemáticas" vinculadas con el cuerpo, la salud, y con algo que poco espacio tiene en todas estas propuestas: el acceso a los alimentos y la cultura de la alimentación. Si bien nosotrxs, como activistas que experimentamos la necesidad de hacer política desde la resistencia a la patologización y criminalización de nuestros cuerpos gordos, podríamos aventurarnos en posibles vínculos, alianzas, y reflexiones compartidas que multipliquen las posibilidades de resistir a la medicalización de nuestras corporalidades, creemos que es importante reservarnos los análisis específicos en relación a las trayectorias de las personas que han experimentado en sus cuerpos tanto bulimia como anorexia. Así, dejamos el espacio abierto para quienes desde la politización de su propia experiencia puedan tejer redes de conexión y alianzas con nosotrxs en vista de disputar los sentidos en común establecidos como naturales en relación a nuestros cuerpos como cuerpos enfermos. No queremos hablar en nombre de experiencias que no hayamos transitado, por lo que esperamos que este libro, como caja de herramientas, en sus múltiples posibilidades, también llegue a manos de quien tenga la necesidad y el deseo de poner en palabras la urgencia de politizar su propia trayectoria bio-clínico-política.

Luego de una lectura detenida de los documentos, quisiéramos aquí poder compartir algunos parámetros y consideraciones críticas sobre los preceptos y los modos de articulación que encontramos latentes en el diseño, escritura y práctica de estas políticas públicas.

La naturalización de la patología

Todos estos proyectos y la ley finalmente sancionada tienen un origen compartido: la gordura establecida de manera universal como una patología, es decir, como una enfermedad. Esta toma de postura generalizada se basa en la indicación de las máximas autoridades sanitarias y alimenticias a nivel internacional (la Organización Mundial de la Salud y la FAO) sobre el aumento y prevalencia de la obesidad¹, definida como uno de los mayores problemas actuales de la salud pública e, incluso, como una epidemia. A partir del establecimiento de esta premisa, comienza a pensarse a la gordura de manera unidireccional, abstraída de cualquier tipo de complejidad social en la que la clase, las condiciones de vidas materiales, la raza, la diversidad funcional, edad, etc., tengan un lugar considerable en la constitución de un cuerpo gordo. Estos modos de representar monstruosamente y de manera negativa la gordura alimentan un pánico social higienista que dará lugar al diseño de políticas de exterminio eugenésico. Políticas que, a su vez, naturalizan preconceptos y prejuicios sociales discriminatorios, estableciendo representaciones normadas de los cuerpos gordos como cuerpos enfermos que abren paso a afectos y políticas materiales pulverizantes de nuestras subjetividades y corporalidades.

¹ Obesidad es el término médico que refiere a una acumulación de grasa considerada excesiva. El empleo sistemático y docto de la palabra obesidad data del siglo XVIII, cuando empieza a ser utilizada no sólo para adjetivar una forma corporal sino también para describir un desorden patológico. (cfr. Vigarello, Georges: *Historia de la obesidad. Metamorfosis de la gordura*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2011, pág.133).

Este diagnóstico de trastorno alimenticio que aparece en el primer artículo de la ley argentina posiciona a la gordura como un problema de salubridad nacional. La epistemología higienista establece como norma la lectura de la gordura como una enfermedad, clausurando la admisión de la *diversidad* como matriz de inteligencia posible de los cuerpos. Lo curioso es que al mismo tiempo que se define y ataca a la gordura como una enfermedad por sí misma, la propia corporación médica-farmacológica tiene serias dificultades a la hora de señalar algo básico: las causas de la presunta enfermedad y su tratamiento. No solo el activismo gordo señala las inconsistencias de esta relación lineal que se propone entre peso corporal, dieta, ejercicio físico y salud. Investigadores a lo largo del mundo han problematizado y complejizado estos vínculos, asumiendo la incertidumbre que implica su abordaje médico. Incluso la OMS en su documento de 2004 "Estrategia Global sobre Dieta, Actividad Física y Salud", reconoce las limitaciones de la ciencia médica a la hora de establecer las causas de la obesidad, su diagnóstico preciso y tratamiento. Es sabido que, por consenso, se utiliza el índice de masa corporal (IMC)², más allá de las críticas, provenientes del mismo entorno científico, acerca de su eficacia como medida antropométrica universal.

Desde el activismo gordo que nosotrxs encarnamos, consideramos que es importante pensar en el surgimiento y en la funcionalidad de este parámetro. Y establecer sus propias fronteras político-epistemológicas que lo sitúen como construcción ficcional de medición geopolíticamente situada en tiempo y espacio. La universalización que se establece en sus proyecciones guarda dentro de sí contradicciones de orden económico, moral, estético. Y son estas contradicciones las que permanecen latentes en la letra de la ley, como veremos.

2 Según el Ministerio de Salud argentino, "El índice de masa corporal (IMC) es un indicador simple de la relación entre el peso y la talla (altura) que se utiliza frecuentemente para identificar el sobrepeso y la obesidad en los adultos. Se calcula dividiendo el peso de una persona en kilos por el cuadrado de su talla en metros (kg/m²)". <http://www.msal.gov.ar/index.php/component/content/article/48/90-obesidad-y-sobrepeso>.

Marco jurídico de la ley vigente

La Ley 26.396, que declara de interés nacional la prevención y control de trastornos alimentarios, se inscribe en el amplio marco jurídico del derecho a la salud. Este marco incluye una extensa variedad de instrumentos jurídicos (desde la Constitución Nacional y los Tratados Internacionales, pasando por códigos nacionales y provinciales, leyes nacionales y provinciales, decretos, hasta resoluciones ministeriales, entre otras normas). Este complejo entramado legal tiene, como es esperable, su revés oculto, el que intentaremos desentrañar.

Por un lado, podemos agrupar esta ley junto a otras similares que abordan problemáticas de salud o enfermedades particulares (enfermedad celíaca, por ejemplo), como un ejercicio de lo que Nikolas Rose ha denominado "ciudadanía biológica". Según este autor, la política contemporánea de la vida en las democracias liberales avanzadas se caracteriza por un complejo de mercadización, autonomización y responsabilización. Esto es, los pacientes (actuales o potenciales) son instadxs "a volverse consumidores activos y responsables de los servicios y productos médicos"³. Así, la ciudadanía biológica actual pasa del reclamo individual y puntual en torno a un padecimiento (atención sanitaria, cobertura de una práctica determinada, etc.) a la conformación de distintas formas organizativas colectivas. Si bien estas organizaciones contribuyen a la visibilización de problemáticas muchas veces desconocidas para la mayoría, por otro lado fomentan la creación o expansión de nichos de mercados aprovechados por la industria médica y farmacéutica. De hecho, muchas de estas organizaciones de usuarios de servicios médicos con problemáticas específicas son creadas a iniciativa de la industria de la salud o cuentan con su apoyo y financiamiento. Esto se verifica para la ley de Trastornos alimentarios, que contó con la difusión televisiva del show de Cormillot, principal interesado y beneficiario, como ya apuntáramos.

3 Rose, Nikolas: *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. UNIPÉ Editorial Universitaria, La Plata, 2012, pág. 26/7.

Ahora bien, el ejercicio de esta ciudadanía biológica no asegura el reconocimiento pleno de la condición de sujetos de derecho. Ni evita la discriminación. Incluso las personas gordas que vivaron a través del programa "Cuestión de peso" la sanción de la ley han experimentado desde el 2008 (año de su sanción) hasta ahora dificultades para acceder a los suministros de salud requeridos. Y siguen siendo estigmatizadas todos los días. Pero lo que más nos alarma es que tanto en los enunciados de la ley como en los textos producidos por el emporio Cormillot se verifica una ausencia de nuestras voces en primera persona⁴. Así, las personas gordas quedamos supeditadas a la voluntad de nuestros tutores, que administran y gestionan nuestros futuros. Estos dispositivos de tutelaje, representación y objetualización vacían la potencialidad de nuestra autonomía política.

Ingesta alimentaria y riesgo

El artículo segundo de la ley argentina relaciona los llamados trastornos alimentarios (obesidad, bulimia y anorexia nerviosa) con una "inadecuada ingesta alimentaria". El modelo de la inadecuación en la ingesta tiene una larga historia, que ha variado en función de los distintos modelos corporales propuestos por la ciencia médica. Así, hemos pasado del rechazo por engordantes de los alimentos excesivamente húmedos en el medioevo, al pánico por los azúcares coloniales o los farináceos actuales. De todos modos, la inadecuación aparece como una medición moralizante que no soporta ni visibiliza la contradicción económica que se suspende en ella. Deberíamos poder discutir la inadecuación con la injusticia socioeconómica: en nuestra sociedad, algunos comen lo que pueden, otros lo que tienen y muchos lo que

⁴ Por ejemplo, en el artículo 3, inciso h de la ley se insta a la participación de las ONGs. Nos preguntamos si se referirán a institucionalidades cómplices de la industria de la dieta del imperio Cormillot y afines.

esta disponible. Este señalamiento sobre la "adecuada" cantidad o modalidad de la ingesta invisibiliza las múltiples razones por las que los cuerpos gordos somos gordos. Establece un parámetro de aumento de peso que simplifica la diversidad corporal y metabólica de nuestra existencia. Otro problema de este abordaje del trastorno es que está latente la culpabilización individual: la cuantificación de la ingesta como medida regulatoria se ve motorizada por la ansiedad inflingida en cada cuerpo gordo, como una vigilancia permeada en el cuerpo. Este mecanismo culpabilizante de la persona (a quien se supone falta de voluntad y autocontrol, perezosa y dejada) es un obstáculo de empoderamiento y una afrenta a la autonomía. Además, interviene de manera negativa en las posibilidades de radicalizar la propia percepción y existencia del cuerpo como un problema social, un conflicto estructural donde lo personal es político.

En el mundo entero, la alimentación es un problema. Pero más que asegurar el derecho a la alimentación de todos los habitantes, las políticas estatales se centran en la calificación y medición de lo "saludable" como sinónimo de no engordante. Si bien no se cuenta con el funcionamiento del Programa Nacional de prevención y control de los trastornos alimentarios que establece el artículo 3 de la ley, por resolución ministerial N° 1083-2009 se aprobó la "Estrategia Nacional para la Prevención y Control del Enfermedades No Transmisibles", el "Plan Nacional Argentina Saludable" y se creó en el ámbito del Ministerio de Salud de la Nación la "Comisión Nacional de Prevención y Control de las Enfermedades No Transmisibles". Dentro de este plan nacional se llevan a cabo las acciones de promoción de la salud dirigidas a la población general y destinada, particularmente, a la promoción de la alimentación saludable, la actividad física y la lucha contra el tabaco. Asimismo, por resolución ministerial N° 695-2009 se aprobó la incorporación al Programa Médico Obligatorio de prestaciones básicas esenciales para la cobertura de la obesidad en pacientes (01/06/2009) B.O⁵.

⁵ Este tema, por sí solo, merecería un desarrollo más completo que ahonde en las ansiedades sociales y en los deseos individuales que se juegan en ciertas prácticas médicas.

El inciso j del artículo 3 de la ley que comentamos pone como uno de los objetivos del Programa nacional desarrollar actividades de difusión dirigidas a la población en general y a grupos de riesgo en particular a fin de concientizar sobre los riesgos en la salud que ocasionan las dietas sin control médico e instruir sobre hábitos alimentarios saludables. Esta denominación de "grupos de riesgo" resulta altamente problemática y ha sido largamente discutida en diversos activismos por sus presupuestos discriminatorios. Los manuales de buenas prácticas de comunicación han tomado estas críticas. El propio INADI en su publicación "Derecho a la Salud sin discriminación" sugiere emplear el término "prácticas de riesgo" y no "grupo de riesgo", pues dicha expresión instala la idea de pertenencia a un grupo determinado con una cualidad que de por sí lo hace vulnerable. En el caso que nos ocupa, *txs gordxs*, como sinónimo de quienes nos alimentamos inadecuadamente o de manera no saludable, somos ese grupo estigmatizado y culpable. Teniendo en cuenta que en este paradigma la gordura es un comportamiento causado por la "inadecuada" ingesta de alimentos, se establece una pauta potencial, en la que la sociedad entera queda en estado de alarma. Así, la experiencia de nuestros cuerpos gordos resulta criminalizada socialmente.

También podemos discutir la idea políticamente correcta de "prácticas de riesgo", puesto que está ligada a la ingesta inadecuada de comida. Pues la alimentación, incluso la "buena" alimentación (aunque habría que explorar el alcance de estos discursos normativos), no agota el enfoque del problema de la gordura en nuestras sociedades⁶. En una rápida enumeración: la desigualdad

6 Según Aguirre, en la década del '50 la preocupación en el diseño de una buena nutrición estaba puesta en la ingesta de vitaminas, en los '70 de proteínas, en los '90 de fibras y el tercer milenio se estrena con el debate acerca de los ácidos grasos en nutrición y con los alimentos transgénicos en la esfera productiva. El cuestionamiento acerca de *qué es comer bien* tiene que ver con las definiciones sociales acerca de *qué es vivir bien* y esto no depende de la ciencia sino de la escala de valores de una sociedad, la que se ha formado en una relación dinámica con su historia. (Aguirre, Patricia: *El carácter social de la alimentación*. Disponible en <http://derechoalaalimentacion.org/wp-content/uploads/2012/08/Aguirre-Car%C3%A1cter-social-de-la-alimentaci%C3%B3n.doc>).

social y la exclusión de ciertos alimentos, la reprobación moral y estética, la preocupación mercantilista por los costos sociales de la salud (donde habría que discutir la relación lineal entre mortalidad e IMC para definir el costo sanitario), entre otras variables.

Asimismo, vemos que se extreman las precauciones en torno al riesgo que implica realizar dietas "sin control médico", olvidando reflexionar sobre la funcionalidad del sistema de tutelaje y legitimación de la medicina en el establecimiento del diagnóstico y su tratamiento. El aval médico no es garantía de resultado exitoso en términos del mismo sistema (esto es, bajar de peso y mantenerlo bajo) y menos que menos asegura el respeto ni el trato digno de quienes por decisión o presión social se someten a las prácticas de régimen y adelgazamiento propuestas por la corporación médica. El maltrato y las formas de reproductibilidad de la violencia caracterizan los modos en los que funciona la medicina como tecnología de normativización corporal. Sin embargo, poco se ha estudiado y menos se ha difundido la movilización de afectos de vergüenza y culpa que se generan en la consulta médica y en los mensajes masivos sobre el cuidado del cuerpo y los regímenes considerados saludables. Según Foucault, no hay tal cosa como ciencia pura, puesto que la medicina forma parte de un sistema económico y de poder⁷. Ahora bien, no podemos negar que, por lo menos desde el siglo XVIII en adelante, la medicina es un elemento clave para la constitución y el propio entendimiento de los sujetos acerca de sí mismos. Por lo tanto, nos preocupa que se publiciten diagnósticos estigmatizantes y posibilidades de identificación patologizantes pero no se distribuyen públicamente imaginarios que no sean culpabilizantes sobre los cuerpos gordos. ¿Cómo se resuelve esa tensión?

7 Foucault: "La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina" en *La vida de los hombres infames*. Editorial Altamira, La Plata, 1996, pág. 84.

Victimización y patologización positiva de las infancias

La ley que consideramos tiene en especial mira a la infancia. En el inciso e del artículo 3 que ya comentamos aparece la idea de promover “conductas nutricionales saludables” entre niños y adolescentes especialmente. En el artículo 6 reaparece la necesidad de incorporar la educación alimentaria nutricional (EAN) en todos los niveles del sistema educativo. Esto que parece ser el loable intento de tomar en consideración a la infancia y adolescencia como sujetos de derecho encubre presupuestos problemáticos. Por un lado, más allá de la alarma social generalizada sobre el aumento de la obesidad infantil fogueada por la corporación médico-farmacéutica, ciertas voces además de las activistas han criticado la estigmatización de la infancia que encubre el etiquetado diagnóstico y ciertas políticas gubernamentales de invasión a la privacidad de niños, niñas y adolescentes en ámbitos escolares, por ejemplo⁸.

La instrumentalización de la infancia como zona, espacio, o corporalidades desde las cuales establecer negociaciones extorsivas que justifiquen un presente eugenésico, a través de tecnologías de diseño corporal, y planes sistemáticos de normalización del cuerpo mediante políticas públicas y programas de nivel nacional que de manera muy opaca establecen la distinción entre nutrición, emergencia poblacional, injusticia socioeconómica, lucha de clases, peligrosidad ambiental y criminalización de la gordura. Toda situación es considerada problemática, y ejemplificada desde el horror que supondría un “futuro gordo” para lxs niñxs. ¿Qué cosas no se dicen del cuidado de lxs niñxs? Mutilación genital intersex, violencias propias de los esquemas generizados de crianza, violencias cissexistas y heteronormativas, entre muchas injusticias de corte económico social, que ponen en verdadero riesgo la vida y la calidad de vida de las infancias.

8 En el caso de EE.UU., ver Tirosh, Yofi (2012) “The Right to Be Fat,” *Yale Journal of Health Policy, Law, and Ethics*: Vol. 12: Iss. 2, Article 2. Disponible en : <http://digitalcommons.law.yale.edu/yjhple/vol12/iss2/2>.

Discriminación y patologización

De manera paradójica, la letra de la ley reconoce la estigmatización y discriminación a la que están sometidas las personas que, en los términos de la norma, padecen por sus trastornos alimentarios. Así, el inciso g del artículo 3 propone acciones tendientes a eliminar estas prácticas. El mismo compromiso establecido en la pacificación y en el desmantelamiento de la violencia hacia las personas gordas funciona desde preceptos discriminadores tanto en lo social como en lo laboral y en lo educacional. Si el bienestar psicosocial de las personas gordas ha sido el objetivo de la ley (por lo menos así lo presenta la moralina de sus defensores), la posible pregunta pasa por saber por qué la discriminación no ha sido entonces el eje vector de ninguno de los proyectos. La discriminación aparece en la ley como un factor o efecto secundario. Aunque está reconocida, no se establecen pautas específicas para su abordaje. Frente al silencio de la ley se abre un escenario de abandono importante de nuestras vidas. Este silencio deja en claro el papel principal que tiene la mercantilización de nuestras vulnerabilidades pero no la disputa política por nuestro lugar en el mundo.

De hecho, el artículo 17 que establece que toda negativa al requerimiento de una persona obesa por parte de los proveedores de bienes o servicios con destino al público en general será considerada acto discriminatorio en los términos de la Ley 23.592 ha sido celebrado sin crítica alguna. Como activistas gordxs señalamos que el único artículo destinado a proteger a las personas gordas frente a los abusos de compañías aéreas o de otros medios de transporte, medicinas prepagas, etc. requiere de la patologización previa para acceder al reclamo discriminatorio. Así como en las épocas anteriores a la sanción de la Ley de Identidad de Género se requería un diagnóstico de disforia de género como condición para acceder a tratamiento y cambio registral, hoy debemos autoenunciarnos como enfermxs obesxs para obtener la protección de la ley ante los abusos de proveedores de bienes y servicios. Asimismo, no debemos dejar de considerar

que hay una brecha muy grande entre la discriminación padecida y las posibilidades concretas de acceso a la justicia. Por un lado, por el desconocimiento público de lo que, en potencia y con las salvedades patologizantes que ya resaltamos, podría ser una herramienta de autodefensa y de intervención ante la violencia gordofóbica. Por otro lado, porque para acceder a esta defensa hay que ser consumidor. Creemos que este artículo por sí solo, sin ser entretelado con estrategias más amplias sobre la normalización de los cuerpos y el problema político del acceso a determinados bienes y servicios, nada dice sobre la injusticia económica o la internalización del silencio como norma social.

Dentro del paradigma patologizante no hay estrategias para poner límites en las experiencias discriminatorias que atraviesan las personas gordas que tengan que ver con el empoderamiento o la reflexión política sobre el cuerpo, sino que son instrumentos paternalizantes y filocristianos de proteccionismo estatal sólo para esos cuerpos que están en proceso de cura y rectificación normativa. La discusión acerca de cómo las dinámicas y las lógicas de producción de plusvalor del capitalismo cultural contemporáneo diagraman deseos industrializados de corporalidades coloniales, cisgéneros, occidentalizadas, capacitistas, etc. no se ve nunca puesta en crisis. Nuevamente, es ingenua la intervención que se supone efectiva de esta ley, puesto que no hay estrategias para dismantelar las redes de exterminio y violencia psico-emocional a las que estamos expuestas las personas gordas con una cultura que simboliza nuestros cuerpos como una plaga a ser exterminada, y una herida permanente que solo se sana cuando se logra adelgazar.

Muchos de los miedos sociales presentes en la redacción de los proyectos y de la ley finalmente sancionada, como venimos sosteniendo anteriormente, involucran un entramado complejo de opresión material que se vincula y retroalimenta con estructuras simbólicas sobre nuestros cuerpos donde la gordura, entendida como enfermedad, se codifica, en suma, como una amenaza interruptiva de reproductibilidad social que funciona como norma en un presente compulsivamente heterosexualizado. Esta

dimensión la podemos observar cuando cruzamos la letra de la ley con los saberes comunes y las imágenes gordofóbicas disponibles sobre nuestros cuerpos. Para nosotrxs, en esta dimensión que estamos pensando aquí sobre cómo son construidas las tecnologías de discriminación y sus supuestas estrategias de resistencia y denuncia por parte de la ley, no pueden obliterar la inteligente concatenación entre los afectos políticos que son establecidos de manera arbitraria y obligatoria como consecuencia de la gordura (depresión, imposibilidad de ser amadx, soledad crónica, autoestima estallada) y su productividad en el momento de establecer soluciones y respuestas posibles que combatan la opresión que opera sobre nuestros cuerpos.

Nos interesa preguntarnos de qué manera son construidas las posibilidades de resistencia frente a la presión social que recibimos las personas gordas, en un proyecto en el que las formas de amalgamar el dolor, de torcer la opresión, implican negociar nuestra carne y aceptar la derrota eugenésica de abandonar nuestra existencia como personas gordas. Cómo es posible establecer como parámetro de reformulación y cuidado para las infancias y los adolescentes (como estaría propuesto en el Art. 10 de la Ley), imágenes que continúan criminalizando nuestra gordura, mediante la extorsiva proyección del miedo a la soledad, que en términos sexopolíticos, no es otra cosa que la crisis de la reproductibilidad social. En este sentido, las imágenes y los paisajes psico-emocionales que tendrían que ser llevados adelante en el diseño de modos estratégicos comunes de resistencia a la violencia simbólica, tendrían que implicar la construcción de mundos posibles donde la diversidad corporal sea una garantía, y una necesidad imperiosa, para el ejercicio placentero de nuestras vidas. Insistimos: no se trata solamente de intervenir en la reproductibilidad de imágenes que multiplican cuerpos normados, sino justamente, de establecer imaginarios que pongan en crisis o discutan de manera transparente las intrincadas mercadotecnias del deseo que operan desde la fobia hacia lo diverso, estructurando y multiplicando formas de agenciar el placer, la libertad, y el goce de formas normalizantes. Vemos entonces, que allí, en la forma en la que están entreteladas las dinámicas del

deseo, de la reproductibilidad social, las representaciones sociales de nuestras gorduras y los afectos disponibles sobre nuestras existencias existen complejas formas de administración, gestión y producción capitalista que podrían ponerse en riesgo con el ejercicio de formas de percepción de nuestro cuerpo gordos que pongan fin al odio. Allí radica también nuestro potencial peligro.

Gordura e injusticias socioeconómicas

También resulta preocupante que esta forma de pensar a la gordura como un problema y trastorno no tenga un encuadre que apunte a poner en jaque la redistribución de la riqueza, el acceso al alimento, las condiciones laborales de los cuerpos que engordan, el por qué engordan quienes engordan y cómo lo hacen, con las particularidades regionales que suelen olvidarse a la hora de condenar ciertos alimentos y los modos de comensalidad. Es decir, cautelosamente se olvida el derecho a la alimentación que tienen todxs lxs habitantes en un país que produce suficientes alimentos para que nadie pase hambre pero donde las tasas de desnutrición son aún altas y causan muertes⁹.

De la misma manera, la preocupación de la ley está en la construcción de nuevos espacios burocratizantes de la salud, pero no está acompañada de una crítica real por la que se explique o se justifique el acceso a la salud pública. La pregunta sería entonces hasta cuándo, y cómo y dónde es posible establecer límites y pautas para

9 Como dice Aguirre: "Resulta asombroso que en un país de clima templado, los productos frutihortícolas tengan precios comparables a la carne bovina que necesita un proceso industrial más caro y complejo, sin embargo, ésta es una relación histórica dependiente de las características de la comercialización frutihortícola, en mercados concentradores con altos precios de intermediación, lo que hace que finalmente estos productos lleguen al consumidor a un precio similar a la carne, lo que condiciona que los pobres no los prefieran". (Aguirre Patricia: *Los alimentos rendidores y el cuerpo de los pobres*).

que el negocio privado de las grandes especulaciones gordofóbicas y las industrias normativas de los cuerpos, cedan espacio para la intervención del Estado y políticas públicas que beneficien verdaderamente a la población y al acceso regulado y de calidad en términos de alimento, cosa que no significa que haya menos gente gorda como horizonte de normalidad deseable.

Lejos estamos de los vientres burgueses de la modernidad y de la democratización de las gorduras de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. A nivel mundial, hoy se entiende que la obesidad es inversamente proporcional al nivel de ingresos¹⁰. De todos modos, debemos repensar la diada "ricxs flacxs" y "gordxs pobres"¹¹, puesto que la verificación objetiva de esa aseveración no alcanza a dar cuenta de los matices del dispositivo de corporalidad actual, cuestión que, de todos modos, excede el propósito de este artículo.

Concluyendo

De este ejercicio de lectura crítica de la ley que hemos intentado nos quedan interrogantes y reflexiones que deben ser ahondadas y discutidas de manera más amplia. La medicalización del control del peso corporal ha llegado al absurdo científico de considerar que el sobrepeso y la obesidad son los grandes culpables de todos los problemas de salud de la población. Pues no debemos olvidar que la respuesta legislativa ha sido una estrategia a nivel mundial para responder al peligro social que representa la gordura en un mundo que, desde hace más de un siglo, ha emprendido una verdadera cruzada contra la gordura no por razones

10 Vigarello, Georges, op.cit, pág.259.

11 Ver, por ejemplo, Aguirre, Patricia: *Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis*. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010 o de Sebastián, Luis: *Un planeta de gordos y hambrientos. La industria alimentaria al desnudo*. Editorial Ariel, Barcelona, 2009.

sanitarias sino por razones políticas y económicas¹². Más que garantizar el acceso a la salud y tratamientos para todas las personas que lo requieran, leyes como la argentina estigmatizan a un vasto sector de la población. Este tipo de legislación nos deja con más preguntas que respuestas. ¿Por qué hay un imperativo de cambiar el cuerpo gordo? ¿Por qué se garantiza el acceso a la salud sólo si tiene que ver con transformar ese cuerpo gordo? ¿Por qué no se garantiza el acceso a la salud de todas las personas, sin importar su talla?

Que quede dicho claramente: lxs activistas discutimos que la gordura sea en sí misma una enfermedad y discutimos que sea por sí sola un factor de riesgo para otras afecciones consideradas graves. Asimismo, denunciamos la fuerte carga moral y discriminatoria del discurso médico que se materializa en leyes como la que hoy comentamos. Denunciamos también los intereses comerciales de quienes lucran con la venta de productos y tratamientos adelgazantes, tengan o no aval médico. Nosotrxs queremos hablar de diversidad corporal y discutimos esa ficción de cuerpo normal/saludable que es delgado, atlético y fibroso y que presenta únicamente dos extremos desviados: gordura y anorexia. Como desde hace décadas movimientos de la diversidad funcional, feministas, lesbianas, trans e intersexuales, ponemos en cuestión el modelo paternalista de la medicina y su jurisdicción absoluta sobre los cuerpos y las vidas de lxs pacientes/padecientes.

Porque no se puede hablar de gordura sin referirnos al cuerpo y al sujeto allí encarnado. Desanudar estas ligazones desde el discurso médico experto que informa el discurso legal supone obliterar la experiencia propia del cuerpo (del tamaño que sea), que es algo personal, distintivo y único, como lo es la identidad de género. Y leyes como la que hoy consideramos son una respuesta higienista contra el peligro social y, como tal, invaden la intimidad y la libertad de las personas en aras de la salud pública. Más allá del presupuesto discriminatorio invisibilizado que supone este discurso legal gobernado

12 Ver Vigarello, Georges, op.cit. pág. 261.

por definiciones patologizantes del peso corporal, ya se han levantado voces esgrimiendo el derecho a ser gordx¹³ o, más bien, el derecho de las personas a ser de cualquier tamaño. Creemos que este es el piso mínimo desde el cual debemos exigir ser reconocidxs y tratadxs como sujetos de derechos y ya no como víctimas o enfermxs.

13 Ver el trabajo de Yofi Tirosh o el de Anna Kirkland, entre otros. Como dice Yofi Tirosh, el derecho a ser gordx supone el derecho a permanecer libre de la intervención gubernamental o social respecto del propio peso, sea de manera directa o indirecta.

NEOLIBERALISMO MAGRO¹

Laura Contrera y Nicolás Cuello

La alocución oficial del ministro Prat Gay², plagada de guiños y frases ocurrentes, desató polémica. Lxs foristas de La Nación, ante la furia por el uso discriminatorio del término “grasa” que sobrevoló las redes sociales, se indignaron por la ignorancia popular: “Cut the fat” es una expresión económica que sugiere ese corte necesario de lo que sobra para mejorar la productividad. Así, el ministro canchero, sugirió que el ensañamiento de su gobierno con el trabajo estatal no es más que quitar el remanente inservible, sacarse de encima lo que no permite avanzar, lo que molesta, lo indeseado. El ñoqui grasa que sólo le pesa al músculo magro que debe ser el brazo del Estado neoliberal y la mano leve, imperceptible, del mercado, que se deshace de lo que está de más.

No es novedoso que las derechas recurran a terminología injurianta para poner en caja las aspiraciones populares y señalar el buen orden jerárquico que debe imperar en la sociedad. Grasa no es cualquier término en nuestro contexto histórico-político. Pero, por otro lado, el sesgo

¹ Texto publicado en *Página12*, sección Opinión, el día domingo 17 de enero de 2016.

² El 13/01/16, el ministro de Hacienda y Finanzas de Argentina, Alfonso Prat Gay, brindó una larga conferencia de prensa. Entre otras frases polémicas, además de algunas definiciones en materia macroeconómica, el funcionario se refirió a los miles de despidos en diferentes organismos estatales de una manera poco feliz: “Encontramos un Estado vacío de contenido y lleno de militantes”, dijo. Y agregó: “No vamos a dejar la grasa militante, vamos a contratar gente idónea”.

economicista de la frase nos presenta un escenario que desde el activismo gordo venimos denunciando. La grasa como cosa que se extiende por los cuerpos populares y la gordura como pandemia a exterminar, deben ser vistas desde una perspectiva de clase. Siempre la gordofobia tiene como latencia la criminalización de la pobreza, el devenir gordo pobre, el devenir sucio, el devenir gorda trabajadora pública, el devenir justamente ñoqui a ser despedidx.

Cortar la grasa, reducir el excedente es una operación que simboliza el llamado eugenésico de las políticas neoliberales. No sólo se trata del recorte precarizante y de reducción del empleo (público o privado), sino que funciona como metáfora del cuerpo exigido por los dispositivos de producción normados contemporáneos. Eliminar la grasa implica eliminar esos vestigios y signos que hacen del cuerpo un cuerpo improductivo, un cuerpo salvaje, un cuerpo bruto, bárbaro, molesto, incómodo, cabeza, negro y grasa; un cuerpo que desde el desprecio por sus desmesuras desobedece el patrón corporal de este sistema político donde triunfa la "estación saludable" y el descenso de peso de una candidata la catapulta al éxito electoral.

Eliminar la grasa del Estado no sólo es persecución ideológica, es también eliminar el excedente de alteridad que simboliza en el estadio actual del capitalismo neoliberal local, las referencias a los cuerpos otros, a los cuerpos de clases populares, a los cuerpos no sofisticados. Eliminar la grasa es en esa expresión reducida el punto de encuentro de una ansiedad clasista, xenofóbica y gordofóbica.

TRADUCCIONES, TRÁFICOS, REAPROPIACIONES

LA VIDA EN EL FAT UNDERGROUND¹

Sara Golda Bracha Fishman²

Traducción libre: Maia Crantosqui

Las personas del sur de California tenemos reputación de irnos a los extremos y de llegar ahí antes que nadie más. No es casual que Hollywood, que le vendió al mundo (vía cine) la idea de que solo las personas delgadas merecen respeto, también produjese su primer antítesis: el *Fat Underground*.

El *Fat Underground* estuvo activo en Los Ángeles durante la década de 1970. Desde una perspectiva feminista, sostuvo que la cultura norteamericana teme a las gordas porque teme a las mujeres fuertes, particularmente su sensualidad y su sexualidad. El *Fat Underground* hizo uso de una retórica fuerte: *Los doctores son el enemigo. La dieta es genocidio*. Algunos amigos del mainstream -académicos simpatizantes y otrxs del activismo temprano por el derecho de las personas gordas- recomendaron bajar el tono pero, finalmente, aceptaron muchas de las ideas de base del *Fat Underground* como propias.

¹ Originalmente publicado en el número de invierno de la *Radiance Magazine for large ladies*, del año 1998.

² Sara Golda Bracha Fishman fue una de las fundadoras del *Fat Underground* a comienzos de los '70 y distribuyó publicaciones sobre Liberación Gorda más tarde en esa década. Ella es conocida con varios nombres, incluyendo Aldebaran y Vivian F. Mayer. Sara ahora enseña y escribe sobre ciencia y espiritualidad judía en Worcester, Massachusetts.

Precursorxs

Radical significa "raíz". Los movimientos radicales de liberación raramente tratan de cambiar las leyes discriminatorias. En su lugar demandan un cambio que esté al nivel de los valores sociales fundamentales, que son vistos como la raíz de las leyes humanas. Estos valores no afectan sólo la legislación, afectan también la manera en que las personas se ven y se tratan unas a otras en las interacciones del día a día. Estos valores influyen la imagen que los individuos tienen de sí mismos, alentando actitudes de auto-odio y comportamientos derrotistas en miembros de aquellos grupos a los que la sociedad considera "inferiores". Este modo de entender la situación fue el motor detrás del movimiento de Terapia Radical (Radical Therapy), gran precursor del *Fat Underground*. Terapia Radical se desarrolló en los primeros años de la década del '70, con un espíritu confrontativo que increpaba a los profesionales de la salud mental convencional. La psicoterapia convencional, pone el énfasis en cambiar a los individuos "inadaptados"; lxs terapistas radicales criticaron este abordaje por "culpar a la víctima". Pedían "cambien a la sociedad, no a nosotrxs". Lxs practicantes de la Terapia Radical (o psiquiatría radical, como algunxs la llamaron) se enorgullecían de no tener ninguna acreditación profesional. Los grupos de apoyo en donde articulaban eran también un campo para la formación del activismo social.

Uno de sus conceptos principales era que la opresión no se cuestiona cuando se "mistifica". O sea, cuando su verdadera naturaleza queda oculta. Los opresores no dicen: "Vamos a torturarte hasta que te sometas a nosotros". Dicen (y muchas veces se lo creen): "Este tratamiento puede parecer doloroso e injusto, pero es por tu propio bien". Un ejemplo puede ser la práctica de "proteger" a las mujeres del acoso sexual negándoles el acceso a la educación o el empleo en ámbitos predominantemente masculinos. El *Fat Underground* consideró que los tratamientos médicos para la pérdida de peso eran una forma de opresión mistificada.

Otro precursor importante del *Fat Underground* fue el movimiento del *Orgullo Gordo*, que comenzó en 1969 con la creación de la NAAFA (*National Association to Advance Fat Acceptance*, Asociación Nacional para Promover la Aceptación de lxs Gordxs). En esos días se le daba el nombre más ambiguo de Asociación Nacional para Ayudar a Gordxs Estadounidenses. Entonces, como ahora, el objetivo de la NAAFA era la total igualdad social y aceptación de las personas gordas dentro de la sociedad existente.

Dentro de la literatura sobre el Orgullo Gordx que estaba disponible a comienzos de los '70, se encontraba el libro *Poder Gordo* (Howlton Books, 1970) de Llewellyn Louderback. Esta obra innovadora documentó el aumento de la discriminación a lxs gordxs de la mano del crecimiento de la industria de la dieta. Ambos, argumentaba Louderback, se apoyaban en mayor medida sobre prejuicios que sobre evidencia médica o resultados comprobados.

Prehistoria

En 1972 un grupo de mujeres de Los Ángeles se contactó con el Centro de Psiquiatría Radical de Berkeley, California, para pedirles que las formen como terapistas radicales. Poco después, formaron el colectivo *Terapia Radical* y comenzaron grupos de apoyo para mujeres en Los Ángeles. Entre ellas estábamos dos fundadoras del *Fat Underground*, Judy Freespirit y yo.

La teoría sobre la gordura que enseñaban entonces los psiquiatras radicales de Berkeley seguía la corriente convencional estadounidense con un toque de retórica agregada: Sos gordx porque comés demasiado y comés demasiado porque estás oprimidx. Aparentemente, cualquiera que viva la vida de unx revolucionarix social debe ser delgadx. Con este criterio, de alguna manera, Judy y yo nos quedábamos atrás, con respecto de otras terapistas radicales. Nadie nos criticó por

esto abiertamente, sin embargo, el problema estaba destinado a plantearse.

Y se planteó, con una invitación a nuestro colectivo para hablar sobre Terapia Radical en un colegio local. Trabajábamos de a pares, pero cuando Judy y yo nos ofrecimos para esta invitación en particular, el colectivo se opuso. Luego de un breve e incómodo silencio, una integrante sumó el coraje para decir qué andaba mal: "las dos tienen sobrepeso". Tácitamente, pero entendido por todas, estaba el hecho de que ser representadas sólo por mujeres gordas dañaría la credibilidad de nuestro grupo.

A su favor, el colectivo superó sus temores y nos autorizó a ir juntas a hablar. Decidimos utilizar la reacción negativa prevista de nuestra audiencia, como una plataforma desde la que empezar a discutir cómo los estándares sexistas oprimían a las mujeres.

Dejando de lado la Teoría feminista, la experiencia con el colectivo fue humillante. Yo decidí, nuevamente tratar de bajar de peso. Una visita a la biblioteca pública de Hollywood, tuvo como resultado los libros sobre dietas de siempre y también *Poder Gordo*. Encontré interesante la historia de Louderback sobre las actitudes anti-gordas. Pero sus afirmaciones médicas y nutricionales eran extraordinarias. Eventualmente, se convertirían en el núcleo de los argumentos médicos del *Fat Underground*, así que los resumiré aquí.

Primero, en promedio, la gente gorda no come más que la gente flaca. Segundo, las tasas de éxito de las dietas reductoras, incluso de aquellas más "razonables" supervisadas por médicos, son extremadamente pequeñas: apenas un 1 o 2 por ciento. Tercero, las personas gordas que viven en entornos donde no se las juzga, están libres de, al menos, uno de los problemas de salud (ataque al corazón) que más comúnmente se asocian al ser gordx.

El libro de Louderback estaba escrito en un estilo periodístico sin notas al pie, sin embargo, las citas dentro del texto me dieron la posibilidad de chequear las fuentes que, ciertamente, respaldaban sus argumentos. No se trataba de oscuros artículos de investigación. No, venían de documentos de la salud pública, que reunían

años de investigaciones publicadas, al alcance de cualquiera con acceso a una biblioteca. Más importante, sus descubrimientos resonaban en la experiencia de una mujer (yo) que había estado a dieta, casi continuamente, desde los doce años y que, aun así, era gorda.

A *Poder Gordo* le faltaba análisis político y la Terapia Radical se lo proveyó. La creencia de que la gente gorda sólo era gente delgada con malos hábitos de alimentación, podía ser vista ahora como parte de un sistema de opresión mistificada. Con el estímulo de Judy presenté esta idea en el colectivo de Terapia Radical. Las respuestas fueron variadas, pero, en general, positivas. Judy y yo nos contactamos con el NAAFA y formamos una agrupación en Los Ángeles, reclutamos seis miembros activxs, mujeres y hombres.

Desde el comienzo, nuestra pequeña agrupación en la NAAFA tomó una posición de choque con respecto a lxs profesionales de la salud. Lxs acusamos -a doctores, psicólogxs y funcionarixs de la salud pública- de ocultar y distorsionar diversos hechos sobre la gordura, que estaban incluidos en las publicaciones de sus propios artículos de investigación profesional. Al hacer esto, nos traicionaban y le hacían el juego a la industria multimillonaria de la pérdida de peso, que explotaba el temor a ser gordx y el rechazo hacia lxs gordxs para hacer más dinero. Manifestamos que la gente gorda era gorda por su propia biología y no por hábitos alimenticios y que la "cura" -hacer dieta- en realidad causaba enfermedades que iban desde ataques al corazón hasta desórdenes alimenticios. Rechazábamos la pérdida de peso como una solución a los problemas de lxs gordxs.

Al principio, nos apoyamos en las fuentes de *Poder Gordo* para sostener nuestro ataque a los profesionales de la medicina. Más o menos un año después, Lynn Mc Affee (Lynn Mabel-Louis), que trabajó en una biblioteca médica, se unió al grupo. Ella nos mostró la forma de acceder a estas bibliotecas y encontrar información en las mismas publicaciones científicas. Así pudimos citar fuentes directas y dar argumentos científicos para respaldar la liberación de lxs gordxs. Lo que nos consiguió el apoyo de algunos profesionales de la salud convencionales.

En esos días anteriores a la Internet, una forma importante de difundir un mensaje era ganarse el apoyo de varios grupos existentes que ya tenían acceso a varios medios. Hacia el final, escribimos documentos de posición y presionamos a agrupaciones de izquierda y organizaciones académicas de salud para que nos escuchen. También contactamos estaciones de radio y televisión nosotrxs mismxs. Al estar en Los Ángeles, teníamos acceso a las oficinas de las cadenas nacionales de TV y participamos en varios especiales sobre gordura y dietas en los Estados Unidos. Estas experiencias fueron siempre frustrantes. Las cadenas usaban a los médicos para presentar datos sobre el peligro de ser gordx. Nosotrxs "gorditxs incorregibles" eramos presentedx solo para interés humano. Tan pronto como intentábamos presentar nuestros propios datos médicos, se paraba de filmar y éramos reemplazadx por el siguiente grupo de invitedxs al estudio.

Nuestra actitud de choque, eventualmente atrajo la atención de la NAAFA. Aunque algunxs de sus líderes nos aplaudían de puertas para adentro, oficialmente se nos decía que teníamos que bajar el tono y también ser mas reservedxs acerca de nuestra ideología feminista, para la cual la mayoría de los miembrxs de la NAAFA aun no estaba preparada.

En respuesta, renunciamos a la NAAFA. El nombre de nuestro nuevo grupo, Fat Underground, fue sugerido por Judy Freespirit; sus iniciales expresaban nuestros sentimientos³. Eramos un hombre (que pronto se fue) y cuatro mujeres. Judy y yo redactamos el *Manifiesto de Liberación Gorda* a finales de 1973. En él, nos expresamos sobre la alianza entre el Fat Underground y la izquierda radical y nuestra intención de luchar contra la industria de la dieta. Pero, como se vio después, primero tuvimos que luchar contra un enemigo mucho más personal: nuestra "deteriorada" identidad femenina.

3 N. de T.: Las siglas de Fat Underground, F.U, también pueden leerse como la reducción de Fuck You (váyanse a la mierda).

¿Qué? ¿Hermosa, yo?

Temprano una mañana, una integrante telefoneó a otras diciendo "Nos tenemos que reunir inmediatamente, tengo algo de lo que quiero hablar". Había estado leyendo al sociólogo Erwin Goffman, sobre cómo las personas que son negativamente estereotipadas, desarrollan rasgos de personalidad y comportamientos que les permitan sobrellevar sus "identidades arruinadas". Nos reunimos rápidamente en la *pequeña* casa de estuco de Ariana y allí nos expuso sus preguntas: ¿por qué no nos vemos las unas a las otras como seres sexuales? ¿Por qué no eramos sexualmente activas? ¿Por qué ni siquiera hablábamos sobre sexo? Era verdad. En el ambiente rebosante de sexualidad de los '70, donde sexy era sinónimo de bueno nosotras cumplíamos el estereotipo de la "gorda incogible". La mejor amiga de todxs, la amante de ningunx.

Así que empezamos a hablar. No recuerdo si llegamos a alguna verdad profunda ese día, recuerdo sí, que hicimos algunos chistes muy buenos. Pero hablar del asunto nos llevó a una maraña de temas relacionados que logramos sacar a la luz durante el año siguiente.

Ariana tenía acceso a una cabaña en un bosque apartado en la montaña, a una hora en coche desde Los Ángeles. Allí hacíamos retiros ocasionales de fin de semana. Tomábamos sol en un claro frente a la cabaña. Hablábamos o dormíamos o leíamos todo el día. Cocinábamos las comidas con las que habíamos fantaseado mientras estábamos a dieta y comíamos porciones dobles o triples y, después, postre. Sin Culpa.

La reclusión, la ausencia de hombres, la abundancia de simple bienestar físico, puso en relieve la costumbre de vernos a nosotras mismas "del cuello para arriba". A todas nos habían dicho alguna vez "tenés una linda cara". Decidimos que, a partir de entonces, también éramos lindas del cuello para abajo. Pero semejante cambio necesitaba de una nueva estética. Aprendimos sobre las imágenes de las antiguas diosas, como la pequeña y redonda Venus de Willendorf, con sus pechos grandes y ovalados que caían sobre una panza perfectamente esférica. Hablamos de

aprender la Danza del Vientre. Redefinimos la flacidez en términos que podrían haber salido de la bíblica *Cantar de los Cantares*. En palabras de Lynn: "tu panza es como el mármol, tus brazos son como el océano". Reemplazamos a las guerreras amazónicas del feminismo con nuestras propias imágenes de enormes y blandas Madres Tierra.

Una base de apoyo más amplia

Para entonces, Terapia Radical se había convertido en una fuerza importante dentro de la comunidad feminista radical local. El RFTC (Radical Feminist Therapy Collective, Colectivo de Terapia Radical Feminista) operaba desde el Centro de Liberación de la Mujer. Judy y yo éramos activas en el RTFC y la Liberación Gorda se benefició por asociación.

En torno a nosotras había crecido un grupo reducido de mujeres gordas que, aunque no se sentían lo suficientemente audaces como para unirse al *Fat Underground*, reconocían que la Liberación Gordx tenía algo importante que decirles y querían mantenerse en contacto. Para ellas, el RFTC, dio origen a un grupo de Apoyo para Mujeres Gordas (Fat Women's Solving-Group). Los objetivos de este grupo eran ayudar a sus miembros a dejar las dietas y construir su autoestima.

En Agosto de 1974, la comunidad feminista de Los Ángeles realizó una celebración para el Día de La Igualdad de la Mujer, llenando un parque local de pancartas y stands. Miles de mujeres se reunieron allí, disfrutando del sol, de las multitudes y de la atmósfera de hermandad. Entre los montones de stands había uno del *Fat Underground*. Varias semanas antes, había muerto la cantante de rock Cass Elliot, de *The Mamas & the Papas*. Sólo tenía 33 años. Cass se había convertido en una estrella -un ícono incluso- para nuestra generación, a pesar de ser muy gorda. Previsiblemente, la prensa ensució su memoria. La noticia, ampliamente extendida, era que se había ahogado

con un sándwich de jamón. En realidad, Cass había estado a dieta al momento de su muerte, y estábamos seguras de que su fallecimiento era consecuencia de complicaciones producto de su dieta.

En la celebración por el Día de la Igualdad de la Mujer había un escenario y un micrófono abierto. Cuando llegó nuestro turno, las integrantes del *Fat Underground*, las del Grupo de Apoyo para Mujeres Gordas y algunxs de nuestrxs amigxs fuimos hacia allá. Llevábamos velas y usábamos brazaletes negros, marchando en un cortejo fúnebre simbólico. Lynn habló, empezó por describir lo inspiradora que Cass Elliot había sido para nosotrxs, como gorda que se negaba a esconder su belleza. Finalizó acusando al establishment médico de matar a Cass y de (por promover la pérdida de peso, a pesar de sus riesgos conocidos), cometer genocidio contra las mujeres gordas.

Durante las semanas siguientes, fuimos las heroínas locales. El periódico feminista de Los Ángeles, *Sister*, le dedicó una página completa de su siguiente edición, a la Liberación Gordx, con una foto de nuestro acto en la celebración por el Día de la Igualdad de la Mujer en la portada. Públicamente, al menos, las feministas radicales locales comenzaron a reconocer a la opresión de las mujeres gordas como un problema que tendrían que tomarse seriamente.

El número de integrantes del *Fat Underground* aumentó brevemente al incorporarse nuevas personas; entonces, igual de rápido, nuevos y viejos integrantes abandonaron. Ideologías, personalidades, prioridades y cambios de parecer de último momento, todos, jugaron su rol en la salida. Una de las fundadoras, que se fue, lo explicó: "Va a tomar demasiado tiempo cambiar las ideas que la sociedad tiene de la gordura y yo quisiera poner mis esfuerzos en algo que tenga éxito mientras siga viva". Ella se unió a otros grupos feministas y continuó promoviendo la Liberación Gordx dentro de ellos. En el otoño de 1974, el *Fat Underground*, otra vez, tenía sólo cuatro integrantes: Lynn, Gudrum Fonfa, Reanne Fagan y yo.

Continuamos dando talleres y leyendo bibliografía médica. Creamos coaliciones con otros grupos feministas para planificar actividades por toda la ciudad y asegurarnos

de que los intereses de las mujeres gordas fueran tenidos en cuenta en ellas. El Colectivo de Terapia Feminista Radical formó un segundo grupo de Terapia Radical de mujeres gordas.

Alrededor de 1975, comenzamos con un nuevo tipo de actividad: asediar instituciones locales dedicadas a la pérdida de peso. En una movida ya conocida, asistiríamos a "charlas introductorias gratuitas", pretendiendo a querer comprar una dieta que nos cure. Pero cuando el conferencista diese lugar a las preguntas, refutaríamos la teoría médica del programa y sus porcentajes de éxito. Nuestra meta era hacer tambalear la confianza en el conferencista y que pierda clientes.

Una vez, interrumpimos un gran seminario en una prestigiosa universidad sobre modificaciones en comportamientos. Para esta ocasión, reclutamos a todxs nuestrxs amigxs gordxs. Como siempre, algunxs de nosotrxs nos sentamos entre el público, preparadxs para realizar preguntas que cuestionaran la validez de la teoría de la modificación del comportamiento aplicada a la pérdida de pesos. Este era el plan B, en caso de que el acto central fallara. Pero el plan A salió perfecto. Justo en el medio del programa, Lynn dirigió a veinte mujeres de gran tamaño al escenario. Ella le quitó el micrófono de las manos a una atónita conferencista y durante un minuto habló ella sola. Entonces, tan rápido como aparecieron, las mujeres se fueron. Desde la audiencia, vi lo que pasó después. La moderadora, con voz temblorosa al principio, rompió el silencio confuso con una broma: "¡Miren cuánto ejercicio lograron hacer! ¡Recorrieron todo el camino hasta el fondo del auditorio y todos los escalones del escenario y todo el camino de vuelta!". Una buena en esos años: en 1975, Lynn Mabel-Lois fue oradora invitada en una serie de manifestaciones que se hicieron por toda la ciudad en protesta por los crímenes contra las mujeres. Lynn denunció que las cirugías para bajar de peso eran una forma de opresión mistificada. Y argumentó que procedimientos como el bypass gástrico y la inmovilización de mandíbula, eran consideradas una cura en lugar de una mutilación bárbara, porque la gordura era vista como un problema para las mujeres.

Una mala en esos años: en 1976 docenas de mujeres gordas y nuestrxs amigxs le hicimos un piquete a una importante cadena de televisión, porque, en nuestra opinión, tergiversó al *Fat Underground* en un reportaje sobre pérdida de peso. Sin embargo este histórico "debut" pasó prácticamente desapercibido. A pesar de la gran difusión previa al piquete, tanto por parte de los medios principales como de los alternativos, sólo una periodista cubrió el evento. Y estaba allí porque era amiga nuestra.

El "Nuevo" *Fat Underground*

En el verano de 1976, un conflicto político muy grande dividió al RFTC. La cuestión implicada no estaba relacionada directamente con la Liberación Gordx. Aun así, por estar el RFTC y el *Fat Underground* tan entrelazados, la división fue un duro golpe. Todos lxs miembros principales, excepto Reanne, pronto se mudaron fuera del estado. Como yo soy una de las que se fue, me baso en los recuerdos de Sheri Fram, que en ese momento era nueva en el *Fat Underground*, para completar la historia.

Para 1976, el *Fat Underground* ya era reconocido localmente, además de ser una voz con legitimidad en las movidas por la Liberación de la Mujer. Ahora los grupos feministas las invitaban a hablar. Una relación especialmente fructífera se dio con el *Programa de Estudios de la Mujer* de la Universidad Estatal de California en Long Beach que invitó al *Fat Underground* a declarar ante la Junta de Control de Calidad Médica del Estado de California, sobre los abusos cometidos en la prescripción de anfetaminas para bajar de peso. El estilo confrontativo de años anteriores fue dejado de lado, sin embargo el sentido de urgencia continuaba como antes. En palabras de Sheri, "Cada evento, cada posibilidad de ser escuchadxs, se sentía como una oportunidad que no nos podíamos dar el lujo de perder." durante los próximos años, lxs miembros fueron y vinieron. Sheri y Reanne se

mantuvieron como el soporte del grupo, hablando cada vez que podían. Mientras tanto, las noticias sobre grupos de Liberación de Mujeres Gordas desarrollándose en otras ciudades, daban ánimo y apoyo. Se formó una red que, eventualmente, se convirtió en el movimiento de aceptación de la gordura de hoy.

En junio de 1982 Reanne fue diagnosticada con cáncer de mamas. Un año después, se le encontró otro tumor. Murió en Noviembre de 1983. El *Fat Underground* murió con ella.

Mientras preparaba este artículo, le pregunté a varixs de lxs miembrxs sobrevivientes del *Fat Underground* "¿Qué logramos?". Acá van fragmentos de sus respuestas:

Judy Freespirit: "Al principio, la gente se reía cuando les hablábamos de la *Liberación Gorda*. Ahora... hay cientos de miles de activistas gordxs y aliadxs por todo el mundo".

Ariana: "Aprendimos a reformar nuestras mentes y nuestras vidas, no nuestros cuerpos, a pesar de una tremenda presión para hacer justamente lo contrario".

Sheri Fram: "Generamos una grieta en la monolítica industria de la dieta y la pérdida de peso y, lentamente, comenzamos una revolución".

Gudrum Fonfa: "Refutando el dogma de la industria de la dieta y rechazando la estética de la cultura patriarcal, [hicimos] una activista de cada mujer gorda que se liberó a sí misma de ser humillada toda su vida".

Lynn Mabel-Lois: "Éramos lo suficientemente audaces para entender qué eran las tasas de fallo y criticar a la profesión médica. Expresamos nuestra rabia y contraatacamos".

MANIFIESTO DE LA LIBERACIÓN GORDA⁴

Judy Freespirit y Sara Fishman, Noviembre 1973
Traducción libre: redacción revista *Una buena barba*
(Nro. 3, julio 2011)

Publicado originalmente por Fat Underground, Los Angeles, California, EEUU. Presentado como servicio público por Largesse, la Red por la Auto Estima de Talla.

El año pasado murió una de las pioneras del fat activism, Judy Freespirit. Luchó sin cesar por la liberación gorda, feminista, y queer hasta el día de su muerte. Su manifiesto, reproducido bajo estas líneas, sigue siendo uno de los recursos claves dentro del movimiento.

1. NOSOTRXS... creemos que la gente gorda merece total respeto y reconocimiento.
2. NOSOTRXS estamos cabreadxs por el desprecio recibido por intereses comerciales y sexistas. Estos intereses han explotado nuestros cuerpos como objetos del ridículo, creando un mercado que se beneficia de la falsa promesa para evitar ese ridículo.
3. NOSOTRXS vemos nuestra lucha como aliada de otros grupos marginados por clasismo, racismo, sexismo, discriminación por edad, explotación financiera, imperialismo y similares.
4. NOSOTRXS exigimos los mismos derechos para la

⁴ N. de T.: Este documento puede ser libremente copiado y distribuido completamente para uso no-comercial promoviendo el empoderamiento de la diversidad de tallas, siempre y cuando se incluya este comentario.

gente gorda en todos los aspectos de su vida, como promete la Constitución. Pedimos el mismo acceso a los bienes y servicios de dominio público, y el final de la discriminación contra nosotrxs en áreas de empleo, educación, lugares públicos y servicios de salud.

5. NOSOTRXS nos declaramos enemigxs de las llamadas industrias "reductoras". Estas incluyen: clubs de dieta, salones para adelgazar, granjas para gordos, doctores para la dieta, libros de dieta, comidas dietéticas y suplementos, procedimientos quirúrgicos, supresores del apetito, drogas y máquinas para perder peso.

NOSOTRXS exigimos que esta industria acepte sus responsabilidades sobre las falsas promesas, que se den cuenta que sus productos son dañinos para la salud pública, y que publiquen estudios de largo plazo además de eficacia estadística de sus productos. Hacemos esta exigencia sabiendo que el 99% de los programas de pérdida de peso, cuando son evaluados sobre un periodo de cinco años, fallan totalmente, además de saberse lo dañino que son los constantes cambios de peso para el cuerpo.

6 .NOSOTRXS repudiamos la mitificada "ciencia" que falsamente expone que nuestro cuerpo no es sano. Esto causa y justifica la discriminación contra nosotrxs, unido a los intereses financieros de las compañías de seguros, la industria de la moda, la de pérdida de peso, la de la comida, la farmacéutica, además de los campos de medicina y psiquiatría.

7. NOSOTRXS rechazamos ser subyugadx a los intereses de nuestrxs enemigxs. Nuestro propósito es reclamar el poder sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Y nos proponemos conseguir todo esto juntxs.

¡GENTE GORDA DEL MUNDO, UNIOS!
NO TENÉIS NADA QUE PERDER...

LOS BÁSICOS:

¿QUÉ ES UNX ACTIVISTA DE LA GORDURA?

Charlotte Cooper.

Traducción libre: Laura Contrera

Los básicos son una serie de posteos que cubren las ideas que forman la base de mi abordaje de la gordura. Tiendo a tomar estas ideas por sabidas, pero para algunas personas son nuevas y necesitan una suerte de introducción.

Unx activista de la gordura es una persona que piensa sobre la gordura de una manera que desafía, cuestiona y critica la mayoría del pensamiento mayoritario acerca de la gordura. Lxs activistas de la gordura buscan el cambio social y consideran la gordura como un factor dentro de las ya existentes matrices de opresión y liberación. Lxs activistas de la gordura generalmente miran a la gordura como valiosa, y a la gente gorda como gente valiosa (y también válida, con agencia, preciada, merecedora de tanto respeto humano como cualquiera). Hay muchos debates dentro del activismo gordo acerca de la elección, la pérdida de peso, la culpa, y hay una inmensa presión sobre la gente gorda para que "se vuelva normal", pero pienso que hay un sentimiento general en el activismo gordo acerca de que el mundo sería un lugar más triste sin la gente gorda. Esta es una distinción clave entre el activismo gordo y un discurso sostenedor de la "obesidad", el cual probablemente esté más interesado en erradicar la gordura que en respetar la humanidad de la gente gorda.

Lxs activistas gordxs vienen de distintos contextos y tienen diversas ideas acerca de lo que constituye "desafiar el pensamiento *mainstream* acerca de la gordura". A menudo lxs activistas gordxs discrepan unxs de otrxs acerca de lo que eso significa, a menudo también tenemos ideas incompatibles sobre el cambio social, a menudo esas ideas están arraigadas en nuestras identidades sociales. A veces lxs activistas gordxs encuentran aliadxs en lugares más allá del activismo gordx, pero es común que amplios movimientos sociales marginalicen las discusiones acerca de la gordura; esto es particularmente cierto en la izquierda radicalizada.

Lxs activistas gordxs proceden según sus pensamientos a la hora de cuestionar los pensamientos mayoritarios sobre gordura. A veces actuar de acuerdo a esos pensamientos significa tener otros pensamientos, otras veces significa hablar con otra gente, poner cosas en el mundo (un posteo en un blog, un libro, una carta, algo tangible o consumible), hacer un gesto. A veces esas acciones pueden ser fácilmente entendidas como "activismo" (una manifestación, una campaña); otras veces serán muy pequeñas e interpersonales (una conversación, una decisión de vestir determinada cosa y no otra); y a veces esas acciones son muy ambiguas (una acción que trata de mostrar el valor de la gente gorda pero que descansa sobre clichés opresivos, por ejemplo, o una compañía que usa el activismo gordx solamente para hacer dinero). El activismo gordx no es sólo un desafío, también es un movimiento generativo preocupado en crear una cultura gorda y una comunidad. Lxs activistas gordxs actúan por sí mismxs y con otras personas, usan cualquier fuente que tengan a mano: 20.000 seguidores de Twitter, crochet, imaginación, un fideicomiso, etc.

Lxs activistas gordxs no son siempre gordxs, aunque quién es gordx y qué constituye gordura es complicado y debería ser el tema de un posteo diferente.

El activismo gordx es un movimiento social que emergió del discurso de los derechos civiles en los EE.UU. a finales de la década de 1960, y tiene fuertes lazos con el feminismo, lo queer y el activismo por los derechos de las personas discapacitadas, aunque pocxs activistas

de la gordura están al tanto de esta relativamente larga historia, o apuntalamientos teóricos. Esto sucede a causa de la incompleta documentación y también porque para mucha gente la idea de un activismo de la gordura, o de un movimiento social interesado en la gordura, es apenas más que una broma. Al mismo tiempo, el incremento de la retórica anti-obesidad en Occidente en el comienzo de milenio, combinado con tecnología accesible y las redes sociales, ha acelerado el activismo de la gordura hacia un discurso crítico con muchxs seguidores.

He ofrecido algunas ideas acerca de qué constituye un activista de la gordura. Estas ideas están basadas en mi propia experiencia y perspectivas, y en mi investigación, y no deberían tomarse como grabadas en piedra. Hay incontables definiciones allá afuera. Pienso que lxs activistas de la gordura deberían continuar ofreciendo sus propias ideas sobre lo que es o significa el activismo de la gordura. Olvidémonos de crear una definición universal o monodimensional, que siempre dejará a alguien allá afuera en el frío, y mejor continuemos haciendo un movimiento de indómita y bella diversidad.

LA GORDURA ES UN ASUNTO DEL FEMINISMO PERO... ¿DE QUÉ FEMINISMO?

Charlotte Cooper

Traducción: Pepe Lumpen para el *Gordal zine*

Olvidémonos de Susie Orbach y sus seguidorxs, que piensan a la gordura como una patología basada en trastornos alimentarios y dismorfia corporal -fueron las lesbianas radicales quienes impulsaron los análisis más progresistas sobre la gordura desde una perspectiva feminista, escribe Charlotte Cooper: "Cuando la gente me escucha decir que soy un activista de la gordura, suelo encontrar cierto respeto. '¡Ajá!', Dicen, y yo sé que viene: 'La gordura es un asunto del feminismo'. Pierdo las esperanzas y suspiro ante la cita del best-seller de Susie Orbach".

Los debates más comunes sobre dietas, imposiciones de la moda, auto-aceptación, y trastornos de la alimentación se presentaron a través del discurso feminista, en gran parte debido a su gran impacto sobre las vidas de las mujeres.

Estas posiciones ya están desgastadas y forman parte de las discusiones cotidianas. Las citas de los trabajos de Orbach, Kim Chernin y Susan Bordo circulan todo el tiempo en el ámbito académico.

Hay una sensación de que, con los trabajos de esta "santísima trinidad" un par de décadas atrás, el feminismo se ha ocupado de la cuestión de la gordura y que no hay nada más para decir. Está todo dicho: misión cumplida. Este no es el feminismo del que estoy hablando.

Los libros sagrados de Orbach, Chernin y Bordo son un problema para lxs activistas de la gordura como yo. Piensan a la gordura como un problema vinculado a los trastornos alimentarios y la dismorfia corporal y, por lo tanto, patologizan la gordura.

Comer y hacer ejercicio compulsivamente, las dietas, la pérdida de peso, las presiones normativas sobre los cuerpos femeninos para mantener la delgadez: todos hablan de la gordura pero no dicen nada sobre ella.

Ninguna de las autoras se identifica como "gorda", de hecho Bordo incluye un largo pasaje sobre su propia adhesión a los proyectos para bajar de peso en la edición del 10º aniversario del libro *Peso Insoportable*. Orbach ha sido cuestionada por su "gordxfobia" y hasta el día de hoy sigue menospreciando estas críticas, lo cual le resulta bastante fácil porque sus detractorxs no son importantes para la opinión pública.

Estas mujeres o feministas no me representan, a mí ni a lxs de mi clase.

En vez de ser esclarecedoras, sus pseudo-descripciones crearon una política feminista sobre la gordura que es confusa e ineficaz, y aunque se hizo increíblemente popular, es increíblemente perturbadora.

Esto dio lugar a una situación en la que, además de tratar de desafiar el discurso dominante de la obesidad -es decir, una idea convencional de lo que es la gordura, generalmente un modelo médico, o una que excluye a las personas gordas y las transforma en un concepto abstracto como "obesx"- también tengo que desafiar a estas feministas que se supone que están de mi lado pero que en realidad me miran como una persona gorda e invisibilizan mis experiencias.

Es por eso que muchxs activistas gordxs pasan tanto tiempo refutando y discutiendo, en lugar de usar esa valiosa energía para ir construyendo de forma colectiva una "cultura gordx".

Otro tipo de feminismo

Mi manera de entender la gordura tiene raíces políticas en el feminismo, no se puede negar eso, pero las raíces de las que hablo son de un feminismo diferente.

Quiero hablarles de una historia de activismo gordx que ilustra esta afirmación.

El activismo gordx se remonta al menos a la década de 1970 cuando un grupo de mujeres de Los Ángeles (Estados Unidos), muchas de las cuales eran lesbianas, formaron *The Fat Underground*.

The Fat Underground estaba interesado por la problemática del poder, especialmente del poder medicalizador y su impacto negativo en las mujeres gordas. Su feminismo incluyó análisis de género y sexualidad, discapacidad y raza pero su principal preocupación era una noción más abstracta del poder: el poder del sistema y la acción individual frente a la opresión. Lo personal es político.

Introdujeron esa perspectiva feminista a la problemática de la gordura a través de diversos medios: realizaron una investigación y publicaron manifiestos tanto en inglés como en español sobre indumentaria, relación con los médicos, pérdida de peso y otros temas; organizaron protestas de acción directa contra varios agentes de "gordx-fobia"; promovieron grupos de apoyo; llevaron sus mensajes a los medios de comunicación y trabajaron con otros grupos políticos -por ejemplo, tenía vínculos con lo que entonces se conocía como el movimiento de la psiquiatría radical.

Crearon una forma de entender lo que es ser gordx dentro de las culturas que buscan la aniquilación simbólica y material de las personas gordas. Esto implicó la adopción de un modelo similar al del activismo de la discapacidad, que afirma que no es la persona la que debe cambiar para adaptarse al mundo, sino que el mundo debería ser capaz de adaptarse a la diferencia.

Y lo que es más importante aún, lograron crear nuevos sentidos e incentivaron la resistencia, el orgullo y una identidad gordx basada en valores colectivos.

The Fat Underground ya no existe, pero su influencia es fundamental.

Las redes de lesbianas feministas en los EE.UU. ayudaron a difundir sus ideas. Al principio dentro de los EE.UU., a través de publicaciones y grupos, y después en todo Occidente a través de la cultura de las feministas de la Segunda Ola.

Por ejemplo: en Gran Bretaña, el London Fat Women's Group (Grupo de Mujeres Gordas de Londres), organizó una conferencia en 1989 que redactó el The Fat Dykes Statement (Declaración de las Tortas Gordas), y llevó a cabo muchos proyectos en la misma línea que *The Fat Underground*.

Esta influencia no se limitó a la Segunda Ola. La Tercera Ola, lxs queer, muchxs de lxs cuales se iniciaron en los feminismos anteriores, avanzaron con estas ideas a lo largo de la década de 1990, incorporando las nuevas tecnologías.

Fat Girl (Chica Gorda), un zine "para tortas gordas y las mujeres que las desean" aportó una sensibilidad punk al desarrollo de la comunidad y la contra-cultura gordxs, y utiliza nuevas redes de difusión para hacerlo, en formatos online e impreso.

En la última década, organizaciones de la cultura DIY (do it yourself, hacelo vxsmismx) queer y feministas, como Ladyfest y Queeruption también apoyaron el activismo gordx a través de talleres y performances.

Allyson Mitchell es una artista y académica canadiense que da clases sobre la Tercera Ola y co-fundó el grupo activista gordx Pretty Porky and Pissed off, tiene una estrecha relación con el feminismo lésbico de la Segunda Ola a través de su proyecto en curso Deep Lez, y recientemente rindió homenaje a la Fat Underground volviendo a poner en escena la protesta que realizaron contra la forma en que los medios de comunicación gordofóbicos informaron sobre la muerte de la cantante Mama Cass Elliott en 1974, cuyo fallecimiento, según lxs activistas, fue el resultado de la negligencia médica gordofóbica.

Teniendo en cuenta que el activismo feminista gordx nos ofrece muchas claves para sobrevivir y luchar contra la gordofobia, ¿cómo es que esta otra, la historia rica y diversa del activismo gordo, no es tan conocida o discutida

como *La gordura es un asunto del feminismo*, o el trabajo de Chernin Bordo? ¿Por qué no es tan citado en la academia? ¿Por qué es casi invisible para la cultura en general?

Parte del problema es que el activismo gordo pocas veces es documentado y suele ser desarrollado por personas que no tienen el privilegio de difundir ideas con facilidad o acceder a la academia.

La fatosphere⁵ y más allá

La falta de documentación está cambiando con la aparición de la Fatosphere, una red de blogs activistas, que poco a poco va creando un archivo digital en la que los estudiosos del futuro podrán encontrar material para trabajar. La Segunda Ola del feminismo lésbico no representa actualmente un área atractiva de investigación, quizás debido a su histórico enfrentamiento con los derechos trans y algunas áreas de experiencia sexual.

Por el rechazo de algunos sectores de la doctrina feminista anterior, lxs investigadorxs -y cualquier otra persona interesada en el desarrollo de una política feminista de la gordura- ponen todo en la misma bolsa y no ven la oportunidad de comprometerse con una historia y una cultura muy importantes.

Afortunadamente, están surgiendo nuevos grupos de activistas y académicxs gordxs a través de la comunidad interdisciplinaria de los *Fat Studies*⁶.

Sydney ha acogido los *Fat Studies*: en la Universidad

5 N. de T.: Expresión coloquial que proviene del término blogósfera y remite a la comunidad de blogs que publican sobre aceptación y no discriminación de las personas gordas angloparlantes. Decidimos reproducir la expresión original, ya que no es un fenómeno que suceda en la realidad latinoamericana del activismo gordo.

6 N. de T.: *Fat Studies* podría traducirse como *Estudios sobre gordura* o *Estudios gordos*, elegimos mantener el original en inglés ya que en el desarrollo del campo académico latinoamericano no se ha delimitado ni sistematizado tal perspectiva de análisis.

Macquarie, por ejemplo, la Dra. Samantha Murray del Somatechnics Research Centre ha puesto en marcha recientemente la página web *Fat Dialogue*, donde se desarrollan debates sobre educación y activismo en Australia y otras regiones.

Creo que estas experiencias ofrecen una de las mejores oportunidades para que las personas puedan familiarizarse con el feminismo gordx, en lugar de confiar en autores anacrónicos y problemáticos para empezar a impulsar nuevas ideas.

Sugerencias bibliográficas sobre gordura y feminismo

- Lisa Schoenfelder and Barb Wieser, *Shadow on a Tightrope: Writings By Women on Fat Oppression*. San Francisco: Aunt Lute, 1983.
- Charlotte Cooper, *Fat & Proud: The Politics of Size*. London: The Women's Press, 1998.
- Corinna Tomrley and Ann Kaloski Naylor, *Fat Studies in the UK*. York: Raw Nerve Books, 2009.
- Esther Rothblum and Sondra Solovay, *The Fat Studies Reader*. New York: New York University Press, 2009.

Los números anteriores de *Fat zine* están disponibles en la Etsy Shop de Max Airborne:
<http://www.thescavenger.net/feminism-a-pop-culture/fat-is-a-feminist-issue-but-whose-feminism-90645-428.html>

¿QUIÉN HABLA POR LA GENTE GORDA?

Charlotte Cooper
Traducción libre: Nicolás Cuello

Como muchxs de nosotrxs (aquellxs desautorizadx que no portamos los privilegios de los hombres blancos) que usamos internet para decir lo que pensamos, cada tanto recibo correos maliciosos. El tono de los mismos varía, a veces verdaderamente virulento, otras veces tiene esa sorprendente capacidad de lastimar, pero por lo general, el sentido último es siempre similar: ¡Callate! ¡No tenés derecho a hablar! Encontré este pequeño comentario en mi carpeta de spam:

“Si verdaderamente querés *bloggear* sobre obesidad, no deberías ser gordx, perdón pero no tiene sentido sino”.

Por lo general elimino este tipo de cosas porque pienso que son estúpidas. Pero este venía acompañado de la dirección de mail de quien dejó el comentario, entonces lo *googlie*. Esta persona es lo que se conoce como troll, y me sorprendieron otros dos comentarios que dejó en otros sitios: “Tengo que acordar con el hecho de que soy un verdadero imbécil, y me encanta hacer enojar a la gente” y por otro lado, “Soy un mentiroso, me doy cuenta de que me ayuda a salirme con la mía, y llamar la atención” ¡Tan cierto!

Como sea, suficiente con eso. Me interesó la esencia de lo que ambos mensajes decían, que podría decir que es algo como esto: si sos gordx no tenés derecho a hablar sobre eso, sos una persona fallada y nunca deberías ser

considerada como una persona con suficiente conocimiento sobre tu propia vida, no tiene sentido pensarlo de otro modo. Las únicas personas que deberían hablar sobre la gordura son las personas delgadas, preferentemente profesionales anti-obesidad. Quizás estoy leyendo más de lo que el comentarista quería significar, pero el comentario me arrastró hasta esta reflexión.

He tomado conciencia de esta convicción en muchos espacios, no sólo en comentarios maliciosos. Es una condición fundamental de la gordofobia, que te recuerda que tu lugar como gordx es ese, y refuerza los derechos y las autorizaciones de la industria de la medicina para hablar de tu cuerpo y tu vida. Silencia y disminuye a las personas gordas a través del miedo. He conocido muchísima gente gorda que está esperando que sus vidas comiencen, e investigadorxs sobre gordura como Hannele Harjunen, han escrito suficiente sobre este proceso, es un hecho reconocido. Las personas gordas esperan un romance que lxs rescate, milagros de la medicina, sentimientos evasivos de autoconfianza, entre otras cosas. Y, por cómo observo las cosas, seguirán esperando, siempre.

Le estoy dando especial atención a este comentario malicioso aquí, porque estoy en completo desacuerdo y quiero que la gente lo sepa. Como persona gorda es vital que escriba desde mí, sobre gordura, y obesidad (sí, son diferentes cosas) y no le deje esta tarea a otrxs, sean quienes sean. Reclamar sobre mi propia vida, conectarme con otrxs, ahí es donde está el poder y la posibilidad. Y sí, tiene sentido hacerlo.

NECESITO QUE SEAS FELIZ ASÍ PUEDO SENTIRME TRANQUILX CON TU OPRESIÓN

Charlotte Cooper
Traducción libre: Nicolás Cuello

No hace mucho tiempo atrás di una charla en una conferencia en donde describía un evento que había coproducido. El tema de discusión era serio, pero me gusta provocar algunas risas cuando hablo, especialmente si estoy haciendo una presentación a un grupo de académicxs tensionadxs. Este público en particular, debía estar hambriento de humor, porque lo daba todo. Yo estaba muy a gusto. Luego, en la parte de preguntas y respuestas en la charla, alguien me preguntó algo que me llevó a comentar hechos mucho menos graciosos sobre el tema que me ocupaba. Las personas de pronto parecían shockeadas por mi revelación, pero me parecía importante que pudieran ver la realidad con la que trabajo.

Lxs organizadorxs de la conferencia y lxs ponentes fuimos a cenar esa misma tarde, y la persona encargada vino, se sentó y conversó conmigo. Ella era una académica de alto nivel, un poquito borracha y fanfarrona, exuberante, flaca, refinada y heterosexual. Me comentó que había disfrutado mi charla pero que le parecía una verdadera lástima haber revelado ese tipo de información tan dura. Había arruinado el momento. Me sentí enojada pero sonreí, y asentí con la cabeza porque no quería ser culpada de arruinar este momento también mientras se comía comida elegante que su departamento académico había pagado.

Pensé: este es el rostro de la opresión. Ella quería escuchar la parte graciosa, lo divertido, que es una parte innegable de mi vida y mi experiencia, pero no lo que concierne a mi lucha y mi resistencia. Sospecho que ella hubiera preferido que no mencionara esa parte para poder seguir pensando que todo está bien. Ella no se quería ver envuelta en mi realidad, a pesar de estar fingiendo que lo hacía.

Me tomó un tiempo escribir sobre este incidente, pero me di cuenta que, hasta el momento, siempre he sentido que tengo que proteger a los demás. Me preocupaba que si decía lo que verdaderamente pienso, complicaría la vida de algunas personas que aprecio que trabajan con ella. Quizás haya algún efecto no deseado en mí también, pero ya me ha sucedido. Esto también es opresivo.

Este es un pequeño interludio. No tengo más para agregar, solamente quería sacarlo de mi pecho. Supongo que ofrezco este episodio como una ilustración de micro-agresiones, vestidas de otra cosa. Quizás ella pensó que estaba de mi lado o algo así, iluminada e iluminándome. Es como una clase de comportamiento, una consideración que puede considerarse una forma de odio, o contaminante: necesito que seas feliz para sentirme tranquilo con tu opresión.

GORDA, SÍ. AVERGONZADA, NO⁷

Kate Harding

Traducción libre: Laura Contrera

Anne Milton es más que bienvenida a llamarme gorda, lo prefiero antes que obesa, de hecho. Tengo un índice de masa corporal alrededor de 34 y uso una talla 18-20 (UK), así que he oído esos dos términos, sin duda. Pero, a pesar de que el Ministerio de Salud crea que escuchar la palabra "gorda" proveniente de los médicos sería un llamado de alarma para las de mi talla, personalmente no me perturba en nada la palabra que empieza con "g".

No soy toda ni cada mujer gorda, pero como co-autora de un libro sobre aceptación de la gordura deliberadamente reclamo esa palabra. La uso casualmente e imperturbablemente porque me gusta ver su significado cambiar, eventualmente, desde algo con connotaciones hostiles y humillantes hacia algo neutral (no voy a esperar sentada por su connotación positiva). Y mientras tanto, su poder de herir, de avergonzar, de deshumanizar permanece implacable como siempre. Y, hasta donde sé, es la razón por la cual Milton piensa que los médicos deberían usarla.

7 N. de la T.: Kate Harding maneja en esta nota el sentido corriente de la palabra vergüenza. Quienes editamos este libro nos hemos posicionado a favor del efecto político posible que tiene a la vergüenza como afecto público disparador de acciones y encuentros. El uso de la x es una libertad que me tomé. La nota original titulada "Fat, yes. Ashamed, no" salió en *The Guardian*, domingo 1° de Agosto de 2010 y está disponible en <http://www.guardian.co.uk/.../01/fat-shame-obesity-doctors>

"Si me miro al espejo y pienso que soy obesx, estoy menos preocupadx que si pienso que estoy gordx", le dijo Milton a la BBC. Habiendo visto fotos de ella diría que si Milton se mira en el espejo y ve a alguien gordx u obesx, debería ir a consultar a un especialista en desórdenes dismórficos corporales, por lo que presumo que ella simplemente se figura como se sentiría si fuera una persona con un índice de masa corporal por encima de 30.

Milton cree que la gordura sería más preocupante para ella -aunque sea una palabra generalmente definida como el insulto favorito de lxs comentaristas online que nunca se han visto en persona, de lxs escritores de gags para los shows de premiaciones de tercera categoría y de gráciles chicas adolescentes que se sienten culpables por comerse un chocolate. Obesidad, por otra parte, es el término médico para una condición que se correlaciona con diabetes tipo 2, enfermedades coronarias, depresión, dolor de articulaciones y un grave riesgo de ver un día a tu cuerpo como ilustración en un artículo sobre todo eso enumerado más arriba. ¿Cómo puede ser la gordura percibida como un agente de preocupación más poderoso que ese?

La gordura es todavía una constante del lenguaje de la vergüenza -del bravucón en el recreo, del ex vengativo, del padre que desaprueba-. Obesx es una palabra que la comunidad médica y los medios han entrelazando exitosamente con el temor a la discapacidad y a la mortalidad, pero "gordx" está entrecruzado con algo aún peor -el miedo de que, mientras permanezcas en esta tierra, todavía no reclamadx por la espantosa enfermedad ligada a la obesidad que sin duda te espera, no serás amadx. Y todo es tu culpa, gorditx.

Milton piensa que esa es la palabra que los doctores deberían usar con sus pacientes. El espectro de la enfermedad y la muerte no ha sido suficiente para convertir a las personas gordas en delgadas, así que es tiempo de sacar las armas grandes. Es hora de que lxs médicxs empiecen a usar una palabra que significa mucho más que "usted necesita estar consciente de que hay varios riesgos" -una palabra que significa, entre otras cosas, perezosx, fex, glotonx, toscx, descuidadx.

Créame, amaría vivir en una cultura donde gordx significara simplemente "tener más tejido adiposo que el promedio", en la cual no se implicara nada acerca del carácter de unx. Es por eso que me llamo sin vergüenza a mí misma gorda, sin importar cuánta gente insista en que tanto la palabra como mi cuerpo demandan en alguna medida vergüenza y disculpa. Pero llevará un largo tiempo antes de que la palabra gordx sea usado en un sentido neutral, por ahora sabemos exactamente lo que la mayoría de la gente quiere decir con ella: sos desagradable, sin ningún valor, no del todo humanx.

Si la Secretaria de Salud realmente cree que este es un modo apropiado para que lxs médicxs les hablen a sus pacientes, le recomendaría que eche otro vistazo al espejo y pondere si odiosx o tontx es el adjetivo más preocupante para sus oídos.

ES UNA GRAN REVOLUCIÓN GORDA

Nomy Lamm

Traducción: <http://palomitasenlosojos.com/>

Voy a redactar un ensayo describiendo mis experiencias con la opresión a la gordura y con las formas en las que el feminismo y el punk han afectado a mi trabajo. Éste será claro, conciso, bien estructurado y estará organizado alrededor de las tesis básicas del artículo, en el formato de ensayo académico. Trataré estos temas de una manera madura e intelectual. Voy a sacar provecho de la mayor cantidad de palabras esdrújulas posibles.

He mentido. (Probablemente lo has pillado, ¿eh?) No puedo hacer eso. Esta es mi vida, y mis palabras son las herramientas más efectivas que tengo para cambiar el Mundodechicoblanco (esta es mi manera punk-rock mona pero oh-tan-revolucionaria de decir "patriarcado"). Si hay alguna cosa que el feminismo me ha enseñado es que la revolución se va a producir bajo mis propios términos. La revolución va a ser incitada a través de mi voz, mis palabras, no a través de las palabras que ya existen dentro del mundo del intelecto masculino. Y sé que un montón de la mierda que voy a decir es totalmente contradictoria. Mis contradicciones pueden co-existir, esto, ellas están dentro de mí, y no voy a simplificarlas para que se ajusten a un patrón lineal y analítico al que sé que se deberían de ajustar. Creo de verdad que es importante reconocer que todas estas movidas contribuyen a la revolución, en serio. El hecho de que escriba así, vaya, es porque escribir así hace que este mundo sea más seguro para mí.

Quiero explicar que significa cuando digo "la revolución", pero no estoy segura de que sea capaz de ello. Y eso viene porque, oye, al mismo tiempo que soy completamente seria, también veo mi uso del término como una broma del mismo. Parte de ello se debe a que soy completamente consciente de que aún encajo dentro de la cultura dominante en muchas formas. La revolución podría ser llevada perfectamente contra mí en lugar de por mí. No quiero sonar como que soy la persona más oprimida, más punk-rock, más revolucionaria del mundo. Pero al mismo tiempo pienso que revolución es una palabra que debo usar tanto como pueda, porque es un concepto al que necesitamos estar atentos. Y no me refiero en un modo abstracto o intelectual. Creo realmente que la revolución ha empezado. Puede que esto no sea evidente en la cultura masificada (mainstream), pero veo eso como un buen síntoma. Tan pronto como la cultura mainstream la adopte, se apropiará de ella.

Por ahora la revolución toma lugar cuando me pases la noche levantada hablando con mis mejores amigas sobre feminismo y marginación y privilegio y opresión y poder y sexo y dinero y rebelión en la vida real. Por ahora la revolución toma lugar cuando veo a una chica de pie enfrente de una multitud hablándoles sobre los abusos sexuales sufridos. Por ahora la revolución toma lugar cuando recibo una carta de una chica a la que no conozco que dice que el fanzine que escribo le ha cambiado la vida. Por ahora la revolución toma lugar cuando los sin techo en mi ciudad acampan durante una semana en medio del centro de la ciudad. Por ahora la revolución toma lugar cuando un amigo me afea por algo racista que he dicho. Por ahora la revolución toma lugar en mi cabeza cuando sé cómo de jodidamente brillantes son mis novias.

Y estoy viviendo la revolución a través de mis memorias y a través de mi dolor y a través de mis triunfos. Cuando pienso en todos los inconvenientes que tengo dentro de esta sociedad, me sorprende de cómo no me he convertido en un montón de mierda. En dos palabras: Gordajudiatullidacoñitobollera. Pero cuando tengo en cuenta el hecho de que por otro lado soy una universitaria de clase media, blanca, que puede articular sus ideas, y de que eso

me da un montón de jodidos privilegios y la oportunidad de manejarme con mi opresión, que es algo que puede no estar accesible para otra gente oprimida. Y partiendo de que mi personalidad/mi ser no está dividido entre la parte privilegiada y la parte oprimida, tengo que manejarme con los modos en que estas cosas interactúan, se equilibran y algunas veces se ensombrecen unas a otras. Por ejemplo, nací con una pierna. Creo que es algo importante, pero nunca ha marcado tanto la imagen de mi cuerpo como lo ha hecho ser gorda. Y, ¿qué significa ser una mujer blanca en contraposición a una mujer de color?. ¿Una chica gorda de clase media en oposición a una chica pobre gorda?. ¿Qué significa ser gorda, discapacitada y bisexual? (¿O gorda, discapacitada y sexual en todos los sentidos?).

Claro que continúo siendo una persona, y no siempre tengo ganas de ponerme a representar el papel de revolucionaria. Algunas veces es demasiado duro para mí levantarme de la cama por la mañana. Algunas veces es demasiado duro hablar con cualquier persona sin tener que lidiar con los matices políticos de cualquier cosa que salga de sus bocas. A pesar del hecho de que hago un montón de trabajo sobre la opresión a la gordura, y de que he estado trabajando tan y tan duro sobre la imagen de mi cuerpo, hay veces en las que realmente odio mi cuerpo y no quiero encargarme de ser fuerte todo el tiempo. Porque soy fuerte y porque he pensado sobre todas estas cosas de muchas maneras diferentes, y porque tengo una natural alta estima, he llegado a un lugar donde honestamente puedo decir que amo mi cuerpo y que soy feliz con ser gorda. Pero ocasionalmente, cuando me miro en un espejo y veo que este cuerpo es tan diferente del de mis amigas, tan diferente de lo que me han dicho que debería ser, tan sólo quiero esconderme y no tener que lidiar con ello nunca más. En esos momentos no me parece justo que siempre tenga que luchar para ser feliz. ¿No sería más fácil darme por vencida y meterme en otra dieta para detener esta lucha perpetua? Entonces podría seguir apoyando la *fat grrrl revolution* sin que me afecte personalmente en todos los modos. Y ya sé, ya sé, ya sé que no es la respuesta, ni podría hacerme eso a mí misma, pero no puedo decir que este pensamiento nunca se me haya cruzado por mi cabeza.

Y no ayuda mucho cuando mis amigos y familia, quienes todos saben cómo me siento sobre el tema, insisten en hacer declaraciones anti-gordura y a refunfuñar sobre cómo de gordas se sienten y hablan de nuevas dietas sobre las que han oído y que se mueren por probar. "Parezco un melón". "Vaya, estoy tan feliz, visto una talla siete en vez de una nueve", "Me gusta este espejo porque me hace parecer más delgada".

No puedo comprender cómo todavía pueden pensar esas cosas cuando estoy constantemente hablando sobre el tema, y no me puedo creer que piensen que no hay problema con hablar de esas cosas delante de mí. Y no es que el asunto vaya de que quiera censurarles las conversaciones cuando están a mi alrededor... simplemente quiero que no piensen esas cosas. Sé que gran parte de ello es simplemente un reflejo del modo en que piensan sobre sí mismos más que un ataque hacia mí o una invalidación de mi trabajo, pero hace que éste sea mucho más duro para mí. Pone todas esas ideas dentro de mí. Hoy estaba fuera del trabajo y pillé un reflejo de mí misma en la ventana y pensé "Ey, no parezco tan gorda". E inmediatamente me di cuenta de lo jodido que era pensarlo, pero eso no hizo que dejara de sentirme más atractiva por ello.

Quiero todas esas cosas fuera de mí. No son parte de mí; y teóricamente puedo separar y tirar la mierda inservible, pero realmente ésta nunca se va. ¿Cuándo se acabará todo esto?. ¿Cuándo podré moverme a otros temas?. Nunca se va a acabar, y eso es algo realmente jodido de aceptar. Estoy reviviendo este sistema de opresión a través de mis memorias, e incluso cuando no estoy pensando en ello, el tema está allí, afectando todo lo que hago. Cinco años, mi primera dieta. Siete años, haber sido oficialmente declarada "con sobrepeso" porque pesaba cinco kilos más de lo que una niña "normal" de siete años debería de pesar. Diez años, aprendiendo a morir de hambre y estar contenta de encontrarme todo el día mareada. Trece años, cruzando la línea de ser más grande que mis amigas a ser realmente una "gorda". Quince años, oyendo a los chicos en la sala de al lado hablar sobre lo gorda (y por tanto poco atractiva) que era. Cada vez que tengo que salir al escenario, me acuerdo de la vez en que mi padre

dijo que no le gustaba el baile que había coreografiado porque parecía gorda mientras lo hacía. Cada vez que me tiño el pelo me acuerdo de cuando mi madre no me dejaba teñirme en séptimo porque cuando veía a personas gordas con el pelo teñido pensaba que intentaban ocultar el hecho de que estaban gordas, intentando parecer atractivas a pesar de ello (cuando era realmente obvio lo que tenían que hacer esas personas si quieren parecer atractivas, ¿no?). Y estos sólo son los grandes momentos que puedo señalar y decir "eso, me dolió". Pero ¿qué ocurre con toda una vida de exposición mediática que me dice que sólo las personas delgadas son adorables, sanas, bellas, talentosas y divertidas?. Sé que todos estos mensajes vienen empaquetados con el resto de mis memorias, pero no puedo ni señalarlos ni hablar de sus efectos en mi psique. Son mensajes elusivos y no tienen por qué ser dolorosos en el momento de la exposición. Están bien disfrazados y a menudo aparecen con la forma del encanto y del romance (nuncá podré enamorarme porque no puedo ser elegida y porque no puedo girar alegremente en círculos...).

Durante toda mi vida los medios y todo el mundo a mi alrededor me han dicho que lo gordo es feo. Lo cual, por supuesto, es un estándar cultural que tiene montones de mentiras médicas detrás. Los estudios nos han enseñado que la gente gorda no es sana y que tiene menos esperanza de vida. Los estudios también nos han enseñado que la gente que come por debajo de sus necesidades, que se muere de hambre, tiene las mismas particularidades. Los riesgos que afectan a la salud de las personas gordas se ha comprobado que son el resultado de toda una vida comiendo por debajo de sus necesidades -dieta- y no por la gordura en sí. No soy gorda por falta de voluntad. He sido vegetariana desde los diez años. Para mí controlar lo que como es fácil. Morirme de hambre, no (a pesar de que gran parte de mi vida he deseado eso). Mi cuerpo se supone que es tal cual es, y he probado un montón de dietas donde he perdido algunos kilos durante un período de varios meses y después los he vuelto a ganar. Hace dos años cerré el círculo. No he vuelto a estar a dieta porque mi cuerpo es tal y como debe de ser, y este es el modo en el que quiero que sea. Ser gorda no me hace menos

saludable o activa. Ser gorda no me hace menos atractiva. En la tele veo a una mujer delgada bailando con un hombre fabulosamente guapo, y sobre esta imagen oigo: "Nunca antes fui feliz hasta que probé la dieta [rellene el hueco], pero ahora capto la atención de los hombres, y eso... ¡¡sienta tan bien!! No tengo que preocuparme más por lo que la gente diga a mis espaldas, porque sé que estoy estupenda. Debes darte a ti misma la vida que te mereces. Llama a [rellena el hueco], el programa de dieta, ¡¡y empieza a quitarte kilos ahora mismo!!!". El programa de la tele me presenta un primer plano de una chica gorda llorosa diciendo "Lo he intentado todo, pero nada funciona. He perdido 9 kilos pero he vuelto a ganar 11. Estoy tan avergonzada". La primera vez que vi el anuncio empecé a llorar y memoricé el número en la pantalla. Conozco ese sentimiento de vergüenza. Conozco ese sentimiento de punto muerto, de sentirme un desastre por no perder toda esa "grasa inútil". Pero sé que la infelicidad no es el resultado de mi gordura. Es el resultado de una sociedad que me dice que soy mala.

¿Dónde está la revolución? Mi cuerpo es jodidamente bello, y cada vez que lo miro en el espejo me doy cuenta de ello, y estoy contribuyendo a la revolución.

Siento que en este momento estáis esperando de mí que pruebe que la gordura puede ser bella metiéndome en descripciones como "muslos de ondulación suave y nalgas llenas". No lo voy a hacer. No es de mi incumbencia convencerte de que la gordura puede ser atractiva. Me niego a ser una autodenominada y rellena reina del porno. Eso es trabajo tuyo.

No es lo bastante bueno que me digas que tú "no juzgas por las apariencias" -y que por lo tanto la gordura no te molesta. Ignorar nuestros cuerpos y "juzgar sólo por lo que tenemos dentro" no es la respuesta. Eso parece que encaja con la misma línea de razonamiento que esa brillante escuela de pensamiento que se llama "humanismo": "Sólo somos personas, así que vamos a ignorar trivialidades como raza, clase, género, preferencia sexual, tipo de cuerpo y un largo etcétera". ¡Y una mierda! Cuanto más ignoremos estos aspectos de nosotros mismos, más vergonzosos se convierten y más se refuerzan las expectativas de que

debemos ser la ausencia de ellos: blancos, heterosexuales, ricos, delgados y hombres. No es realista intentar pasar por alto estas diferencias exteriores (y por lo tanto sin sentido, ¿verdad?), porque a nosotros nos están lavando el cerebro del mismo modo que a cualquiera. Y hablando de este modo no estamos tratando el tema principal. Y no quiero que me digan: "Sí, eres gorda pero eres bella por dentro". Esa es tan solo otra manera de decirme que soy fea, y de que no hay manera de que sea bella por fuera. Gorda no es igual a fea, no me vengas con esa. Mi cuerpo soy yo. Quiero que veas mi cuerpo, que conozcas mi cuerpo. La verdadera revolución no proviene cuando hemos aprendido a ignorar nuestra gordura y a pretender que no somos diferentes, sino cuando aprendemos a usarla en nuestra ventaja, cuando aprendemos a deconstruir todos los mitos que propagan el odio a la gordura.

Mis amigas delgadas están siendo constantemente validadas por el feminismo mainstream, mientras yo estoy siendo ignorada. La idea más extendida conforme a la imagen del cuerpo es algo que se puede resumir en estas líneas: las mujeres se miran al espejo y piensan "estoy gorda", pero realmente no lo son. En verdad, son delgadas.

En verdad son delgadas. Pero, creedme, en verdad yo estoy gorda, y de acuerdo con el feminismo mainstream, ni siquiera existo. Conozco a mujeres que a menudo se miran al espejo y piensan que son más gordas de lo que en realidad son. Y, sí, eso es un problema. Pero al análisis no se puede parar ahí. Hay mujeres que están gordas, y tenemos que tratar el tema. Más que tranquilizar a la gente diciendo "No, tú no estás gorda, simplemente tienes curvas", quizás deberíamos desmitificar la gordura y tratar con las políticas de la gordura como un todo. Y no quiero decir "quizás", quiero decir que es una necesidad. Una vez que nos demos cuenta de que la gordura no es "inherentemente mala" (y ni tan siquiera puedo creerme que esté escribiendo eso -"inherentemente mala"- suena tan ridículo), entonces quizás podamos trabajar en el problema como un todo, en vez de tratar con una diminuta parte del mismo cada vez. Todas las formas de opresión trabajan juntas así que deben ser combatidas juntas.

Creo que muchas de las autoras del feminismo mainstream que dicen tratar el tema lo hacen de un modo equivocado. Por ejemplo, Susie Orbach con su libro *Fat Is A Feminist Issue* nos dice: no hagas dieta, no trates de perder peso, no alimentes a la industria de las dietas. Pero luego sigue y dice: Pero, si comes bien y haces ejercicio, ¡¡¡perderás peso!!! Y pienso, vaya, estupendo, es maravilloso que le haya funcionado, pero se ha perdido en el razonamiento. Intenta ayudar a las mujeres, pero en realidad les está hiriendo. Nos está hiriendo porque dice que sólo hay un tipo de cuerpo que está bien para nosotras (¡¡¡y ella es la que nos va a ayudar!!!). Es casi como *Stop The Insanity Woman* de Susan Powter. Una de mis amigas lo ha leído y dice que la primera parte va sobre la opresión a la gordura y habla sobre lo difícil que es ser gorda en nuestra sociedad, pero luego dice: ¡Así, que, usa mi nuevo plan de dieta!. Este tipo de cosas juega completamente con nuestras emociones para que pensemos: "Wow, esta persona realmente me comprende. Sabe de dónde vengo por lo que debe de saber lo que es bueno para mí".

Y existen muchas razones "liberales" para perpetuar el odio a la gordura. Si estamos finalmente descubriendo que la dieta nunca funciona, ¿cómo, entonces, podemos explicar esta horrible monstruosidad? ¿Cómo podemos superarla? El nuevo punto de vista "liberal" es que la gordura está causada por profundos problemas psicológicos. Su niñez fue mala, abusaron de ella sexualmente, así que come para esconderse de ella misma. Usa su gordura como mantita de bebé, como un artefacto protector. O quizás cuando era niña sus padres le empujaron a asociar comida con confort y amor, así que come para consolarse. O quizás, como yo, sus padres siempre estaban a dieta y siempre estaban fastidiándola sobre lo que comía, así que la comida se convirtió en algo vergonzoso que debía acumular a escondidas. Y durante mucho tiempo, yo realmente creí que si mis padres no me hubieran enseñado todas esas jodidas actitudes sobre la comida, no sería gorda. Pero entonces me di cuenta de que mi hermano y mi hermana, que habían crecido en el mismo ambiente, ambos estaban delgados. Obviamente, esa no es la razón por la que estoy

gorda. La terapia no va a ayudar, porque no hay nada que curar. ¿Cuándo pararemos de buscar razones para odiar a la gente gorda y empezaremos a comprender que la gordura es algo totalmente natural que no se puede y no se debe quitar de encima?

A pesar de lo que he dicho antes sobre mis amigos diciendo cosas que realmente me hirieron, me doy cuenta de que son bastante excepcionales. No quiero que parezca que son gente poco cuidadosa o ignorante. Yo estoy constantemente hablando sobre estos temas, y siento que generalmente puedo confrontar a mis amigos cuando están siendo poco sensibles, y ellos lo entienden o, por lo menos, lo intentan. A veces cuando dejo a mi grupo insular de amigos me sobrecojo sobre cómo es el "mundo real". Oyendo a chicos en el autobús llamando a sus novias "zorras", viendo a personas gordas siendo molestadas en la calle, viendo la tele y comprobando cómo cada persona gorda es descrita como unos vagos, obsesionados por la comida, viendo cómo las mujeres son tratadas como propiedad por hombres que ven su masculinidad como un poder... Me alejo de estas situaciones sintiendo que la escena punk, que es el lugar donde la mayoría de mis interacciones toman lugar, es un espacio muy protegido. No me puedo imaginar viviendo en una comunidad donde no tengo ningún apoyo. No me puedo imaginar viviendo en el "mundo real".

Pero entonces tengo que acordarme, que incluso ahí, dentro de mi comunidad, existen las mismas jodidas actitudes, que también se perpetúan en la escena punk, sólo que bajo formas más sutiles. Siento que estos temas se están empezando a reconocer y a tratar, pero el odio a la gordura es aún uno de los estándares. Desde luego que todo el mundo cree que no deberíamos hacer dieta y que los desordenes alimenticios son el resultado de una sociedad represiva, pero usualmente el razonamiento no va más allá. Parece que la gente tuviera esa idea de que el punk está desconectado de los medios, y que al estar en esa subcultura tan guay somos inmunes a los sistemas de opresión. Pero los chavales más punks y más guays siguen siendo los delgados. Y los mismos chavales guays, que están

desafiando a la "Amerika" capitalista y mainstream son los que dicen que la gordura es un símbolo de la avaricia y la codicia capitalista. Perpetuán la opresión institucionalizada. La gente gorda no son los que están oprimiendo a esos pobres y delgaduchos chicos emos.

Este ensayo se suponía que iba sobre la opresión a la gordura, que es de lo que siento que he estado hablando durante toda mi vida. A veces siento que toda mi identidad está envuelta en mi gordura. Cuando soy consciente de mi gordura no puede usarse en mi contra. Fuera de mi aislado grupo de amigos, en situaciones hostiles, soy completamente consciente de que en cualquier momento podría ser hostigada. Cualquier pequeño altercado con otra persona podría llevar a una lluvia de insultos hacia mi cuerpo. Siempre estoy lista para ello. Aunque he descubierto que eso no pasa tan a menudo como espero, pero aún soy consciente de esa posibilidad. Soy "la Chica Gorda". Soy "la Chica Gorda que habla de la Opresión a los Gordos". Dentro de la escena punk, que es mi manta de bebé, mi artilugio protector, la gente me conoce y sabe de mi trabajo, y asumo que no se van a reír detrás de mí sobre mi gordura. Y si lo hacen, sé que tengo el apoyo de personas de mi alrededor. La escena punk me da toneladas de apoyo que sé que no podría tener en otro lado. Soy capaz de hacer fanzines, tocar música, hacer actuaciones y charlas que son intensamente personales para mí. Me siento muy fuerte no guardando ningún secreto. Puedo volver al viejo cliché de que lo personal es político, y no importa cuán trillado esté, es verdad. He pasado tanto tiempo sin hablar de ser gorda, sin hablar sobre cómo afecta mi autoestima, sin hablar sobre cómo la sociedad me oprime. Ahora estoy hablando. Estoy hablando todo el tiempo, y la gente me escucha. Tengo apoyo.

Y al mismo tiempo sé que tengo que ser cautelosa sobre el apoyo que recibo. Porque pienso que alguna gente lo ve como algo cool, y que apoyándome a mí, alguien va tener su recompensa bajo la forma de cierta cantidad de validación en la escena punk. Aunque creo que soy totalmente abierta y que no guardo secretos, me tengo que proteger.

Esta es la revolución. No entiendo la revolución. No puede basarse todo en blanco y negro y yo diciéndote lo que es revolucionario y lo que no es revolucionario. La escena punk es una revolución pero no dentro y por sí misma. El feminismo es una revolución, es solidaridad al tiempo que crítica y confrontación. Esta es una *fat grrrl revolution*. Es mía pero no me pertenece. Fuckin' yeah.

SOBRE SER GORDX, MORENX, FEMENINX, FEX E INCAPAZ DE SER AMADX

Caleb Luna
Traducción libre: Nicolás Cuello

Enamorarse es peligroso para los chicos morenos porque, bajo la supremacía blanca, no somos personas posibles de ser amadas. Enamorarse es peligroso para los chicos morenos porque las personas no nos ven como individuos posibles de ser amados.

La colonización nos adoctrina dentro de la idealización romántica de la delgadez, de la blancura, y de la masculinidad -en nosotros y en los otros. ¿Cómo puedo hacer, como gordo, moreno, femenino para descolonizar mi deseo, y así poder desearme a mí mismo? ¿Cómo puedo amarme a mí mismo en un mundo que me dice que eso es imposible? ¿Cómo puedo descolonizar mi deseo para poder dejar de mirar compulsivamente a ese chico delgadito que se rehúsa a verme a mí como la diosa que soy?

Bajo una construcción colonial de la belleza y el deseo, ser gordo y moreno y queer y femenino significa ser feo. Significa no sentirse amado, no ser amado, y nadie que diga lo contrario. Ser gordo y moreno y colonizado significa valorar, desear, y priorizar el amor romántico -un amor que no te quiere, que nunca te tendrá, y no saber cómo librarte a ti mismo de ese aparato de captura.

Feo es como me muevo en el mundo, como soy visto por extrañxs, compañerxs de trabajo, potenciales amantes, empleadx, familia, miembros de la comunidad,

doctorxs, profesorxs, trabajadorxs industriales, etc, y esta percepción afecta en cómo soy tratado diariamente. Me han negado oportunidades laborales por mi cuerpo. No entro en las cabinas de los restaurantes, en los asientos de las aviones, o en los escritorios de la escuela -que funcionan como recordatorios constantes de que este mundo no está construido para acomodarse a mí-.

En el tiempo en el que he desarrollado sentimientos románticos por algunas personas en los últimos años, rara vez han sido recíprocos, a pesar de que constantemente, esas personas por las que sentía cosas, han sido amigos muy cercanos, que me aprecian, y quizás incluso, me aman de otras maneras. Pero no escapa a mi observación que frecuentemente eligen salir con personas flacas y /o blancas en lugar de salir conmigo, o con personas como yo. Entré en mi primera relación romántica, poco antes de mis 27 años, y no se escapa de mi vista que, para esta edad, muchos de mis pares ya habían tenido numerosas relaciones. Tampoco pierdo de vista que muchxs de nosotrxs no, e incluso, muchxs quizás nunca.

No quiero decir que ninguna persona gorda o de color sea amada o deseada. Por el contrario, veo muchos ejemplos inspiradores de esto en mi propia comunidad. Sin embargo, los sistemas culturales mayoritarios que forman las decisiones individuales y los deseos han sido esculpidos por cientos de años privilegiando algunos cuerpos en particular y marginalizando otros. Consecuentemente, es que continúo observando la cantidad de ejemplos de cuerpos marginalizados no siendo deseados.

Estaba conversando con una amiga, Ivette González-Alé, sobre la identidad gorda y ella me preguntó: "¿Gordo según quién?" Ella me decía que su cuerpo es como el de todxs lxs demás en su familia, su "ser indígena" forma un cuerpo completamente extraño para los parámetros blancos en cómo se distribuye la grasa en altura/peso/cuerpo. La gordura se constituye en contraste con el cuerpo blanco, sin ninguna consideración por otros grupos, creando una identidad irrelevante para su cuerpo moreno. Debido a que muchas de las personas gordas en Estados Unidos son pobres y son personas de color -y porque lo personal es político-, valorar y desear cuerpos flacos

y blancos se convierte en una sutil profundización de la supremacía blanca y de los privilegios de clase. Los hombres, especialmente, se ven envueltos en estas construcciones, como ha sido evidenciado por numerosos memes y algunas imágenes no tan irónicas, que recuperan declaraciones como "Nada de gordos, nada de femeninos" y "Nada de negros y nada de asiáticos" publicadas en aplicaciones para encuentros casuales entre tipos queer. La gordura, en las comunidades queer masculinas, parece ser sólo deseable en cuerpos peludos y de osos, mientras que la barba se convierte en la prueba que confirma la masculinidad desestimando la feminización de lo gordo. Pero, yo puedo localizar mi cuerpo sin pelo en mis propias raíces indígenas, entonces cuando los calificadores de cuán-oso-uno-es comienzan a evaluar (Barba- panza-pelo en cuerpo) y mi morenidad se ve desplazada por una sola categoría, lo que en realidad se está diciendo es "está bien ser un hombre gordo, si eres blanco". Esta es una comunidad cuyo racismo y misoginia encubierta me deja desinteresado de participar, pero al mismo tiempo, es el único lugar donde un cuerpo, incluso remotamente, como el mío puede ser apreciado o incluso deseado.

Hubo un breve período de tiempo en el que otros hombres -predominantemente otros hombres gordos de color- estaban interesados en mi cuerpo. Fue increíblemente liberador y reparador tener sexo con hombres con cuerpos como el mío. Pero mientras mi propia presencia cambiaba, y comenzaba a abrazar una identidad más femenina, estas comunidades perdían el interés. ¿Qué es lo que queda cuando sos demasiado moreno, demasiado femenino, demasiado queer para esos osos? ¿Cuando eso era tu único recurso? ¿Cuando -incluso en espacios queer radicales de color- los cuerpos flacos, masculinos, cisgénero, no lisiados son preferibles? Y mientras hago activos intentos para interrogar, desafiar y expandir mi propio deseo, no estoy exento de perpetuar estas condiciones tampoco. Entonces, ¿dónde nos deja esto a las personas como yo?

Me he vuelto anti-romance porque no puedo invertir en el amor romántico, porque este compromiso es peligroso para mi salud mental. Es una perpetua e íntima exposición

a los interconectados sistemas de la supremacía blanca, gordofóbica, cissexista y más. Bajo estos sistemas, mi cuerpo no puede ser neutral, o erótico, o deseado sin ser fetichizado más allá del contexto o del reconocimiento. Incluso, mi cuerpo resulta invisible en las miradas alternativas creadas por aquellxs que desean dismantelar esos sistemas, que quizás estén más involucradxs en ellos de lo que les/nos/me gustaría admitir o reconocer.

El amor romántico, como lo entendemos, es una construcción colonial. Es un esfuerzo consumista, posesivo, para-toda-la-vida, monogámico que funciona para sostener el capitalismo y la supremacía blanca heteropatriarcal a través de la familia nuclear. Nos dicen que este amor romántico es esencial, dándole forma como una profecía satisfactoria. ¿Íbamos a sostenernos a nosotrxs mismxs en el amor propio, el amor platónico y el de una comunidad, qué podríamos cambiar? Podríamos ver la belleza de nuestra interdependencia, en lugar de individuos compitiendo por estándares y posiciones de vida a expensas de otros, cada vez más altas. La formación de familias, en lugar de comunidades, crea jerarquías en donde cierta gente vale más y merece nuestra atención, protección, y devoción. Con la re-estructuración del amor romántico como comparable a la comunidad/platónico/amor propio, empezamos a dar prioridad al cuidado y al sustento de grandes grupos de personas igualmente importantes a nuestras parejas románticas.

En su pieza "Moviéndose a través de lo feo: una política mas allá de la deseabilidad", Mia Mingus nos empuja a trascender el binario de la belleza, y movernos a través de lo que ella denomina, magníficamente, un abrazo a lo feo y a la diversidad del cuerpo -de cada cuerpo. Mingus entiende la belleza como una construcción inherentemente excluyente que borra a las personas de color, a las personas trans y a aquellos disidentes del género y personas con diversidad funcional específicamente. Con esto en mente, todavía estoy trabajando en lo que significa ser feo y ser bello, y en entender mejor mi relación con la belleza. Si "no ser bello" significa no ser o no sentirse "merecedor de amor" y si el "merecer amor" constituye una dimensión de lo humano, ¿qué significa para aquellxs

que no somos bellxs? ¿Qué significa "la capacidad de ser amado" bajo una construcción colonialista del amor y la belleza fundada en la supremacía blanca y el colonialismo? Bajo estos sistemas, ¿reclamar por la belleza es radical o asimilacionista? ¿Significa algo diferente para mi cuerpo gordo, moreno, queer, femenino que para otros? ¿Quién decide? ¿Y quiénes son lxs fexs que estamos dejando atrás?

ITINERARIOS VITALES DE AUTORXS Y TRADUCTORXS DE ESTA COMPILACION

Caleb Luna: Se identifica como un gordx queer, femeninx, chicanx de clase obrera de Texas. Nació y fue criadx en el área de Houston, y vive actualmente en Austin, donde escribe, performa, estudia, se ríe y baila. Graduada en Antropología y Estudios de Género y sobre Mujeres en la Universidad de Texas en Austin. Piensa y escribe sobre gordura, raza, colonialidad, experiencias queer y todas sus intersecciones. Se puede consultar su trabajo online en queerandpresentdanger.tumblr.com.

Canela Gravila: Activista y militante lesbiana feminista poco ortodoxa, docente e historiadora, a veces ama de casa, esclava voluntaria y ama sin querer. Nació en la ciudad obrera de Berisso, aunque se fue a La Plata a los veinte años. Formó parte de la colectiva feminista "Las Furiosas" y forma parte del archivo de activismo lésbico Potencia Tortillera. Desde los medios de comunicación alternativos participó en "Desobedientes en radio", por Radio Estación Sur durante 2013, y condujo "Que la tortilla se vuelva", programa sobre lesbianismo en Digo TV.

Charlotte Cooper: Psicoterapeuta, trabajadora cultural, bailarina e investigadora para-académica. Gorda. Activista de la gordura desde hace décadas. Bailarina, hacedora de fanzines, blogs, música (toca con su banda queercore Homosexual Death Drive) y libros como "Fat and Proud: The Politics of Size", 1998 y "Fat Activism: A Radical Social Movement", 2016. Para más información, ver: <http://charlottecooper.net/>

Kate Harding: Autora de "Asking For It: The Alarming Rise of Rape Culture and What We Can Do About It", 2015 y en colaboración con Marianne Kirby publicó "Lessons from the Fat-o-Sphere", 2009, entre otras publicaciones y artículos. Actualmente trabaja en su doctorado en escritura creativa en la Bath Spa University. Su web: <http://www.kateharding.info/>

Laura Contrera: Activista gorda y de la diversidad corporal. Profesora de Filosofía y abogada. Vive y trabaja entre la ciudad de Buenos Aires y el conurbano, desde donde hace el fanzine femme-inista y punk Gorda! (<http://www.gordazine.com.ar/>) y da clases en las Universidades Nacionales de La Matanza y Lomas de Zamora, entre otras cosas. Integró múltiples grupos de afinidad en torno a género, sexualidades, identidades, sujetos vulnerabilizados, infancias, cuerpos y derechos. Escribió en soledad algunos artículos, capítulos de libro y fanzines sobre esos variados temás de interés. Además de lxs gatxs, lo que más le gusta es elegir epígrafes para sus escritos, si son de una canción mejor.

Lucrecia Masson: Activista feminista. Sudaka y gorda en descolonización. Pasó su infancia entre vacas y cardos rusos, un día dijo que quería ser bailarina y sus padres, que sabían sobre el mundo, le dijeron que el cuerpo no le daba. Más tarde cruzó el charco y ya en las europas se enteró que hasta las personas podían ser ilegales. Actualmente, ya en Barcelona y con los papeles en regla, dialoga y acciona en torno a corporalidades disidentes y afectos, apostando por generar alianzas desviadas y por asumir la tarea colectiva de darnos existencias más posibles y felices.

Lux More: Gorda devenida en activista de la gordura y militante de la diversidad corporal. Profesora de Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, se especializó en el Programa de actualización en comunicación de géneros y sexualidades (FSOC-UBA). En la actualidad se dedica a escribir e investigar las formas de afectividad y erotismo que se configuran en lxs cuerpxs, y recientemente ha presentado su primera pieza audiovisual retratando temáticas referidas a la militancia gorda. Fat fashionista y tan vanidosa como adicta al pan. Hembra indomable, empoderada y eventera. Tiene un gato aristotélico llamado Cosín.

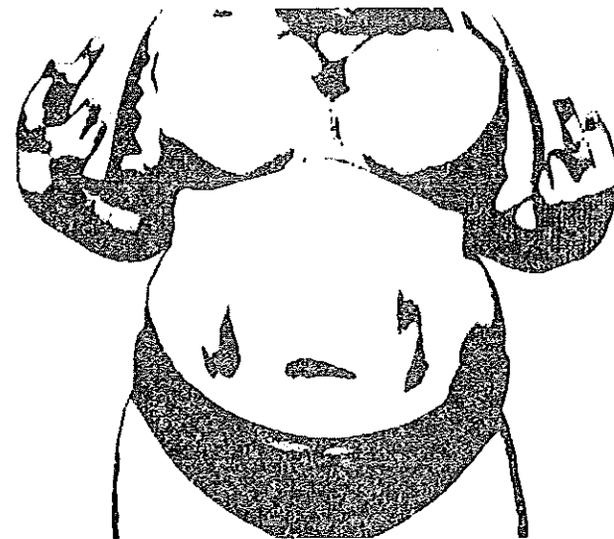
Maia Crantosqui: activista gorda y peronista (afiliación en trámite). Profesora en Diseño en Comunicación Visual por la UNLP. Desde que encontró el primer blog sobre activismo gordx no pudo parar de leer y buscar material sobre el tema, pero empezó a sentir que tanta información online y venida de afuera no le alcanzaba. Por eso, se puso muy muy feliz cuando se abrió el taller "Hacer la Vista Gorda" y se encontró con un montón de gente hermosa. Ser hija de una estudiante del interior la llevó a nacer

en La Plata, después mudarse a Rivera (el pueblo de sus padres), después volver a La Plata, convertida ella misma en estudiante del interior y después, otra vez a Rivera, donde actualmente reside.

Nicolás Cuello: Activista cuir y gordo. Profesor de Historia de las Artes Visuales. Vive y trabaja entre La Plata y Buenos Aires. Como profesor trabaja en la Universidad Nacional de las Artes y desarrolla su actividad como investigador de Conicet. Dedicó su vida al activismo político, a la investigación académica, a la construcción horizontal de talleres, a la traducción y edición autogestionada de fanzines en torno a la gordura, a los afectos negativos, y las políticas cuir y feministas. Sostiene en colaboración el sello editorial Sentimientos de Urgencia, entre muchas otras iniciativas afectivo-político-académicas.

Nomy Lamm: fanzinera, cantautora, performer, activista gorda y de la diversidad funcional, queer y punk. Su texto "It's a big fat revolution" apareció en el libro "Listen Up: Voices From The Next Feminist Generation", editado por Barbara Findlen en 1995. Su álbum debut "Anthem" salió en 1999. "Anthem" fue seguido por su álbum "Effigy", grabado en 2002 y publicado en 2003. Su web oficial: <http://www.nomylamm.com/>

**MAS REVUELTAS
MENOS DIETAS**



ÍNDICE

Prólogo
Por Mauro Cabral 9

Introducción
Por Laura Contrera y Nicolás Cuello 15

1. Multitudes gordas sudakas en contacto diagramático

1.1. Cuerpos sin patrones, carne indisciplinada.
Apuntes para una revuelta gorda contra la policía de la
normalidad corporal
Por Laura Contrera 23

1.2. ¿Podemos lxs gordxs hablar?: activismo, imaginación
y resistencia desde las geografías desmesuradas de la carne
Por Nicolás Cuello 37

1.3. El cuerpo como espacio de disidencia
Por Lucrecia Masson 55

1.4. ¿A qué edad fue tu primera Dieta?
Por Lux Moreno 59

1.5. Lesbianas gordas, bellas y fuertes
Por Canela Gravila 69

1.6 Alejandra Pizarnik y la delgadez como combate constante Por Laura Contrera	77
1.7 Una belleza temblorosa Por Nicolás Cuello	95
1.8 Un rugido de rumiantes: apuntes sobre la disidencia corporal desde el activismo gordo Por Lucrecia Masson	99
1.9. Lectura crítica de la Ley de Trastornos Alimentarios Por Laura Contrera y Nicolás Cuello	109
1.10. Neoliberalismo magro Por Laura Contrera y Nicolás Cuello	127

2. Traducciones, tráficos, reapropiaciones

2.1. La vida en el fat underground Por Sara Golda Bracha Fishman	131
2.2. Manifiesto de la liberación gorda Por Judy Freespirit y Sara Fishman	143
2.3. Los básicos: ¿qué es unx activista de la gordura? Por Charlotte Cooper	145
2.4. La gordura es un asunto del feminismo pero... ¿de qué feminismo? Por Charlotte Cooper	149
2.5. ¿Quién habla por la gente gorda? Por Charlotte Cooper	155
2.6. Necesito que seas feliz así puedo sentirme tranquilx con tu opresión Por Charlotte Cooper	157

2.7. Gorda, sí. Avergonzada, no Por Kate Harding	159
2.8. Es una gran revolución gorda Por Nomy Lamm	163
2.9. Sobre ser gordx, morenx, femeninx, fex e incapaz de ser amadx Por Caleb Thomas	175
2.10. Itinerarios vitales de autorxs de esta compilación	181